EL ORIGEN DE LOS EVANGELIOS

Andrés Codesal Martín

Serie
Estudios Bíblicos
Nº 4

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA
ISBN: 84-7770-543-7
Depósito legal: M. 50.562-2000
Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

PRÓLOGO

Escribo pensando en el lector y trasladándole la sorpresa que tuve al recibir las pruebas de imprenta de la presente obra de D. Andrés Codesal Martín "EL ORIGEN DE LOS EVANGELIOS". Sabía que la escribía. A guisa de buen amigo me lo comunicó a principios de verano: ha sido su trabajo de vacaciones en el silencio de un pueblecito de las viejas tierras castellanas. Pero no se puede escribir en dos meses una obra tan densa. Necesariamente lleva varios años gestándose, pues la erudicción que muestra sólo se consigue a base de estudio, recopilación de datos y elaboración de un buen fichero. Sorprende además que un seglar sin titulación académica, aventaje a teólogos y escrituristas recién salidos de las facultades eclesiásticas, lo cual denota su constante proceder autodidacta.

¿Con qué fin ha escrito sobre un tema hoy tan debatido? Tenemos bastantes comentarios a mano; además las Biblias de reciente edición en sus introducciones y notas críticas, tratan de ello; por norma general los jóvenes autores nos hablan de los géneros literarios cada vez más rigurosos; llegan a proponer que los evangelios expresan la fe de las primeras comunidades cristianas, sin precisar con rigor histórico cuáles eran ni quienes las presidían, resultando que los evangelistas cuyos nombres son Mateo, Marcos, Lucas y Juan, no fueron tales, sino discípulos suyos los autores, remontándose su redacción definitiva al siglo II. Han logrado sembrar so capa de erudicción entre los fieles un confusionismo tal, que, en lugar de fortalecer la fe, más bien la enturbia produciendo tibieza espiritual.

Muy consciente de esta realidad y deseando servir fielmente a los lectores de la Biblia, Don Andrés ha ido al fondo de la cuestión: la ha analizado y luego como respuesta, propone documentalmente la tradición unánime de la Iglesia, silenciada en nombre de la moderna crítica textual. El Autor es sistemático y casi diría exhaustivo, pues aduce una recopilación muy completa desde los testimonios históricos más antiguos hasta los comienzos de la Edad Media.

Haciendo justicia, hay que poner en un platillo de la balanza la crítica bíblica heredada del protestantismo, junto al peso histórico de la tradición. En una ocasión pasaron por mi Despacho Parroquial dos pastores protestantes americanos interesados por conocer la mariológica católica contrastándola con la suya; se detuvieron ante los volúmenes de las Obras de San Juan Crisóstomo en francés; se quedaron admirados y entonces les dije: "Todo esto es patrimonio común a todos, muy anterior a la Reforma de Lutero".

Lo ignoraban. Simplemente en su formación bíblica pasaban a Lutero directamente sin prestar atención al depósito de la tradición, que es fuente de unidad ecuménica. Pero tal estilo de proceder ha penetrado por una especie de ósmosis en la Iglesia. Pagamos ya las consecuencias y a las mismas les sale al paso D. Andrés Codesal en provecho de la sólida espiritualidad de nuestros fieles, fundamentada en la Sagrada Escritura.

La Jonquera, 29 de octubre 2000, festividad de S. Narciso, obispo y mártir de la Eucaristía.

Eduardo Vivas Llorens, Párroco de Santa María.

INTRODUCCIÓN

Este libro no está escrito contra nadie; no queremos herir a nadie; pero creemos que es importantísimo tratar de refutar dos tesis que hoy están muy en boga y que consideramos tremendamente perjudiciales y dañinas a nuestra fe.

La primera es la de aquellos que dicen: "que no importa saber quiénes escribieron los Evangelios, porque sabiendo que su autor principal es Dios, no tiene importancia saber de quiénes se valió para escribirlos, ya que sabemos que en ellos no puede haber error, tanto si fueron escritos por santos o pecadores".

La segunda tesis que condenamos es la de aquellos que afirman: "que los Santos Padres, los Doctores de la Iglesia y todos los demás Santos que desde el siglo I hasta el siglo XX han asegurado que los Evangelios fueron escritos por dos Apóstoles, S. Mateo y S. Juan, y por dos Padres Apostólicos, S. Marcos y San Lucas, se equivocaron, porque la Crítica Moderna de hoy ha demostrado, que es imposible saber quiénes fueron sus verdaderos autores, y que lo único que se sabe cierto es que ni San Mateo ni San Juan escribieron los Evangelios que llevan sus nombres".

Y referente a la primera tesis de los que dicen que no importa saber quiénes escribieron los Evangelios, porque es dogma de fe que su autor principal es Dios..., siento decirles que la sociedad de hoy mayoritariamente es muy escéptica y no acepta dogmas, por lo cual siento

decirles que conseguirán que sean muy pocos los que acepten el Evangelio, si se lo recomiendan diciéndoles que se trata de un libro que fue dictado a los hombres por el mismo Dios. Yo al menos, considero muy dificil, por no decir imposible, que puedan convencer a un escéptico de que el mismo Dios es el autor principal de los Evangelios.

Sin embargo, todos aceptan que Jesucristo existió, y que tuvo discípulos. Por tanto, considero mucho más creíble que les digáis sencillamente que los Evangelios fueron escritos por los mismos discípulos de Jesucristo, que quisieron dejarnos en este libro, los hechos y los dichos del Señor. Y también se les puede demostrar que escribieron la verdad, por varias razones:

Primera: Nadie tratará de engañar a otro si está seguro que con sus mentiras va a ser él mismo el más perjudicado. Los Apóstoles por predicar el Evangelio tuvieron que sufrir muchísimo, en parte voluntariamente por seguir la doctrina del Evangelio, y en parte por los enemigos del Evangelio que los perseguían a muerte y tuvieron que dar voluntariamente la vida por defender la verdad del Evangelio.

Segunda: Los Evangelistas no hubieran podido engañar aunque hubieran querido, porque cuando se escribieron los Evangelios aun vivían muchos de los que habían conocido a Jesús y conocían la Historia Evangélica, en parte por haberla visto, y en parte por haberla oído predicar a los Apóstoles y a los demás presbíteros.

Consideremos, por ejemplo, el Evangelio de San Mateo, el cual fue escrito y publicado en Palestina, en el mismo país en que Jesucristo había realizado todos sus milagros y había predicado todos sus discursos. Y

lo escribió sobre unos doce o quince años después de la muerte de Jesucristo, cuando aun vivían casi todos los que le habían conocido y habían visto sus milagros y escuchado sus discursos. ¿Cómo se iba a poder falsear una Historia que conocían muchos de aquellos a quiénes iba destinada? Convenzámonos de que los Evangelistas no pudieron mentir, ni les interesaba mentir, porque bien sabían ellos que con la predicación del Evangelio, no ganarían nada para este mundo, más que muchos sufrimientos, muchas persecuciones y al fin la muerte.

No es fácil hacer creer a las gentes escépticas por medio de dogmas oscuros e incomprensibles; pero sí es posible, por medio de razones y argumentos apologéticos, hacerles comprender la importancia de los Evangelios, para que los lean y su lectura les cause saludables efectos.

Y con respecto a la segunda tesis que afirma que todos los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, incluyendo todos los Santos desde el siglo primero hasta hoy, todos se han equivocado al haber afirmado tan explícitamente quiénes fueron los autores de los Evangelios, porque hoy, al final del siglo XX se ha demostrado científicamente que todos estaban equivocados... es una tontería tan fenomenal, que, si se la tomara en serio, seria uno de los errores más catastróficos de toda la Historia de la Iglesia, porque seria echar por tierra el dogma sagrado de la Santa Tradición, uno de los más grandes pilares en los que se apoya nuestra fe.

Pues si como vamos a probar en este libro, resulta que toda la tradición ha sostenido que los Santos Evangelios fueron escritos por San Mateo, San Marcos, San

Lucas y San Juan, y si ahora se pudiera demostrar que no es verdad y que el conjunto unánime de los Santos Padres se han equivocado y nos han engañado, como dicen los progresistas, ¿qué crédito nos merece la Sagrada Tradición?

Quiénes escribieron los Evangelios.

¿Nos interesa saber quiénes escribieron los Evangelios? Si sabemos que éstos fueron inspirados por Dios, ¿qué importancia tiene saber quiénes los escribieron?. Por la fe de la Iglesia sabemos que son "Palabra de Dios", tanto si quienes los escribieron fueron santos como si fueron pecadores: nosotros sabemos por la fe que el verdadero autor de toda la Biblia es el mismo Dios, luego el saber de quiénes se sirvió para componer los Evangelios, parece algo secundario y de muy poca importancia.

Esto es lo que dicen muchos, y lo que a mí mismo me parecía hace algunos años. Pero cuando me he dado cuenta de que la mayoría de los cristianos de hoy están perdiendo la fe, y que lo que menos les gusta es que les hablen de dogmas impuestos y de verdades de fe definida, porque en lo que menos creen es en los curas y en la organización de la Iglesia, he comprendido que no solamente es necesario, sino también muy importante volver a la apologética para tratar de aclarar las ideas exponiendo los argumentos racionales convincentes para que con la ayuda de la gracia de Dios puedan comprender la verdad por la sola luz de la razón.

A los ateos racionalistas de hoy no podemos irles diciendo: "Esto hay que creerlo porque lo ha dicho el Papa"; ni tampoco decirles: "Esto hay que creerlo porque fue definido como dogma de fe en el concilio de Trento, o en el concilio de Nicea, etc..." Eso así no puede decírsele a quienes dicen que no creen en la Iglesia ni en la autoridad de los concilios. Pero como presu-

men de "racionalistas", si podéis interpelarles con los argumentos racionales apologéticos que demuestran claramente la verdad de muchas cosas que nosotros creemos por la fe, entre las cuales se encuentran la autenticidad de los Evangelios. Y por eso considero importantísimo defender la historia de la Tradición donde se nos asegura que los Evangelios donde se nos dice lo que hizo y lo que dijo Jesús, no son libros escritos por personas desconocidas de las que no podamos tener seguridad si ellos sabían con certeza lo que escribieron en los Evangelios.

Los Santos Padres desde principios del siglo II nos aseguran con rotundidad y firmeza que los Evangelios tienen origen apostólico, no solamente por haber sido ellos quienes por mandato de Cristo primero lo predicaron, sino porque también ellos mismos fueron los que los escribieron junto con algunos de sus discípulos.

Nunca nadie dudó de que los mismos Apóstoles eran los verdaderos autores de los Evangelios hasta que en siglo XVIII algunos herejes racionalistas que negaban la divinidad de Jesucristo empezaron por negar también la autenticidad de los Evangelios, siendo contestados y hábilmente refutados por muchos y muy buenos apologistas católicos. Otros muchos, en cambio, no daban importancia ni se percataron de la gravedad de esta doctrina, pensando que mientras no se negara su inspiración, lo demás no tenía importancia.

Yo mismo, incluso, no me di cuenta de lo dañosa y destructiva de esta doctrina hasta que leí la obra del P. Hillaire: **"La Religión Demostrada"**, donde he visto cómo un tan grande y experimentado apologista da tanta importancia a los Evangelios, no como libros

inspirados, sino como libros históricos, porque para convencer a los racionalistas no se les puede hablar de dogmas ni de verdades de fe definidas, sino solamente de razones concluyentes y de verdades históricas que no ofrezcan dudas.

Por eso, con relación a la autenticidad de los Evangelios, los mejores argumentos para saber que son verdaderos es comprobar que toda la tradición de los autores cristianos desde los primeros siglos nos dan pruebas de que fueron escritos por aquellos mismos que convivieron con Jesucristo y fueron testigos oculares de todo lo que en los mismos Evangelios se relata.

Lo decía el mismo Strauss: "La historia evangélica sería inatacable si se probase que había sido escrita por testigos oculares o por lo menos por autores vecinos a los sucesos" (Introd. a la Vida de Jesús, párrafo 13). El que los Evangelistas hayan sido testigos de lo que afirman, el que con su vida hayan demostrado que creían lo que escribieron, y el que con su muerte nos ratificaran su fe en el Evangelio, es una garantía muy grande, racional y humana que nos dan los Evangelios. No recuerdo quién fue el que dijo: "Yo creeré fácilmente a todos aquellos que son capaces de dar su vida en testimonio de lo que afirman".

Sabemos que Nuestro Señor Jesucristo mandó a sus Apóstoles a la conquista del mundo con estas palabras: **"Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura, haciendo discípulos míos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado... (Mt 28, 19-20)** Y añadió: **Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis**

mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra" (Hech. 1, 8).

Los apóstoles daban muchísima importancia a esto de haber sido testigos oculares del Evangelio, y por eso, cuando tuvieron que elegir a uno nuevo para ocupar la plaza que había dejado Judas, Pedro, utilizando su autoridad, dijo: **"Conviene, pues, que de entre los varones que nos acompañaron todo el tiempo que el Señor Jesús vivió entre nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue arrebatado a lo alto, uno de ellos sea constituido testigo con nosotros de su resurrección"** (Hech. 1, 21-22).

También a San Pablo, **"el último de los Apóstoles"**, cuando cayó al suelo y fue convertido, le dijo el Señor: **"Levántate y ponte en pie; pues para esto me he aparecido a ti, para hacerte ministro y testigo de las cosas que has visto y de las que vas a ver..."** (Hech. 26, 16).

Los Apóstoles, pues, pudieron convertir en muy poco tiempo a medio mundo al cristianismo, entre otras cosas, porque predicaban como testigos oculares de todo lo que enseñaban, diciendo: **"Nosotros somos testigos de estas cosas, como también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a todos los que le obedecen"** (Hech. 5, 32). **"Nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en la región de los judíos, y en Jerusalén, al cual mataron colgándole de un madero... A Éste Dios lo resucitó al tercer día y le ha concedido manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios antes había ordenado: a nosotros que comimos y bebimos con El después que resucitó de entre los muertos, y nos ordenó predicar al pueblo y dar testimonio de que El es el constituido por Dios juez de vivos y muertos"** (Hech.10, 40-42).

Así convertían también a los paganos, diciendo: **"No os hemos dado a conocer el poder de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino siendo testigos oculares de su grandeza..."** (2 Ped 1, 16-17) Y cuando les amenazaban por predicar a Jesucristo, les contestaban: **"No podemos menos de hablar lo que hemos visto y oído"** (Hech. 4, 20). Y por eso el Apóstol San Juan, convencido de la enorme importancia que tenía el haber sido testigo de los hechos que relata en su Evangelio, no se cansa de repetir: **"Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida, pues la Vida se manifestó, y vimos y testificamos y os anunciamos aquella Vida eterna que estaba con el Padre y se nos ha aparecido. Esto que hemos visto y oído, os lo anunciamos también a vosotros para que también vosotros tengáis comunión con nosotros, y nuestra comunión sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo..."** (1 Jn. 1, 1-4). Y al hablarnos de la lanza que le atravesó el costado y que tanto le impresionó, dice: **"El que lo ha visto ha dado testimonio y su testimonio es verdadero, pues él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis"** (Jn. 19, 35). Y concluye con estas palabras: **"Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y las ha escrito, y sabemos que su testimonio es verdadero"** (Jn. 21, 24).

La Tradición Evangélica en el siglo II

¿Cómo se formó la tradición evangélica en el siglo segundo? La tradición oral y escrita que desde los Apóstoles y los Padres Apostólicos del siglo primero pasó al siglo segundo, naturalmente tuvo que ser muchísimo mayor de lo que hoy conocemos.

a) En primer lugar está la tradición oral que desde los mismos Apóstoles y de los Padres Apostólicos pasó a los Santos Padres del siglo II, que debió ser mucha, pero que hoy no conocemos. Así como sabemos que San Ireneo supo muchas cosas de los Apóstoles a través de San Policarpo, es de suponer que otros muchos discípulos de los Apóstoles conectaron del mismo modo con los Padres del siglo segundo y los informaron directamente entre otras muchas cosas de los autores de los Evangelios.

b) En segundo lugar estaban numerosos escritos del siglo primero que pudieron leer muy bien los Padres del siglo segundo, y que hoy no conocemos porque la mayoría de ellos se perdieron. La prueba está en los numerosos escritos que aun pudo encontrar San Eusebio de Cesarea en el siglo IV y que luego se perdieron. Pues si desde el siglo primero y principios del siglo segundo llegaron tantos escritos hasta el siglo IV, ¿cuantos más serían los que desde el siglo primero solamente llegaron al siglo segundo o al siglo tercero?

Nadie, pues, debe dudar de que los Santos Padres del siglo segundo tuvieron toda clase de facilidades para saber lo que había sucedido en la segunda mitad del siglo primero cuando se cree que fueron compuestos los

Evangelios sinópticos, y mejor aun quién escribió el Evangelio de San Juan compuesto a finales del siglo primero.

Nosotros conocemos al menos una docena de Santos Padres que sabemos vivieron toda su vida o parte de ella en el siglo segundo, los cuales escribieron sobre el origen de los Evangelios; pero además de estos que vamos a citar, no cabe duda de que debieron ser muchísimos más los que escribieron sobre el mismo tema e informaron de ello a los Santos Padres del siglo tercero. Veamos a continuación los nombres de los Padres más famosos que vivieron en el siglo segundo: 1,-San Papías (m. 130), 2,-San Policarpo (m. 155), 3,-San Justino (m. 160), 4,-San Teófilo de Antioquía (m. 180), 5,-San Polícrates (m. 199), 6,-San Panteno (m. 199), 7,-Fragmento de Muratori (s.II), 8,-Prólogos antimarcionitas (s.II), 9,-Actas Juanis (s.II), 10,-Herejes del siglo II, 11,- Papiro Rylands (s.II), 12,- San Ireneo de Lyón (m. 202).

Escritores y documentos del siglo II

San Papías obispo de Hiérapolis (m. 130).

San Papías tiene la particularidad de haber sido el primero de los Santos Padres que nos da los nombres de los Evangelistas en su obra en cinco libros titulada: **"Explicaciones de Sentencias del Señor"**.

De él nos habla San Ireneo diciendo: "Papías fue discípulo de Juan y compañero de Policarpo, varón antiguo que tiene compuestos cinco libros" (Adv. haer. V. 33, 4).

También San Anast. Sinait, nos dice: "Papías, el ilustre hombre de Hierápolis fue discípulo del que reposó sobre el pecho del Señor".(Contempl. anagog. in Hexaëm.,l. I: PG 89,860).

Y en otro lugar añade: "Papías hierapolitano fue discípulo de Juan Evangelista" (Idem, o.c.l. VII: PG 89,962).

Y en otros varios lugares se transmite esto de Papías:

"EL Evangelio de Juan fue manifestado y dado a las Iglesias cuando vivía todavía en cuerpo, como lo refirió Papías, por nombre hierapolitano, discípulo caro de Juan, en los **Exotéricos**, es decir, en los últimos cinco libros. Ahora bien, al dictado de Juan transcribió rectamente el Evangelio" (Cod. Vatic. Alex. 14, s. IX, ed. J.M. THOMASIITS, Card. Opp. I, 344; Romae 1747; PITRA, Analecta Sacra,II,160).

De este último texto me llaman la atención principalmente estas palabras: "Al dictado de Juan transcribió rectamente el Evangelio", porque parece darnos a entender que fue el mismo Papías el amanuense del que se valió S. Juan para escribir el Evangelio.

De todas maneras, esta referencia de Papías, discípulo de Juan el Apóstol y compañero de Policarpo, tiene un valor Excepcional.

Sobre el Evangelio de Marcos: "Marcos, intérprete que fue de Pedro, puso cuidadosamente por escrito, aunque no con orden , cuanto recordaba (que había dicho Pedro) de lo que el Señor había dicho y hecho. Porque él no había oído al Señor ni lo había seguido, sino, como dije, a

Pedro más tarde, el cual impartía sus enseñanzas según las necesidades (de sus oyentes), no como quien hace una composición de sentencias del Señor, pero de suerte que Marcos en nada se equivocó al escribir las cosas tal como las recordaba. Y es que puso toda su preocupación en una sola cosa: no descuidar nada de todo cuanto había oído ni engañar en ello lo más mínimo".

Esto es lo que cuenta Papias acerca de Marcos. Referente a Mateo dice lo siguiente:

"Mateo ordenó las sentencias del Señor en lengua hebrea, pero cada uno las tradujo como mejor podía" (HE. 3, 39, 15-16).

SAN POLICARPO OBISPO DE ESMIRNA (M. 155).

La figura de San Policarpo, "Obispo de Esmirna" y mártir sagrado, es una de las más atrayentes y limpias de la primitiva cristiandad. El es uno de los siete ángeles del Apocalipsis, el de la Iglesia de Esmirna, consagrado obispo por el mismo San Juan, como asegura Tertuliano, al que le escribe: "**Esto dice el primero y el Último, el que estuvo muerto y revivió: Sé tu tribulación y tu pobreza; pero eres rico, y sé también cómo blasfeman los que se llaman a si mismos judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás. Nada temas por lo que has de sufrir. Mira que el diablo va a arrojar a algunos de vosotros a la cárcel para que seáis tentados, y tendréis tribulación durante diez días . Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida...**" (Ap. 2, 8. 10).

Afortunadamente para nosotros, entre la muchedumbre de fieles de la Iglesia de Esmirna que ama, venera y escucha a su obispo, hay un muchacho de ojos vivos y alma despierta que le sigue en todos sus movimientos,

observa sus gestos, graba en su memoria hasta los rasgos de su faz y archiva en su corazón de creyente fervoroso todas las palabras de policarpo, palabras que tienen acento apostólico y traen un eco vivo y no lejano de la palabra misma del Señor. Ese niño devoto y afortunado, de origen oriental, pero destinado para gloria y luz de Occidente, se llama Ireneo; y cuando sea el Obispo de las Galias y martillo de los herejes, el recuerdo del obispo de Esmirna acudirá mil veces a su memoria, y su solo nombre será argumento bastante contra todo descarrío de la recta doctrina. La pluma de Ireneo estampará muchas veces el nombre de su maestro; pero bien puede afirmarse que de cuantos testimonios rinde el obispo de Lyón al de Esmirna, ninguno hay comparable a la carta que escribe a su amigo el presbítero romano Florino, caído en la herejía agnóstica, y a quien trata, evocándole los recuerdos de infancia y juventud, de reducirle a la fe ortodoxa:

"Estas doctrinas, Florino, para decirlo suavemente, no corresponden a un sano sentir; estas doctrinas no están acordes con la Iglesia y precipitan a quienes las siguen en la más grande impiedad; estas doctrinas ni aun los herejes que están fuera de la Iglesia se atrevieron jamás a lanzarlas a la pública luz; estas doctrinas no te las transmitieron los ancianos anteriores a nosotros, que convivieron con los Apóstoles. Porque yo te vi, cuando era aun un muchacho, en Asia interior junto a Policarpo, desempeñando brillante papel en la corte imperial, y tratando de ganarte la estimación de aquel. Y es así que de lo de entonces ocurrido me acuerdo mejor que de lo que ayer mismo aconteciera, como quiera que lo que de niños aprendemos crece juntamente con el alma y se hace una

cosa con ella. De tal, suerte que puedo decirte hasta el lugar en que el bienaventurado Policarpo se sentaba para dirigir su palabra cómo entraba en materia y cómo terminaba sus instrucciones, su género de vida, la forma de su cuerpo, las pláticas que dirigía a la muchedumbre; cómo contaba su trato con Juan y con los demás que habían visto al Señor, y cómo recordaba las palabras de ellos, y qué era lo que había oído él de ellos acerca del Señor, ya sobre sus milagros, ya sobre su doctrina; todo lo cual, como quien lo había recibido de quiénes fueron testigos de vista de la vida del Verbo, Policarpo lo relataba de acuerdo con las Escrituras. Todas esas cosas no sólo las escuché entonces diligentemente por la misericordia de que Dios usó conmigo, archivándolas no precisamente en el papel, sino en mi propio corazón; y siempre, por la misericordia de Dios, las sigo auténticamente rumiando. Y así puedo atestiguar delante de Dios que si algo de esto hubiera oído aquel bienaventurado y apostólico anciano, hubiera lanzado un grito y, tapándose los oídos y exclamando como lo tenía de costumbre: "¡Oh buen Dios, para que tiempos me has guardado, que tenga que soportar estas cosas !", se hubiera escapado aun del lugar en que sentado o de pie, hubiera escuchado tales discursos. Y ello puede demostrarse por las cartas que escribió, ora a las Iglesias vecinas para afianzarlas en la fe, ora a hermanos particulares para dirigirles avisos y exhortaciones" (Eus. HE.V. 20, 3).

Este texto de Ireneo, aparte su frescor y evocadora belleza, por fluir juntos como de remoto hontanar los recuerdos de su infancia y adolescencia y los de la infancia misma de la Iglesia, tiene capital importancia para la vida y la obra de San Policarpo. Este se nos presenta,

ante todo, y ello le aureola de gloria y veneración ante la Iglesia del siglo II, como discípulo inmediato del apóstol San Juan.

Si hemos de creer a Tertuliano (**De praescr. haer. 32**), fue el mismo apóstol San Juan quien estableció a San Policarpo obispo de Esmirna, "según tradición de aquella Iglesia, al modo que la Iglesia de Roma afirma que Clemente fue ordenado obispo suyo por San Pedro". Esta noticia de Tertuliano no hace sino precisar de manera absolutamente verosímil lo que de modo general afirma también San Ireneo en otro testimonio importante sobre Policarpo:

"Y Policarpo, que no sólo fue enseñado por los Apóstoles y tuvo trato con muchos que habían visto al Señor, sino que fue además establecido por los mismos Apóstoles en Asia como obispo de la Iglesia de Esmirna, y a quien nosotros mismos vimos en nuestra primera juventud (vivió, en efecto, muchos años y, muy viejo ya, salió de la vida habiendo sufrido glorioso y muy ilustre martirio), enseñó siempre lo que aprendió de los Apóstoles, que es lo mismo que la Iglesia transmite y lo único que es verdadero. Estas enseñanzas las atestiguan todas las Iglesias de Asia y los que hasta hoy han sucedido a Policarpo..." (Adv. haer. III, 3, 4; Eus. HE. IV. 14, 3).

Queda, pues clarísimo que San Policarpo conoció y fue discípulo del apóstol San Juan, el discípulo amado de Jesús, así como Ireneo trató al mismo San Policarpo, a través del cual conoció directamente la verdad apostólica y quiénes fueron los autores de los Evangelios, de lo cual nos ocupamos en este libro.

Por San Ireneo sabemos que San Policarpo no escribió solamente la Carta a los Filipenses, sino que, como dice

en la Carta a Florino, que hemos transcrito, escribió también a las Iglesias vecinas y a hermanos particulares...

A continuación vamos a copiar un texto atribuído a San Policarpo por San Víctor de Capúa, que algunos han creído apócrifo, pero que varios estudiosos han hecho sobre él un estudio crítico y profundo del que dan como resultado de que son muchas las posibilidades de que verdaderamente sea auténtico. El texto es como sigue:

> "Lo mismo decimos del comienzo del Evangelio, según Marcos. Con razón usan los evangelistas de diversos principios, aunque se vea la misma y única intención de evangelizar. Mateo por escribir a los hebreos, tejió el orden de la genealogía de Cristo para probar que Cristo descendió de aquel linaje del que había de nacer, como habían cantado los profetas.
>
> Pero Juan que vivía con los de Efeso, quienes por ser gentiles ignoraban la ley, principio su Evangelio por la causa de nuestra redención; la que se descubre en haber querido Dios que su Hijo se encarnase por nuestra salvación.
>
> Lucas comienza en el sacerdocio de Zacarías, a fin de declarar a las gentes la divinidad de Cristo con el nacimiento de su hijo (Juan), y con el oficio de tan grande predicador.
>
> De donde Marcos declara las antiguas profecías, convenientes a la venida de Cristo, para que su predicación apareciese, no como nueva, sino anunciada por la antigüedad. O bien los evangelistas cuidaron de comenzar por aquello que creían convenir a sus oyentes. Nada, pues, contrario hay en ellos, que, con diversidad de escritura, nos llevan con todo a la misma patria".

Como hemos dicho, estos textos han sido atribuidos a San Policarpo por San Víctor obispo de Capúa en el siglo

VI. Y ¿quién era San Víctor de Capúa?. Este Santo Padre era un gran erudito muy especializado en la literatura patrística antigua, como lo demostró por sus importantes trabajos. Recuérdese que Víctor de Capúa fue el que dio forma latina al **Diatessaron** de Taciano, y cita en él **Expositum** a orígenes, a Basilio, a Diodoro de Tarso y Severiano de Gábala, luego estaba en las mejores condiciones para citar directamente a Policarpo. Luego estos fragmentos tienen grandísima probabilidad de ser auténticos, dada la acreditada autoridad no despreciable de San Víctor. Por tanto, la conclusión no parece dudosa: los fragmentos son en su contenido al menos y sustancialmente, obra de San Policarpo. Al menos a nosotros nos parece injustificado el olvido en que se ha dejado este importantísimo testimonio de la autenticidad de los Evangelios, como si se tratase de unos fragmentos manifiestamente apócrifos. (Véase: José M. Bover, Estudios Eclesiásticos, Madrid, enero de 1935, pp. 4-19).

San Justino (m. 160).

San justino Mártir es el apologista griego más importante del siglo II y una de las personalidades más nobles de la literatura cristiana primitiva. Nació en Palestina, en, Flavia Neápolis, la antigua Sichem. Sus padres eran paganos. Él mismo nos refiere (Dial. 2-8) que probó primero la escuela de un estoico, luego la de un peripatético y, finalmente, la de un pitagórico. Ninguno de éstos filósofos logró convencerle ni satisfacerle. El estoico fracasó porque no le dio explicación alguna sobre la esencia de Dios. El peripatético exigió muy inoportunamente a

Justino el pago inmediato de la matricula, a lo que respondió éste dejando de asistir a sus clases. El pitagórico le exigió que estudiara primero música, astronomía y geometría; pero Justino no sentía la menor inclinación hacia estos estudios. El platonismo, por su parte, le atrajo por un tiempo, hasta que un día, mientras se paseaba por la orilla del mar, un anciano logró convencerle de que la filosofía platónica no podía satisfacer el corazón del hombre y le llamó la atención sobre los "profetas, los únicos que han anunciado la verdad". "Esto dicho —relata Justino— y muchas otras cosas que no hay por que referir ahora, marchóse el viejo, después de exhortarme a seguir sus consejos, y no le volví a ver más. Mas inmediatamente sentí que se encendía un fuego en mi alma y se apoderaba de mí el amor a los profetas y a aquellos hombres que son amigos de Cristo, y, reflexionando conmigo mismo sobre los razonamientos del anciano, hallé que ésta sola es la filosofía segura y provechosa. De este modo, pues, y por estos motivos soy yo filósofo, y quisiera que todos los hombres, poniendo el mismo fervor que yo, siguieran las doctrinas del Salvador" (Dial. 8). La búsqueda de la verdad le llevó al cristianismo. También sabemos por él que el heroico desprecio de los cristianos por la muerte tuvo una parte no pequeña en su conversión: "Y es así que yo mismo, cuando seguía las doctrinas de Platón, oía las calumnias contra los cristianos; pero; al ver cómo iban intrépidamente a la muerte y a todo lo que se tiene por espantoso, me puse a reflexionar ser imposible que tales hombres vivieran en la maldad y en el amor a los placeres" (Apol. 2, 12). La sincera búsqueda de la verdad y la oración humilde le llevaron finalmente a abrazar la fe de Cristo: "Porque también yo, al darme

cuenta que los malvados demonios habían echado un velo a las divinas: enseñanzas de Cristo con el fin de apartar de ellas a los otros hombres, desprecié lo mismo a quienes tales calumnias propalaban, que el velo de los demonios y la opinión del vulgo. Yo confieso que mis oraciones y mis esfuerzos todos tienen por blanco mostrarme cristiano" (Apol. 2, 13). Después de su conversión, que probablemente tuvo lugar en Efeso, dedicó su vida toda a la defensa de la fe cristiana. San Justino nos habla en sus obras de la Eucaristía y de los Evangelios:

> "Los Apóstoles en sus Comentarios, que se llaman Evangelios, nos transmitieron lo que les fue mandado ..." (Apol. 1, 66).
>
> "Y el día que se llama del Sol, (esto es el domingo), se reunen en un mismo lugar, tanto los que habitan en las ciudades como los que viven en el campo, (para escuchar) los Comentarios de los Apóstoles, (los Evangelios), o los Escritos de los profetas, por el tiempo que se puede. Después, cuando ha terminado el lector, el que preside toma la palabra para amonestar y exhortar a las cosas insignes" (Apol. 1, 65).

Como se ve, en tiempos de San Justino, en las reuniones litúrgicas de los domingos ya se daba a los Evangelios la misma autoridad que a las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento.

Y continúa hablando de la Misa:

> "A la Eucaristía a nadie le es licito participar de ella si no cree ser verdaderas nuestras enseñanzas y se ha lavado en el baño del perdón de los pecados (Bautismo), y de la regeneración, viviendo de acuerdo con lo que Cristo nos enseñó. Porque esto no lo tomamos como pan común

ni como bebida ordinaria, sino que así como nuestro Salvador Jesucristo, encarnado por la virtud del Verbo de Dios, tuvo carne y sangre por nuestra salvación, así se nos ha enseñado que, en virtud de la oración del Verbo que de Dios procede, el alimento sobre el que fue dicha la acción de gracias —del que se nutren nuestra sangre y nuestra carne al asimilarlo— el Cuerpo y la Sangre de aquel Jesús encarnado. Y, en efecto, los Apóstoles en los Recuerdos que escribieron, que se llaman Evangelios, nos transmitieron que así les fue mandado, cuando Jesús tomó el pan, dio gracias y dijo: "Haced ésto en memoria mía" (Lc. 22, 19) (Apol. I, 66-67).

"Porque en los Recuerdos (Evangelios) que yo digo fueron compuestos por los Apóstoles (Mateo y Juan), y por quienes a éstos siguieron (Marcos y Lucas)..." (Dial. con Trifón, 103).

San Teófilo de Antioquía (m. 181)

Según Eusebio (HE.4,20), Teófilo fue el sexto obispo de Antioquía de Siria. De sus escritos se deduce claramente que nació cerca del Eufrates, de familia pagana y que recibió educación elenística. Se convirtió al cristianismo siendo de edad madura, tras largas reflexiones y después de un estudio concienzudo de las Escrituras. En primer lugar nos habla de la inspiración bíblica de todas las Escrituras, y termina asegurándonos que el apóstol San Juan es el autor del cuarto Evangelio:

"Hallamos en completo acuerdo las palabras de los Profetas y las de los Evangelios, por razón de que todos hablaron inspirados por el solo y único Espíritu de Dios" (Ad Autolycum, 3, 12).

Los hombres de Dios, siendo profetas y conducidos por el Espíritu Santo, fueron divinamente instruidos, porque el mismo Dios los adoctrinaba e inspiraba la doctrina, de tal forma que la Palabra de Dios se nos comunica por ellos como por un instrumento... (Ibid. 2, 9).

"No seas pues, incrédulo, sino cree. Porque tampoco yo en otro tiempo creía que ello pudiera ser; más ahora, tras haberlo bien considerado, lo creo, porque juntamente leí las Sagradas Escrituras de los Santos Profetas, quienes inspirados por el Espíritu de Dios, predijeron lo pasado tal como pasó, lo presente tal como sucede y lo por venir tal como se cumplirá. Teniendo, pues, la prueba de las cosas sucedidas después de haber sido predichas, no soy incrédulo, sino que creo y obedezco a Dios" (BAC 116, 781).

"Todos los (evangelistas) fueron movidos por el Espíritu Santo, y entre ellos, Juan, que dice así: "En el principio fue el Verbo y el Verbo estaba en Dios": Y luego añade: "El Verbo era Dios; todo fue hecho por EL, y nada sin EL fue hecho" (Ad Autolycum, 2, 22).

El apóstol Juan, **"el pneumatóforo"** fue el autor del cuarto Evangelio" (BAC 282, pág. 366).

San Polícratas (m.189-199)

San Polícratas, obispo de Efeso, en una carta al papa Víctor atribuye al apóstol Juan el cuarto Evangelio, y añade:

"Nosotros, pues, celebramos intacto este día (de Pascua), sin añadir ni quitar nada. Porque también en Asia reposan grandes luminarias que resucitarán el día de la venida del Señor, cuando venga de los cielos con gloria en busca de todos los santos: Felipe, uno de los doce apóstoles, que reposa en Heriápolis con dos hijas suyas que llegaron vírgenes a la vejez, y otra que, después de vivir en el Espíritu Santo, descansa en Efeso".

"Y además está Juan, el que se recostó sobre el pecho del Señor, y que fue sacerdote portador del petalón, mártir y maestro: éste también reposa en Efeso" (HE. III, 31, 4-5).

San Panteno (m.199)

San Panteno, apóstol de Arabia, fue uno de los hombres más sabios de su tiempo, fundador de la Escuela de Alejandría, siendo maestro de San Clemente Alejandrino, estuvo al frente de aquella institución hasta su muerte, antes del año 200. Algunos opinan que fue él el autor de la Epístola a Diogneto.

Se dice de él que visitó la India o Arabia meridional, como misionero, y que allí encontró el Evangelio en hebreo de San Mateo, a donde lo debió llevar el apóstol San Bartolomé (HE. 5, 10). Según San Jerónimo **(De Vir. Ilust.36)** llegó a Alejandría ese ejemplar llevado por San Panteno.

De él dice San Eusebio de Cesarea:

"Se cuenta, pues, que demostró un celo tan grande por la doctrina divina con su ardentísima disposición de ánimo, que incluso fue proclamado heraldo del Evangelio de cristo para los paganos del Oriente y enviado hasta las tierras indias. Porque había, sí, había hasta aquel entonces aun numerosos evangelistas de la doctrina, cuya preocupación era poner a contribución su inspirado celo de imitación de los apóstoles para acrecentamiento y edificación de la doctrina divina.

"De éstos fue también Panteno, y se dice que fue a la India, donde es tradición que se encontró con el **Evangelio de Mateo** que se le había adelantado en su llegada entre algunos habitantes del País que conocían a Cristo:

Bartolomé, uno de los apóstoles, les había predicado y les había dejado el **Escrito de Mateo** en los propios caracteres hebreos, escrito que conservaban hasta el tiempo mencionado (HE. V, 10, 2-3).

FRAGMENTO DE MURATORI, (SIGLO II)

Es el documento más antiguo que poseemos sobre la fe de la Iglesia primitiva acerca del canon del Nuevo Testamento. Lo encontró L. A. Muratori el año 1740 en el códice J. sup. de la Biblioteca - Ambrosiana de Milán y lo publicó en «Antiquitates italicae Medii Aevi», t. 2 p. 851. El códice es una copia del siglo VIII, pero el texto original parece remontarse al año 170 aproximadamente, ya que en la línea 73 se habla del Pastor que HERMAS escribió recientemente («nuperrime»), siendo obispo de Roma Pío (I40-I55). El texto está mutilado al principio y al fin. Distingue cuatro clases de libros:

Iª. Los que se leen públicamente en la Iglesia (los cuatro Evangelios -faltan los dos primeros, pero se dice tercero al de Lucas-, los Hechos de los Apóstoles, 13 Epístolas de San. Pablo- falta la Carta a los Hebreos-, dos Epístolas de San Juan, el Apocalipsis del mismo apóstol, la Epístola de San Judas y- ¡cosa chocante! -el libro de la Sabiduría).

2ª. Los que algunos no quieren que se lean en la Iglesia (el Apocalipsis de San Pedro).

3ª. Los que se pueden leer en privado, pero no conviene leer en la Iglesia (el Pastor de Hermas); y

4ª. Los que no se pueden recibir en la Iglesia, porque «no conviene mezclar la hiel con la miel» (los escritos de los herejes, líneas 81-85 ; y las Epístolas apócrifas de

San Pablo a los Laodicenses y a los Alejandrinos, inventadas por Marción).

Como se ve, de los libros canónicos del Nuevo Testamento sólo faltan: las dos Cartas de- San Pedro (de las cuales acaso se hablaba al tratar de su Evangelio, que es el de Marcos), la Epístola de Santiago (que aparece citada en el *Pastor de Hermas*, aquí mencionado con elogio), y la Carta a los Hebreos.

El precioso testimonio que sobre la inspiración divina de los Evangelios contiene en las líneas 16-26, parece ser una réplica contra, Marción.

1 ...a los cuales estuvo presente y así lo puso. El tercer libro del Evangelio es el de Lucas. Este Lucas, médico después de la ascensión de Cristo, como Pablo lo hubiese llevado consigo por verlo aficionado a viajar, escribió en su nombre de oídas, ya que él tampoco conoció al Señor personalmente, y así, en la medida en que le fue asequible, comienza a hablar desde el nacimiento de Juan.

2. El cuarto Evangelio es el de Juan; uno de los discípulos. Rogado por sus condiscípulos y obispos, dijo: "Ayunad conmigo tres días a partir de hoy, y que cada uno de nosotros refiera a los demás lo que le fuere revelado". Aquella misma noche le fue revelado a Andrés, uno de los apóstoles, que, de conformidad con todos, Juan escribiera en su nombre. Y así, aunque parezca que se enseñan cosas distintas en los distintos Evangelios, no es diferente la fe de los fieles, ya que por el mismo principal Espíritu ha sido inspirado lo que en todos se contiene sobre el nacimiento, pasión y resurrección (de Cristo), así como sobre su permanencia con los discípulos y sobre su doble venida, despreciada y humilde la primera, que ya tuvo lugar, y gloriosa con regia potestad la segunda, que ha de suceder.

¿Qué tiene, pues, de extraño que Juan tan frecuentemente afirme cada cosa en sus epístolas diciendo a este

respecto: *Lo que vimos con nuestros ojos, y oímos con nuestros oídos, y nuestras manos palparon, esto os escribimos?* Con lo cual se profesa a la vez no sólo testigo de vista y de oído, sino escritor de todas las maravillas del Señor...

Prólogos antimarcionitas a los Evangelios (160-180)

Los Prólogos antimarcionitas estaban unidos a los Evangelios para defender su autenticidad contra los ataques heréticos de Marción, que aceptaba como canónicos solamente Lucas y algunas Epístolas. Son de gran interés histórico por cuanto que revelan la tradición de la primitiva Iglesia. Desgraciadamente el prólogo al Evangelio de San Mateo se perdió. De los demás, solamente de el de Lucas, que es el más extenso, se ha conservado el original griego. El de Marcos y el de Juan han llegado hasta nosotros en latín.

Este es el texto de los mencionados prólogos:

Prólogo anti-marcionita: "Marcos aseveraba que era llamado "corto de dedos", porque tenía unos dedos más bien pequeños comparados con las dimensiones del resto de su cuerpo. Era el intérprete de Pedro. Una vez muerto Pedro escribió este mismo Evangelio en la región italiana".

Lucas, un sírio de Antioquía, médico de profesión, fue discípulo de los Apóstoles. Según un dato posterior, fue discípulo de Pablo hasta su muerte. Después de haber servido al Señor sin falta y no haberse casado nunca, murió lleno del Espíritu Santo, en Boecia a la edad de 84 años. Como ya se hubiesen escrito Evangelios por Mateo en Judea y por Marcos en Italia, Lucas, impulsado por el Espíritu Santo, escribió su Evangelio en la región de Acacia. En el prólogo nos muestra que se han escrito otros Evangelios antes que el suyo, pero se necesitaba éste para presentar a

los creyentes convertidos del paganismo un relato exacto de la economía de la salvación, no sea que encontrasen obstáculos en las fábulas judías o se les indujese a extraviarse de la verdad debido a los engaños de los herejes".

"El Evangelio de Juan se reveló y fue dado a las Iglesias por Juan, mientras aun vivía, como un tal Papías de Hierápolis, discípulo querido de Juan, recordaba en sus cinco últimos libros".

Actas Johannis (s.II).

Dice Muñoz de León: "¿Puede haber alguna duda de que los **Actas Johannis** identifican a Juan el hijo del Zebedeo con el **Discípulo Amado** del Cuarto Evangelio y al que el mismo Evangelio atribuye la autoría del escrito? ¿Acaso decir que Juan era el "Discípulo Amado" no era idéntico a decir que era el autor del Evangelio?

"Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y las ha escrito"... (Jn 21,24). ¿Acaso no se nos dice aquí muy claramente que el autor del Cuarto Evangelio era un Apóstol de Jesucristo?

Pero cuando dice: **"y las ha escrito"**, no quiere decir que las haya escrito él mismo de su puño y letra; pudo escribir por medio de amanuenses a los que el Apóstol les dictaba. ¿No escribió también Orígenes, sirviéndose de taquígrafos que se renovaban para no cansarse? ¿Qué de extraño que también el anciano Apóstol los utilizase sin dejar de ser personalmente el autor inspirado del Cuarto Evangelio?

Herejes del siglo II

Dice Fillión que, según S. Ireneo y otros apologistas del siglo II, los primeros herejes como Basílides, Valentín, Marción y Taciano apoyaban sus argumentos heréticos en la autenticidad de los Santos Evangelios, que mutilaban y arreglaban a su conveniencia...

"¿No es notable este hecho? Los herejes del siglo II, como no podían negar su autenticidad por la evidencia que todos conocían, los mutilaban y tersiveraban, y se valían de la autoridad de los Evangelistas, para defender sus tesis. ¿No les hubiera sido mucho más sencillo y más cómodo negar, al modo de los racionalistas contemporáneos, el origen apostólico de estos escritos, librándose así de una vez de todas las objeciones? Seguramente eso les hubiera sido más fácil; pero la convicción de su autenticidad era entonces tan evidente e indiscutible, que los herejes se veían obligados a adoptar esta conducta respecto a ellos" (Filliòn, Vida de N. S. Jesucristo, parte I, pág.56).

El Papiro 52 (Rylands 457).

Este Papiro se halla en Manchester, en la biblioteca de Juan Rylands. Contiene unos versículos del Evangelio de San Juan 18,31-33. 37 s. Es un breve fragmento del más antiguo códice del Nuevo Testamento que se conoce. Fue hallado en una localidad remota, más allá de Egipto donde debió existir una comunidad cristiana a principios del siglo II. Los más famosos paleógrafos lo datan de finales del siglo I o primer decenio del siglo II. (Luis Conde, Los Manuscritos del Nuevo Testamento).

San Ireneo de Lyón (e.130-202).

San Ireneo, obispo de Lyón y discípulo de San Policarpo, es testigo mayor de toda excepción, porque recoge la tradición de Oriente y Occidente. Nace en el Asia Menor, hacia el 130; probablemente en Esmirna. Siendo joven frecuentaba las instrucciones de San Policarpo, el anciano obispo de Esmirna y discípulo inmediato del apóstol San Juan Evangelista, como nos dice el mismo Ireneo con estas palabras:

> "Policarpo no sólo fue adoctrinado por los apóstoles y vivió en compañía de muchos que habían visto a Nuestro Señor, sino que también fue nombrado por los mismos apóstoles obispo de la Iglesia de Esmirna en Asia, al cual le vimos también nosotros en nuestra juventud; porque él vivió muchos años y en una vejez avanzada, después de haber dado un glorioso y brillante testimonio, partió de esta vida. Ahora bien: él enseñó siempre lo que había aprendido de los apóstoles, lo cual transmitió también a la Iglesia, y es lo único verdadero. Todas las Iglesias de Asia dan testimonio de ello, y todos los que hasta el día de hoy han sucedido a policarpo..." (Adv. haer. 3, 3, 4).

Pero Ireneo no trató íntimamente solamente con Policarpo, sino también con otros muchos que también habían conocido a los Apóstoles, y principalmente al apóstol San Juan, como él mismo dice con estas palabras:

> "Esto es lo que los presbíteros, que también habían visto a Juan, discípulo del Señor, recuerdan haber oído de él, cuando evocaba la enseñanza del Señor..." (Adv. haer. 5,33,3).

Como vemos, San Ireneo conoció y trató con muchos que, como San Policarpo, habían sido discípulos de los Apóstoles y conocían muy bien sus enseñanzas.

Cuando murió San Policarpo en 155, estaba San Ireneo en Roma. En tiempo de la persecución de Marco Aurelio (161-168) era presbítero de la Iglesia de Lyón.

Hacia el 177 volvió a Roma con un mensaje de su Iglesia para el Papa y una carta de recomendación, en la que lo alababan como celador del Testamento de Cristo (HE. 5, 4, 2). A su vuelta a Francia fue nombrado obispo de Lyón. Murió probablemente mártir el año 202.

El P. Leal se interroga: "¿Cómo habla este personaje antiguo y autorizado, celoso defensor del Testamento de Cristo, sobre nuestros Evangelios? ¿Los halló como obras apostólicas y de remota antigüedad? Un autor del siglo II, si los encuentra como obras de remota antigüedad, ¿en qué fecha nos obligará a colocar la composición de los mismos?

Ireneo era un espíritu aquilatador, crítico, como diríamos hoy, de toda doctrina y verdad. Su norma es invariable. Tiene un metro y nada mas que uno para medir la verdad" de los dogmas y de la moral cristiana: la tradición, lo recibido de los mismos Apóstoles a través de aquellos que los conocieron. Doctrinas nuevas, que no dimanan de la tradición apostólica, son doctrinas que no vienen de la fuente, aguas turbias, herejías.

Conoció por experiencia la Iglesia de Roma, donde estuvo varias veces y trató con los que conocieron a los discípulos de los apóstoles Pedro y Pablo, y sabían muy bien el origen del Evangelio de Marcos. También conocía muy bien la Iglesia de Oriente donde recibió su primera educación escuchando las instrucciones de San Policarpo.

En su obra **Contra las Herejías** nos habla de los cuatro Evangelios y de sus autores, como de cosa conocida y admitida por todos.

El testimonio de Ireneo es apodíctico no sólo en favor de los tres primeros Evangelios, sino, sobre todo, en favor del cuarto Evangelio, como obra de San Juan Apóstol, ya que fue con San Policarpo y con los demás discípulos del Apóstol Juan con los que más trató directamente.

Pero como segun la tradición, Juan conoció y aprobó los Evangelios sinópticos, resulta que todos los que conocieron al apóstol Juan, pudieron conocer muy bien el origen de los cuatro Evangelios.

Veamos, pues, lo que nos dice San Ireneo sobre los Evangelios:

> "No hemos conocido la economía de nuestra salvación, sino por medio de aquellos por los que ha llegado a nosotros el Evangelio: el cual fue predicado primero, y nos ha sido transmitido después por voluntad de Dios en las Escrituras, para que sea fundamento y columna de nuestra fe. Porque no es licito decir que predicaron antes de tener perfecto conocimiento, tal como algunos se atreven a decir, vanagloriándose de ser correctores de los Apóstoles.
>
> En efecto, después que resucitó nuestro Señor de entre los muertos y los Apóstoles quedaron, por la venida del Espíritu Santo, revestidos de la fortaleza de lo alto, se llenaron de certidumbre acerca de todo y tuvieron conocimiento perfecto; marcharon a los confines de la tierra, proclamando la buena nueva de los bienes que nos vienen de Dios y anunciando la paz celeste a los hombres, que poseían el Evangelio de Dios, o bien todos en común, o bien cada uno de ellos en particular.

Y así Mateo redactó su Evangelio en hebreo, que era la lengua propia de ellos, mientras Pedro y Pablo evangelizaban en Roma y fundaban la Iglesia. Mas, después de su muerte, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro nos transmitió él también por escrito lo que había sido anunciado por Pedro. Y Lucas, compañero de Pablo, consignó en un libro el Evangelio que era predicado por Pablo. Después también Juan, discípulo del Señor, el cual sé había recostado sobre su pecho, escribió el Evangelio residiendo en Efeso de Asia" *(Adv. Haer, 3,1,1)*.

"Esta misma fe ha sido anunciada por Juan, discípulo del Señor. Quería éste por medio del anuncio del Evangelio, extirpar el error sembrado entre los hombres por Cerinto, y mucho más antes que él, por aquellos que se denominan **"nicolaítas"**. Son estos una rama desgajada del árbol del agnosticismo. Quería Juan confundirlos y convencerlos de que no existe mas que un sólo Dios que hizo todas las cosas por medio de su Verbo... (Ibid, 11,1).

* * *

"Es tal la autoridad que se atribuye a los Evangelios, que hasta los mismos herejes les rinden testimonio y cada uno trata de probar su enseñanza apoyándose en ellos. Así los Ebionitas utilizan únicamente el Evangelio según Mateo; mas quedan convencidos por este mismo Evangelio de que su pensamiento sobre la persona del Señor es erróneo. Marción por otra parte recorta el Evangelio según Lucas, mas los fragmentos que se conservan en su poder, demuestran que es un blasfemo contra el único verdadero Dios. En cambio, los que separan a Jesús de Cristo y dicen que Cristo continuó impasible, y que fue Jesús el que padeció, dan preferencia al Evangelio según Marcos; mas si lo leen con deseo de verdad pueden corregirse. En cuanto a los discípulos de Valentín, hay que decir que utilizan hasta la saciedad el Evangelio según Juan para acreditar su sintonía con él; mas se mostrará con ello que no

dicen nada a derechas, tal como demostramos en el primer libro.

Así, pues, puesto que nuestros contradictores dan testimonio de los Evangelios y los utilizan, sólida y verdadera es la prueba que nosotros elaboramos a partir de ellos" (Adv. Haer. 3, 11,7).

* * *

"Por otra parte no puede haber un número de Evangelios ni mayor ni menor. Porque son cuatro las regiones del mundo en que habitamos, y cuatro los vientos principales y la Iglesia se ha extendido por toda la tierra, y, como tiene ella por columna y sostén el Evangelio y el Espíritu de vida, es natural que tenga cuatro columnas que despiden incorruptibilidad por todas partes y dan la vida a los hombres. Por ello se manifiesta que el Artesano de todas las cosas, o sea el Verbo, que se sienta sobre querubínes y contiene todas las cosas, cuando se manifestó a los hombres, nos dio un Evangelio tetramorfo, aunque sostenido por un solo Espíritu. Tal como David, implorando su venida, dice: "Tú que te sientas sobre los querubínes, muéstrate" Porque los Querubínes tienen cuatro figuras diferentes, y sus figuras simbolizan la actividad del Hijo de Dios. El primer animal, dice, es semejante a un león, que significa el poder, la preeminencia y realeza del Hijo de Dios; el segundo es semejante a un ternero o novillo, que dice relación al sacrificio y al sacerdote: el tercero tiene un aspecto humano, lo que evoca claramente su venida como hombre: y el cuarto es semejante a un águila volando, lo que indica el don del Espíritu volando sobre la Iglesia. Los Evangelios, por tanto, están en consonancia con estos seres vivos en los que se asienta Cristo-Jesús. Así el Evangelio de Juan narra su generación preeminente, eficaz y gloriosa que tiene del Padre, diciendo así: "En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios"; "y todo fue hecho por EL y sin El nada se hizo" (Jn, 1, 1-3). Por esta razón se

dice también que este Evangelio está lleno de imágenes muy atrevidas: tal es en efecto, su aspecto. El Evangelio según Lucas, siendo de carácter sacerdotal, comienza por el sacerdote Zacarías ofreciendo incienso a Dios, porque estaba ya preparado el ternero cebado que iba a ser inmolado por la recuperación del hijo menor. En cambio Mateo cuenta la generación humana del Verbo, diciendo: "Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham" etc.; y más adelante: "El nacimiento de Jesucristo fue así". Por consiguiente está bien que este Evangelio esté simbolizado por una figura humana, porque a todo lo largo de él, el Señor aparece como un hombre, humilde y manso. Marcos, finalmente comienza por el espíritu profético viniendo de lo alto sobre los hombres: "Principio del Evangelio, dice, según está escrito en el profeta Isaías". Muestra así una imagen alada del Evangelio; por eso anuncia su mensaje con brevedad y pinceladas rápidas, porque tal es el carácter profético. Y el Verbo de Dios en persona se comunicaba con los patriarcas anteriores a moisés, según su divinidad y gloria; a los hombres que vivieron bajo la ley les asignó una función sacerdotal y ministerial; después, haciéndose hombre por nosotros envió el don del Espíritu celestial sobre la tierra, protegiéndonos con sus alas. Cual era la actividad del Hijo de Dios, así era la forma de los animales; y cual era la forma de los animales, así era el carácter del Evangelio. Los animales eran tetramorfos. Así como el Evangelio y la actividad del Señor. Por esta razón fueron cuatro las alianzas que se dieron al género humano: Una, antes del diluvio, en tiempo de Adán; la segunda después del diluvio con Noé; la tercera fue al entregar la Ley de Moisés; y la cuarta, en fin, es la que hace al hombre nuevo y recapitula en sí todas las cosas por medio del Evangelio, levantando y haciendo volar a los hombres al reino celestial" (Adv. Haer. 3, 11, 8).

Escritores del siglo III

San Clemente Alejandrino (M.214)

Tito Flavio Clemente nació, hacia el año 150, de padres paganos. Parece que su ciudad natal fue Atenas y que allí recibió su primera enseñanza. Nada sabemos de la fecha, ocasión y motivos de su conversión. Una vez cristiano, viajó extensamente por el sur de Italia, Siria y Palestina. Su propósito era recibir instrucción de los maestros cristianos más renombrados. Dice él mismo que tuvo «el privilegio de escuchar a varones bienaventurados y verdaderamente importantes» (Strom. 1, 1, 11). Pero el acontecimiento de su vida que más influyó en su carrera científica fue el haber llegado al final de sus viajes a Alejandría. Las clases de Panteno le atrajeron de tal suerte que fijó su residencia en aquella ciudad, que en adelante fue su segunda patria. De Panteno, su maestro, dice lo siguiente:

> Cuando di con el último (de mis maestros), el primero en realidad por su valor, a quien descubrí en Egipto, encontré reposo. Verdadera abeja de Sicilia, recogía el néctar de las flores que esmaltan el campo de los profetas y los apóstoles, engendrando en el alma, de sus oyentes una ciencia inmortal (Strom.1, 1, 11).

Vino a ser discípulo, socio y asistente de Panteno y, finalmente, le sucedió como director de la escuela, de catecúmenos. No es posible señalar exactamente la fecha en que heredó el cargo de su maestro; probablemente hacia el año 200. Dos o tres años más tarde, la

persecución de Septimio Severo, le obligó a abandonar Egipto. Se refugió en Capadocia con su discípulo Alejandro, que sería más tarde obispo de Jerusalén. Murió poco antes del 215, sin haber podido volver a Egipto.

"Clemente refiere de esta manera una cierta tradición acerca del orden de los Evangelios, que había recibido de unos antiguos presbíteros. Decía que de los Evangelios se escribieron primero los que contienen las genealogías. Refiere que el Evangelio de Marcos tuvo el siguiente origen: Hallándose Pedro en Roma predicando públicamente la doctrina y explicando el Evangelio por el Espíritu, los que estaban presentes -y eran muchos- exhortaron a Marcos, ya que le seguía desde hacía largo tiempo y se acordaba de lo que había dicho, a que lo pusiera por escrito. Así Marcos compuso el Evangelio y lo entregó a aquellos que se lo habían pedido.

Pedro al enterarse, no se opuso a su realización ni lo fomentó" En cuanto a Juan, el último, viendo que en los Evangelios de los otros se encuentra todo lo corporal, estimulado por sus discípulos e inspirado por el soplo del divino Espíritu, compuso un Evangelio espiritual" (Eusebio HE. 6, 14).

Tertuliano (155-220)

Tertuliano nació en Cartago hacia el año 155 y se convirtió al cristianismo hacia el año 193. No dice las razones que le indujeron a convertirse. No fue, evidentemente, una concienzuda comparación de los diversos sistemas filosóficos la que le llevó a la fe, como es el caso de San Justino. Parece que lo que más influyó en él fue el heroísmo de los cristianos en tiempos de persecución puesto que en uno de sus escritos dice: "Todo el mundo,

ante constancia tan prodigiosa, se siente como sobrecogido por una inquietud y desea ardientemente averiguar su causa; en cuanto descubre la verdad, la abraza inmediatamente" (**Ad Scapulam 5**). La verdad fue el objeto supremo de su defensa del cristianismo y de sus ataques contra el paganismo y la herejía.

Decía: "El Dios de los cristianos es el Dios de la verdad; los que la hallan, encuentran la plenitud de la verdad. **Veritas** es lo que odian los demonios y rechazan los paganos; los cristianos sufren y mueren por ella. **Veritas** distingue al cristiano del pagano". En todas estas afirmaciones hay un profundo sentimiento religioso y un ardiente deseo de sinceridad ...Tertuliano habla con el corazón en la mano. En su defensa del espíritu religioso se muestra inflexible. "Todo hombre tiene derecho -dice- a escoger su propia religión". No puede ponerse en duda que él estaba dispuesto a morir por su fe. Sobre el origen de los Evangelios escribía:

> "Quede ante todo bien sentado que el Testamento Evangélico tiene por autores a los Apóstoles, a los cuales el Señor mismo impuso la misión de propagar el Evangelio. Hubo también varones apostólicos, no independientes, sino a una con los Apóstoles o en pos de sus huellas; porque la predicación de los discípulos pudiera tenerse por vana ostentación de ciencia, mejor aún, por la autoridad del mismo Cristo, que fue quien constituyó en maestros a sus apóstoles".
>
> "Finalmente, los apóstoles Juan y Mateo nos instruyen en la fe: y los varones apostólicos, Lucas y Marcos renuevan sus enseñanzas...
>
> "De la misma autoridad que las Iglesias apostólicas, gozan los Evangelios, que por ellas y según ellas se leían, se nos han transmitido. A los Evangelios de Juan y Mateo

me refiero; respecto al de Marcos, podemos decir que es el Evangelio de Pedro, cuyo intérprete fue aquel. En tanto que el contenido del Evangelio de Lucas, suele atribuirse a Pablo" (Adv. Marc. 4, 2) .

ORÍGENES (M.254)

Orígenes nació el año 185 y fue uno de los sabios más eminentes de la primitiva Iglesia. Digno sucesor de S. Clemente de Alejandría, fue un hombre de gran austeridad y conducta intachable, y uno de los pensadores más originales de todos los tiempos. Dice S. Eusebio (HE. VI, 23, 2): "Cuando dictaba tenía a mano más de siete taquígrafos, que se relevaban cada cierto tiempo ya fijado, un número no menor de copistas y también algunas jóvenes prácticas en caligrafía". Su producción literaria asombra, pues se calcula que compuso más de mil obras. Era hombre muy versado en las ciencias bíblicas y había recorrido todas las Iglesias principales de aquella época: Las de Roma, Alejandría, Antioquía, Cesarea, Asia Menor, Atenas, Arabia, por todo lo cual constituye un testimonio de máxima importancia y autoridad.

Esto es del gran Orígenes:

> "Como he recibido de la tradición acerca de los Cuatro Evangelios, que son los únicos que acepta la Iglesia de Dios que está bajo el cielo y se admiten sin controversia: el primero que se escribió fue el **Evangelio de Mateo**, quien fue al comienzo recaudador y después apóstol de Jesucristo, que lo publicó habiéndolo compuesto en lengua hebrea para los judíos convertidos a la fe.
>
> El segundo fue el **Evangelio de Marcos**, que lo compuso conforme a lo que Pedro había expuesto...

EL tercero es el **Evangelio de Lucas**, avalado por Pablo y escrito para los gentiles.

Además de todos estos está el **Evangelio de Juan**. ¿Qué se podría decir sobre Juan, el que se recostó sobre el pecho de Jesús? Dejó un sólo Evangelio aun cuando confesaba que podría escribir tantos que ni el mundo podría contenerlos. Y escribió también el Apocalipsis, tras recibir el mandato de callar y de no escribir las voces de los siete truenos. Dejó también una Carta de muy pocas líneas, y quizá también una segunda y una tercera, pues no todos dicen que estás sean genuínas (HE. 6, 25, 4-10).

"Atrevámonos a proclamar que la flor de todas las Escrituras son los Evangelios; pero la flor de los Evangelios es el Evangelio de Juan; y nadie podrá saborear su sentido si antes no ha reposado sobre el Corazón de Jesús, o si no ha recibido de Jesús a María por Madre... ¿Qué pureza de espíritu será necesaria para que descubramos el sentido escondido por la corteza de la letra?... Para la plena inteligencia de este sentido es necesario poder decir con verdad: "Tenemos el sentido de Cristo para conocer las gracias que nos ha hecho" (Com. in Jn. 1, 23).

PRÓLOGOS MONARQUIANOS A LOS EVANGELIOS (225-250)

Existen una serie de introducciones a los Evangelios más extensas que se conocen bajo el nombre de **Prólogos Monarquianos**. La fecha que se le asigna generalmente es la primera mitad del siglo III. Según O. Corssen, fueron escritos en Roma en círculos monarquianos unos treinta años después del **Fragmento Muratoniano**. Uno de los más antiguos, dice, respecto del primer Evangelio:

"En el orden de los Evangelistas, Mateo de Judea ocupa el primer puesto, porque él fue, en efecto, el primero

que escribió un Evangelio, estando en Judea" (**De historia canónica U. T. Roma, 1934, 364-368).**

El **Prólogo Antiquior**, el cuarto Evangelio se lo atribuye a Juan en Asia.

San Cipriano (m.258)

San Cipriano de Cartago fue discípulo de Tertuliano a quien admiraba. Fue obispo de Cartago y murió mártir el 258.

Con relación a los Evangelios dice:

"El Evangelio según Mateo o según Juan, son los títulos griegos de los Evangelios que nacieron ya en el siglo II, en manuscritos griegos. De ellos pasaron a versiones latinas africanas en uso ya probablemente en tiempos de los mártires sicilianos condenados a muerte en el año 180 (Quasten, **Patrología**, I pp. 528).

Teodoreto de Ciro (193-258)

Teodoreto en su **Haereticarum Fabularum Compendiun**, enseña que el apóstol S. Juan compuso su Evangelio en Efeso **(M. de Tuya, Biblia Comentada).**

San Dionisio de Alejandría (m.265)

En la Historia Eclesiástica de Eusebio, VII, 25, sobre el Apocalipsis de Juan, afirma que este libro no cree que sea del apóstol Juan, porque es de un lenguaje muy

distinto y diferente al cuarto Evangelio y a la primera Carta que con absoluta seguridad son del apóstol Juan. Se equivocó aquí San Dionisio, porque aunque el Apocalipsis está escrito con un lenguaje diferente, no fue Juan quien escribió de forma diferente, sino el Espíritu Santo quien le reveló las cosas de manera diferente.

Todo el capítulo 25 del libro VII lo dedica Eusebio a demostrar como San Dionisio creía firmemente que el cuarto Evangelio fue compuesto por el apóstol San Juan, pero no así el Apocalipsis.

> "Yo no contradiciré que el autor del Apocalipsis se llamaba Juan y que el libro ese es de Juan, porque incluso estoy de acuerdo de que la obra es de un hombre santo e inspirado por Dios. Pero yo no podría convenir fácilmente en que este fuera el Apóstol, el hijo del Zebedeo y hermano de Santiago, de quien es el Evangelio titulado de Juan y la carta católica".
>
> Efectivamente, por el carácter de uno y otro, por el estilo y por la llamada disposición general del libro, conjeturo que ambos no pueden ser del mismo autor. Ya que el evangelista en ninguna parte escribe su nombre ni se predica a si mismo: ni en el Evangelio, ni en la Carta...
>
> Pero es que ni siquiera en la segunda Carta, ni en la tercera, que se consideran de Juan, aunque breves, aparece Juan por su nombre, sino que de una manera anónima hallamos escrito: **el presbítero**. En cambio, este otro (del Apocalipsis, no creyó bastante nombrarse una sola vez y seguir la explicación, sino que repite de nuevo: **"Yo, Juan, vuestro hermano y copartícipe en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesús, estuve en la isla llamada de Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús".** etc. etc.
>
> "Por lo tanto, que es Juan quien esto escribe hay que creerlo pues él lo dice; pero no está claro quien sea éste,

puesto que no dice como en muchos pasajes del Evangelio, que él es el discípulo amado por el Señor, el que se reclinó sobre su pecho, el hermano de Santiago, el testigo ocular y oyente directo del Señor...

"Y por los pensamientos, por las palabras y por su ordenación, se comprenderá naturalmente que el uno es persona diferente del otro. Efectivamente, el Evangelio y la Carta concuerdan entre si.

Y los dos comienzan igual. Aquel dice: **En el principio era el Verbo**; ésta: **"Lo que desde el principio**; y aquel dice: **Y el Verbo se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros y contemplamos su gloria, gloria como de unigénito del Padre"**. Y esta nos dice las mismas palabras solamente un poco cambiadas: **"Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y nuestras manos palparon acerca del Verbo de la vida, y la vida se manifestó..."** (HE. VII, 25).

San Gregorio Taumaturgo (213-270)

San Gregorio Taumaturgo nació de una familia de noble alcurnia en Neocesarea del Ponto. Primeramente se llamaba Teodoro y en el bautismo recibió el nombre de Gregorio. Una hermana suya lo invitó a ir a Palestina, donde ella estaba casada con el gobernador. Allí conoció a Orígenes en cuya escuela estudió algunos cursos y empezó para él el periodo decisivo de su vida.

Aquí nos habla de la inspiración bíblica:

"Hoy el Paráclito nos explicó el tesoro de las Escrituras inspiradas por Dios. Sea, en efecto, para nosotros un tesoro de sabiduría la lengua profética y la doctrina apostólica; pues no podemos tener perfecta, esperanza de salvación sin la Ley y los Profetas, o los Evangelistas, o los

Apóstoles. Pues por la lengua de los santos profetas y de los Apóstoles, habla nuestro Señor, y en la voz de los santos se complace y descansa Dios... Así, pues, cuando se lee el Evangelio, o los Escritos Apostólicos, no atiendas al libro o al lector, sino a Dios que te habla desde los cielos" (Hom. II en la Anun. de María).

San Pedro de Alejandría (m.311)

San Pedro de Alejandría llama al apóstol S. Juan **"teólogo y evangelista"**. Cita varios textos de su Evangelio, y entre otros 19,14 lee hora **tercia**, apelando a copias esmeradas y al mismo autógrafo que, por la divina gracia "se conserva con gran veneración de los fieles en la iglesia de Efeso" (MC 18, 517; 92, 77 C. BARTINA, Ignotom episemon gabex: VD 36 (1958) 35).

Nótese que S. Pedro de Alejandría apela a copias **esmeradas** del Evangelio de Juan, mostrando con ello su sentido critico. No dice que él viera el autógrafo, pero afirma que se venera en la iglesia de Efeso. (Juan Leal BAC 207 pp.783).

Escritores del siglo IV

San Eusebio de Cesarea (m-340)

Eusebio de Pánfilo, obispo de Cesarea de Palestina, es el **"Padre de la Historia Eclesiástica"**. Combina su máxi-

mo interés por el pasado con una participación muy activa en la tarea de dar forma al presente. Es a su vez historiador y controvertista, uno de los últimos apologistas y primer archivero cronista de la Iglesia. Viajó y recorrió las principales bibliotecas cristianas de la época, y tuvo en su mano valiosos documentos que por desgracia hoy han desaparecido. Gracias a lo que él recogió en su obra hoy podemos saber muchas cosas que si no hubiera sido por él habrían estado perdidas para siempre. Y es por eso que la Historia Eclesiástica de San Eusebio es la obra más importante y única para conocer la Iglesia de los tres primeros siglos del cristianismo. El mejor que nadie puede darnos razón del origen de los Evangelios.

Motivo por el que Marcos escribió el Evangelio.

"Así como por morar entre ellos la doctrina divina, el poder de Simón (el mago) se extendió y se redujo a nada, en seguida junto con él mismo. En cambio el resplandor de la religión brilló de tal manera sobre las inteligencias de los oyentes de Pedro, que no se quedaban satisfechos con oírle una sola vez, ni con la enseñanza no escrita de la predicación divina, sino que con toda clase de exhortaciones importunaban a Marcos -de quien se dice que es el Evangelio y que era compañero de Pedro- para que les dejase también un memorial escrito de la doctrina que de viva voz se les había transmitido, y no le dejaron en paz hasta que el hombre lo tuvo acabado, y de esta manera se convirtieron en causa del texto del Evangelio llamado de Marcos.

"Y dicen que el apóstol Pedro, cuando por revelación del Espíritu supo lo que se había hecho, se alegró por la buena voluntad de aquellas gentes y aprobó el Escrito para ser leido en las Iglesias. Clemente cita el hecho en el libro VI de sus Hypotyposeis, y el obispo de Hierápolis llamado Papías lo apoya también con su testimonio" (HE.15,1-2).

Sobre el apóstol y evangelista San Juan.

Es tradición que en este tiempo, el apóstol y evangelista Juan, que aun vivía por haber dado testimonio del Verbo de Dios, fue condenado a habitar en la isla de Patmos.

Por lo menos Ireneo, cuando escribe acerca del número del nombre aplicado al anticristo en el llamado Apocalipsis de Juan, en el libro V Contra las Herejías, textualmente dice de Juan lo siguiente:

"Mas si hubiera sido necesario en la ocasión presente proclamar abiertamente su nombre, se hubiera hecho por me dio de aquel que también había visto el Apocalipsis, ya que no hace mucho tiempo que fue visto, casi en nuestra generación, hacia el final del imperio de Domiciano" (HE. 3, 18, 1-3).

* * *

"Por este tiempo vivía todavía en Asia el mismo a quien amó Jesús, el apóstol y evangelista Juan, y allí seguía rigiendo las Iglesias después de regresar del destierro de la isla, tras la muerte de Domiciano.

Y que Juan permanecía en vida por este tiempo, se confirma suficientemente con dos testigos. Estos, representantes de la ortodoxia de la Iglesia, son bien dignos de fe, tratándose de hombres como Ireneo y Clemente de Alejandría.

El primero de ellos, Ireneo, escribe textualmente en alguna parte del libro II de su obra Contra las Herejías como sigue:

"Y todos los presbíteros que en Asia están en relación con Juan, el discípulo del Señor, dan testimonio de que Juan lo ha transmitido, porque aun vivió con ellos hasta los tiempos de Trajano" (Adv. Haer, 2, 22, 5).

Y en el libro III de la misma obra, manifiesta lo mismo con estas palabras:

"Pero también la Iglesia de Efeso, por haberla fundado Pablo y porque en ella vivió Juan hasta los tiempos de Trajano, es un testigo veraz de la tradición de los Apóstoles" (Adv. Haer. 3, 3, 4) (HE. 3, 23, 1-4).

* * *

"En primer lugar quede reconocido como auténtico el Evangelio (del apóstol Juan), que se lee por entero en todas las Iglesias de bajo el cielo. Sin embargo, el hecho de que los antiguos con buena razón lo catalogaran en el cuarto lugar, detrás de los otros tres, acaso pudiera explicarse de la manera siguiente.

Aquellos hombres inspirados y en verdad dignos de Dios, -los Apóstoles de Cristo digo-, purificadas hasta el colmo sus vidas y adornadas sus almas con toda virtud, hablaban, no obstante, la lengua de los simples. Al menos, aunque la fuerza divina y obradora de milagros que el Salvador les había dado, los hacía audaces, ni sabían, ni intentaban siquiera ser embajadores de la doctrina del Salvador con la persuasión y con el arte de los discursos, sino que, usando solamente de la demostración del Espíritu Divino que obraba con ellos y del solo poder de Cristo que se ejercía a través de ellos, anunciaron el acontecimiento del reino de los cielos por toda la tierra habitada, sin preocuparse gran cosa de ponerlo por escrito...

Ni les faltaba experiencia de estas mismas cosas a ninguno de los acompañantes de nuestro Salvador: los doce Apóstoles de una parte y los setenta discípulos de otra, así como otros innumerables, además de éstos. Y, sin embargo, de todos ellos solamente Mateo y Juan nos han dejado Memorias de las conversaciones del Señor, y aun es tradición que se pusieron a escribir forzados a ello.

El Primer Evangelio es el de Mateo.

"Efectivamente, Mateo, que primero había predicado a los hebreos, cuando estaba a punto de marchar hacia

otros, entregó por escrito su Evangelio, en su lengua materna, supliendo así por medio de la Escritura lo que faltaba a su presencia entre aquellos de quienes se alejaba".

Motivo por el que Juan escribió el Evangelio.

"Marcos y Lucas habían ya publicado sus respectivos Evangelios, mientras Juan, se dice que en todo ese tiempo seguía usando de la predicación no escrita, pero que al fin llegó también a escribir, por el motivo siguiente. Los tres Evangelios escritos anteriormente habían sido ya distribuidos a todos, incluso al mismo Juan, y se dice que éste los aceptó y dio testimonio de su verdad, pero también que les faltaba únicamente la narración de lo que Cristo había obrado en los primeros tiempos y al comienzo de su predicación.

La razón es verdadera. Es posible ver, efectivamente, que los tres evangelistas han puesto por escrito solamente los hechos que siguieron al encarcelamiento de Juan Bautista, durante sólo un año, y que son ellos los que advierten de esto al comienzo de sus relatos...

En consecuencia se dice que por esto se le animó al Apóstol Juan a transmitir en su Evangelio el periodo silenciado por los primeros evangelistas y las obras realizadas en este tiempo por el Salvador, es decir, las anteriores al encarcelamiento del Bautista, y que esto mismo se indica, bien cuando dice: **"Este comienzo tuvieron los milagros de Jesús"** (Jn. 2,11), bien cuando menciona al Bautista entre medio de los hechos de Jesús, diciendo que todavía seguía bautizando en Ainón, cerca de Salín. Lo expresa claramente al decir: **"Porque Juan no había sido encarcelado todavía"** (Jn. 3, 23-24).

Juan, por tanto, transmite en su Evangelio escrito lo que Cristo obró antes de que el Bautista fuera encarcelado, mientras que los otros tres evangelistas recogen los hechos posteriores al encarcelamiento del Bautista.

A quien ponga atención a todo esto no tiene ya por qué parecerle que los Evangelios difieren entre si, puesto que el de Juan contiene las obras primerizas de Cristo, y los otros la historia del final del periodo. Y, en consecuencia, es también probable que Juan pasara por alto la genealogía carnal de nuestro Salvador por haberla escrito ya anteriormente Mateo y Lucas, y comenzase hablando de su divinidad, cual si el Espíritu divino se lo hubiera reservado a él como más capaz..."

Sobre el Evangelio de Lucas.

Por lo que hace a Lucas, también él, al empezar su escrito, expone de antemano el motivo por el cual lo ha compuesto. Debido a que muchos otros se ocuparon con demasiada precipitación a hacerse una narración de los hechos de que él mismo estaba bien enterado, él se sintió obligado a apartarnos de las dudosas suposiciones de los otros y nos ha transmitido por medio de su Evangelio el relato seguro de todo aquello cuya verdad ha captado suficientemente aprovechando la convivencia y el trato con Pablo, así como la conversación con los demás Apóstoles...

De los escritos de Juan, además del Evangelio, también se admite sin discusión, por modernos y por antiguos, la primera de sus cartas. En cambio, se discuten las otras dos (HE. 3, 24).

SAN EFRÉN DR. (M. 379)

San Efrén de joven vivió al lado del obispo de su ciudad, bajo cuya dirección hizo sus estudios. Mas tarde, por consejo de un monje, se retiró a la soledad, donde, bajo la dirección de un anciano, se consagró a la oración, a la penitencia y a la meditación de las Sagradas

Escrituras. San Jerónimo habló con admiración de sus escritos, y los sirios lo tienen por el más ilustre de sus escritores. Aquí nos asegura que el primer Evangelio fue compuesto por el apóstol San Mateo:

> "Mateo escribió su Evangelio en hebreo, y más tarde fue traducido a lengua griega" (Evangelii concordantis exposio". (Edit. Aucher, 286).

San Cirilo de Jerusalén (313-387)

San Cirilo fue consagrado obispo de Jerusalén el año 348. Calumniado, fue arrojado de su sede por tres veces. Tomó parte en el segundo concilio de Constantinopla. Sus famosas Instrucciones Catequísticas son uno de los más preciados tesoros de la antigüedad (PG. 33).

> "Esto nos enseñan las Escrituras, divinamente inspiradas, del Viejo y Nuevo Testamento. Pues uno es el Dios de ambos Testamentos, el cual anunció a Cristo en el Viejo, como un hecho principal del Nuevo, y que por medio de la Ley y los Profetas llevó hacia Cristo como un maestro...
>
> "Aprende, pues, cuidadosamente por la Iglesia, cuales son los libros del Viejo Testamento, y cuáles los del Nuevo, y no me leas nada de los apócrifos...
>
> "Solamente los Cuatro Evangelios del Nuevo Testamento son (verdaderos), pues los demás están falsamente escritos y son nocivos". (Cateq. IV).
>
> "EL os llene de las cosas celestiales del Nuevo Testamento y os conceda el sello del Espíritu Santo, que nunca se borra, en Cristo nuestro Señor, a quien es debida la gloria por los siglos de los siglos" (Procat. 17).

"Los judíos admiten fácilmente el nombre de Jesús, pero el de Cristo lo rechazan plenamente. Por eso dice el Apóstol: "¿Quién es mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? (1 Jn. 2, 22). (Cateq. X, 14).

"Ya que las divinas Escrituras no convencen a los desobedientes judíos que se han olvidado de todo lo que está escrito acerca de la resurrección de Jesús, podríamos objetarles: ¿Por qué afirmáis que Elías y Eliseo resucitaron a los muertos, y os oponéis a la resurrección de Cristo Nuestro Señor? ¿Es que nosotros que ahora vivimos no tenemos testigos que se hallaron presentes entonces? Pues dadnos vosotros testigos de aquellos tiempos (de Elías y Eliseo). ¿Que aquello ya está escrito? Pues también ésto. ¿Por qué pues abrazáis una cosa y desecháis otra? Aquello lo escribieron los hebreos; pues todos los Apóstoles eran hebreos. ¿Por qué no creéis a los judíos? Mateo, que era hebreo, escribió su Evangelio en lengua hebrea. El predicador Pablo fue hebreo de hebreos; y los doce apóstoles todos hebreos; después los quince obispos (que ha habido hasta ahora en) Jerusalén fueron así mismo hebreos. ¿Por qué razón mientras admitís vuestras cosas, rechazáis las nuestras que han sido escritas por los de vuestra misma raza? (Cateq. XIV, 15).

San Basilio (379)

San Basilio acepta como genuinos, es decir, de los autores asignados, los Cuatro Evangelios y casi todos los demás libros del Nuevo Testamento (BAC 362 pp. 369).

San Hilario de Poitiers (310-394)

San Hilario de Poitiers es el más antiguo de los Doctores de la Iglesia. Hijo de una familia pagana, convertido

a la fe, su virtud y saber lo llevan primero al sacerdocio, y en el 350 es consagrado obispo de Poitiers. Lucha denodadamente contra en arrianismo y escribe estupendos tratados apologéticos y teológicos (PL.9-10).

Los Evangelios se completan entre sí, ya que unas cosas se explican por las otras, al ser todas testimonio de un único Espíritu. Juan, el que en mayor medida nos dio a conocer las razones espirituales de las cosas, nos transmite esta oración del Señor por los Apóstoles: **Padre Santo, consérvalos en tu nombre. Cuando Yo estaba con ellos los guardaba en tu nombre, los que me has dado y los he guardado (Jn. 17, 11s).** (La Trinidad, X, 42).

Mateo, de publicano fue elegido para ser Apóstol, para anunciar todo el misterio de la predicación evangélica, y Juan, digno de recibir la revelación de los misterios celestiales, por su intimidad con el Señor... Por todos estos he sido enseñado en la fe que sostengo" (La Trinidad VI, 20)

.

San Gregorio Nacianceno (328-389)

San Gregorio Nacianceno en su poema titulado: **"De veris libris Scripturae inspiratae"** hace una gran alabanza del apóstol y evangelista San Juan, autor del cuarto Evangelio, como: "Juan el universal y gran heraldo, que recorre los cielos... (BAC 262 pp. 370).

San Ambrosio de Milán Dr. (m. 397)

San Ambrosio, obispo de Milán, es hermano de Santa Marcelina y San Sátiro. Supo hacerse respetar de los emperadores, y supo hacer respetar las leyes de la Iglesia aun al mismo Teodosio I. Suya es aquella sentencia

tantas veces escrita y oida: "Donde esta Pedro, allí está la Iglesia". Sus obras morales, ascéticas y dogmáticas son importantes. (PL.14-17).

"A los Evangelistas. ¿Qué sabiduría piensas que les faltó? Poseyendo los unos y los otros diversos géneros, tiene, sin embargo cada uno su género propio en el cual sobresale. Hay verdaderamente sabiduría natural en el libro intitulado: "Evangelio según San Juan"; pues nadie, me atrevo a decir, ha visto con una sabiduría más sublime la majestad de Dios, ni nos la ha revelado con palabras más apropiadas. El subió por encima de las nubes, de las potencias celestes, de los mismos ángeles, para descubrir al Verbo en el principio y verle cabe Dios.

"¿Qué moralista hay mejor que San Mateo que detalle las actividades del hombre y nos dé las normas de vida? ¿Quién más racional, qué unión más admirable que la escogida por san Marcos para comenzar: **He aquí que envío mi ángel (1, 2) y una voz grita en el desierto (1, 3)**, para excitar la admiración y enseñar que el hombre ha de agradar con la humildad, la abstinencia y la fe, del mismo modo que San Juan Bautista subió a la inmortalidad por estos grados: su vestido, su comida y su mensaje?.

"San Lucas ha seguido un género más bien histórico y nos ha revelado en mayor número las maravillas realizadas por el Salvador.

Sin embargo, todas las cualidades de la sabiduría se encuentran encerradas en este Evangelio. ¿Qué hay más excelente que la sabiduría natural que la revelación de la misión creadora del Espíritu Santo en la misma encarnación del Señor? He aquí una lección de sabiduría natural: la creación por el Espíritu. También David al enseñar por su parte la sabiduría natural, dice: **Envía tu Espíritu y serán creados (Sal. 103, 30)**...

"Mas vengamos a nuestro asunto: Hemos dicho que este libro ha sido escrito en el género histórico. Veremos, pues,

que, en comparación con los otros, él pone gran cuidado, en presentar los hechos más que en formular preceptos (BAC 257, 43-47).

"Se cita otro evangelio que se dice escrito por los **Doce**. Basílides no ha temido escribir uno que se llama, **Evangelio según Basílides**. Se habla también de otro intitulado: **Evangelio según Tomás.** Yo he conocido otro atribuído a Matías. Hemos leído, para que no se lean; los hemos leído no para ignorarlos; los hemos leído, no para retenerlos, sino para rechazarlos y para saber de qué se exalta el corazón de estos infatuados. Sin embargo, la Iglesia, con los cuatro libros de los Evangelios que ella posee, llena el universo con sus evangelistas. Con todos sus libros los herejes no tienen ni siquiera uno. "Muchos", en efecto, "han intentado", pero les ha faltado la gracia de Dios. Muchos han recogido en una síntesis lo que en los cuatro Evangelios les ha parecido más conforme con sus doctrinas envenenadas. De este modo la Iglesia que sólo tiene un Evangelio, no enseña más que un solo Dios; mientras que ellos con la distinción del Dios del Antiguo Testamento, del Dios del Nuevo Testamento, han establecido, con la ayuda de muchos evangelios, no un sólo Dios, sino muchos.

Como muchos, dice, **han intentado**. Han intentado, evidentemente, los que no pudieron acabar. Muchos, pues, han comenzado, pero no han acabado... No existe esfuerzo en los dones y en la gracia de Dios, que, cuando se difunde en un lugar, lo fertiliza tanto que la esterilidad cede su lugar a la abundancia. Ningún esfuerzo en Mateo, ningún esfuerzo en Marcos, ningún esfuerzo en Juan, ningún esfuerzo en Lucas, sino que ilustrados por el Espíritu Santo de todo: palabras y hechos, ellos han concluido su obra sin ningún esfuerzo... En efecto: muchos han querido escribir el Evangelio; mas sólo cuatro, que han merecido la gracia divina, han sido recibidos. (Ibid, 50-51).

"Este Evangelio (de Lucas) ha sido escrito para Teófilo, es decir, para el que es amado por Dios. Si tú amas a Dios,

para tí ha sido escrito. Recibe este regalo del Evangelio, conserva con cuidado en lo más profundo de tu corazón este recuerdo de un amigo: **Guarda el precioso depósito por el Espíritu Santo, que habita en nosotros** (2 TIM. 1, 4); míralo con frecuencia, examínalo a menudo (Ibid, 58).

"Los santos evangelistas, presionados por el deseo de narrar las grandes maravillas y las acciones más divinas del Señor, han creído más oportuno condensar y abreviar todo esto más que desarrollarlo abundantemente... (Ibid, 185).

San Epifanio (m. 402)

San Epifanio, obispo de Salamina, nació en Palestina de padres judíos por los años 310. Convertido al cristianismo fue monje amigo de San Hilarión. Elegido obispo de Salamina hizo un viaje a Roma acompañado de San Jerónimo para asistir al concilio convocado por el papa San Dámaso. Escribió varios libros contra las herejías. (PG. 41-43).

"San Mateo, según se nos narra, visitado por los judíos convertido; a la fe, y a ruegos suyos, compuso un Evangelio en hebreo y les dejó por escrito lo que antes les había enseñado de palabra" (In Mt. hom. l).

"Así, pues, a Marcos, que había sido en Roma compañero de Pedro se le encargó que, inmediatamente, después de Mateo, escribiese el Evangelio. Después de haberlo escrito fue enviado por Pedro a Egipto. Era este uno de los setenta discípulos que se dispersaron a causa de aquella palabra pronunciada por el Señor: Si alguno no come mi carne y bebe mi sangre, no es digno de mí, como saben los que hayan leído el Evangelio (Jn. 6, 54). Sin embargo él, convertido por obra de Pedro y lleno del

Espíritu Santo, recibió el encargo de recibir el Evangelio". (Adv. haer. 2,51: PG 41, 897-900) Aquí dice que Marcos era uno de los setenta discípulos, pero otros Santos Padres dicen que Marcos no conoció al Señor.

"El Espíritu Santo impulsa y excita al bienaventurado Lucas con ciertos estímulos ocultos, para que sacara las mentes de los hombres de aquella profundísima vorágine y para que nos confiara lo que había sido omitido por los otros escritos, para que nadie, alejándose más de la verdad, pudiera creer que la generación de Cristo había sido propuesta por él como una parábola" (Adv. haer. 51,7: PG 41, 900 BC).

"EL cuarto, finalmente Juan, como colocando encima el remate de una corona; fue el intérprete de la condición y naturaleza más sublime en Cristo y de la sempiterna divinidad" (Adv. haer. 2, 69, 23: PG 42, 239 s.).

"No hay duda alguna de qué el mismo Espíritu es el que habló en la Ley, los Profetas y los Evangelios, pues en todo ello se da absoluta concordancia.

"Es un solo Señor, un solo Dios, un solo Espíritu el que habló en la Ley y en los Profetas y en el Evangelio... de tal manera que narrasen en completo acuerdo y armonía, para demostrar con ello que habían bebido de la misma fuente: de tal manera que las cosas omitidas por unos, las expusiesen los otros, a quien privadamente se lo hubiese concedido el Espíritu Santo" (Adv. Haer. 2, 66-72).

"¿Ves ya cómo en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, un mismo y único Espíritu designa al pobre y al rico?... Y para que entiendas que es el mismo Espíritu del Antiguo y del Nuevo Testamento, mira lo que escribió el Apóstol acerca de los antiguos profetas... Es un sólo Señor, un sólo Dios, un sólo Espíritu el que habló en la Ley, en los Profetas y en el Evangelio (Ibid, 80-84).

SAN JUAN CRISÓSTOMO, DR. (M. 407)

San Juan Crisóstomo, el "boca de oro" como le llamaban sus paisanos, fue el más grande orador de la Iglesia griega. Cuando trataron de consagrarlo obispo, huyó a la soledad, pero tuvo que volver por enfermedad, y años más tarde fue obligado a aceptar la sede episcopal de la segunda metrópolis más importante del mundo. Es el más excelso de los Padres griegos y una de las figuras más importantes de la antigüedad cristiana.

"Por impulso de Dios también Mateo, lleno del Espíritu Santo, escribió lo que escribió. Mateo, digo, el alcabalero: porque no me avergüenzo de llamarle por el nombre de su profesión ni a él ni a los otros; pues eso, mejor que nada, nos muestra la gracia del Espíritu Santo y la virtud de los Apóstoles... Ahora, ¿por qué siendo tantos los discípulos del Señor, sólo escribieron dos de entre los Apóstoles y otros dos de entre los compañeros de éstos? Efectivamente, aparte de Mateo y Juan, los Evangelios fueron escritos por un discípulo de Pablo y otro de Pedro. La razón de no haber escrito más que éstos es que nada hacían por ambición de honra, sino solo con miras a la utilidad. -¿Pues qué? ¿No bastaba un solo evangelista para contarlo todo? -Bastaba ciertamente; mas al ser cuatro los que escriben y el no haberlo hecho ni en el mismo tiempo, ni en los mismos lugares, ni después de reunirse y ponerse de acuerdo, y, sin embargo, hablar todos como por una misma boca, he ahí la prueba máxima de la verdad. -El caso es -me replicará alguno- que ha resultado todo lo contrario, pues en muchas partes se demuestra que están desacordes. -Pues ahí está precisamente el argumento mejor de su veracidad. Porque, si en todo concordaran exactamente: en el tiempo, en el lugar, en las palabras mismas, no habría enemigo que no creyera que los evan-

gelistas habían escrito lo que escribieron después de reunirse y ponerse de acuerdo a lo humano, puesto que tal concordancia no era compatible con la sencillez. Ahora, empero, este desacuerdo, aparente por lo demás, en menudencias, excluye a los evangelistas de toda sospecha y es la más brillante defensa del carácter de los escritores...

Ahora bien, Lucas nos dice expresamente la causa porque escribió: Para que tengas -dice- la seguridad de las palabras en que fuiste de viva voz instruido. Es decir, para que, recordándolas a la continua, tengas la seguridad y en la seguridad permanezcas.

En cuanto a Juan, él se calló la causa por la que escribió su Evangelio; pero hay una tradición antigua que de nuestros padres ha llegado hasta nosotros por la que sabemos que tampoco él se puso a escribir por puro azar. La razón fue esta: como los otros tres evangelistas habían puesto su principal empeño en poner de relieve la economía de la encarnación y parecía haberse pasado en silencio la doctrina acerca de la divinidad de Cristo, para llenar esta laguna, le movió Cristo más adelante a componer su Evangelio. Y esto es patente, no sólo por la historia misma, sino por el prólogo de su Evangelio. Porque no empieza como los otros por lo de abajo, sino por lo de arriba, que es lo que le interesaba y por lo que compuso todo su libro. Y no sólo en el prólogo, sino en el resto de su libro, Juan es más elevado que los otros.

También es tradición que Mateo, por habérselo ido a suplicar los que habían creído de entre los judíos; les dejó por escrito lo mismo que de palabra les había predicado, y que compuso su Evangelio en lengua hebrea.

A ruego también de los discípulos, dícese haber también compuesto Marcos el suyo... De ahí que Mateo, como quien escribía para hebreos, nada buscó con tanto ahínco como demostrarles que Cristo descendía de Abrahan y de David; Lucas, empero, como quien habla universalmente para todos, lleva más arriba su discurso, remontándose

hasta Adán. El uno empieza por la genealogía, porque nada podía tranquilizar tanto a un judío como saber que Cristo descendía de Abrahan y de David; el otro, en cambio, sólo después de haber hecho mención de otras muchas cosas, viene finalmente a parar en la genealogía" (Hom. sobre S. Mt. 1).

¿Quién era el Apóstol Juan?

Si Juan fuera a hablarnos de ideas y doctrinas suyas, convendría introducirlas diciendo algo de su ascendencia, su patria o su educación. Pero como no es él quien habla, sino Dios en él, por medio suyo, y se dirige a todo el género humano, parecería innecesario hacer tales precisiones. Y, sin embargo, no lo será, sino muy oportuno. Pues cuando os hayáis enterado quién fue, de dónde procedía, cuales eran sus padres y cual su condición, al escuchar sus palabras y toda su filosofía, os convenceréis de que las palabras que ha escrito no son suyas, sino que le fueron dictadas por la virtud divina que inspiraba su alma.

¿Cuál fue, pues, su patria? No la tuvo: nació en una aldea de una nación miserable que jamás gozó de estima ninguna. Los escribas desprecian Galilea, diciendo: "Estudia y verás que de Galilea no salen profetas" (Jn. 7, 52). Y en nada la tiene tampoco el que fue llamado "un verdadero israelita" quien dijo: "¿De Nazaret puede salir algo bueno" (Jn. 1, 46). No era, por tanto, su pueblo un lugar renombrado en aquella región. Y él ni siquiera pertenecía a una noble familia de aquel pequeño lugar, pues era su padre un pobre pescador. Tan pobre que no pudo enseñar a sus hijos otra cosa que su propio oficio.

Sabéis vosotros muy bien cómo ningún artesano desea que su hijo herede su propio oficio, a no ser que se vea obligado a ello por la miseria. Y, sobre todo, si se trata de un oficio despreciado. Y nadie hay más pobre que un pescador, nadie más despreciado, quebrantado e ignorante. Pero también entre ellos hay quien está mejor y quien

está peor. A decir verdad, nuestro Apóstol pertenecía a la categoría más baja: no pescaba en el mar, ni en un gran lago, sino en una minúscula charca. Y era allí precisamente donde estaba, en compañía de su padre y de su hermano Santiago, afanado en remendar las redes, indicio claro de pobreza suma, cuando lo llamó Cristo. Pero es que, además San Lucas, en sus escritos (Hech. 4, 13), confirma que Juan no sólo era miserable, sino, además, ignorante. Y tiene razón...

Pero veamos, pues, cuáles son los temas de que habla y discute este pescador que vivía en las orillas del pequeño lago de Betsaida de Galilea, hijo de un pobre pescador. No habla de pescados, sino, de cosas celestiales y de cosas que nunca nadie había sabido nunca.

Nos enseñará verdades tan sublimes, reglas de conducta tan nobles y una filosofía tan profunda como sólo puede ser poseída por quien ha alcanzado los inmensos tesoros del Espíritu: exactamente como si hubiera descendido ahora del cielo. Aun más: según ya he dicho, es muy probable que ni siquiera los habitantes del paraíso supieran estas cosas antes que él. ¿Estaban semejantes cosas al alcance de la mente, no ya de un pescador, sino de la de un reto, un sofista o un filósofo? ¿Podían haber sido descubiertas por quien hubiera frecuentado las lecciones de los sabios más famosos? No, de ninguna manera. Supera la capacidad de la mente humana hacer razonamientos tan profundos sobre la naturaleza incorruptible e infinitamente feliz de Dios, o sobre las sustancias espirituales que, en la jerarquía de los seres, vienen inmediatamente tras de Dios, o sobre la inmortalidad y la vida eterna, sobre la resurrección de nuestros cuerpos mortales, sobre el castigo de los impíos, sobre el juicio final, en el que habrán de rendirse cuenta de las palabras, de las obras, e incluso de los pensamientos, sobre la naturaleza y el destino de la humanidad y del universo, sobre lo que es verdaderamente el hombre y sobre lo que cree ser, sin serlo, sobre lo que es el vicio y sobre la virtud...

Pues este iletrado e ignorante natural de Betsaida, hijo del Zebedeo, cuanto más bárbaro se les antoja su linaje y más alejado de la civilización griega, tanto más probará con claridad y brillo la exactitud de nuestras afirmaciones. Pues un bárbaro ignorante habla de cosas que ningún hombre había conocido jamás. Y no limitándose sólo a hablar de ellas, nos convence, además, de su verdad. Con sólo que hablara de eso, estaríamos ya ante un auténtico milagro. Pero el hecho de que, además, consiga convencer a cuantos le escuchan, es prueba irrefutable de que cuanto dice ha sido inspirado por Dios. ¿Quien podrá no maravillarse ante la virtud divina que lo posee? Estamos, según ya dije, ante la mayor prueba de que él no saca de sí mismo las doctrinas que expone. Este bárbaro, merced al Evangelio que escribió, conquistó todo el mundo, mientras sus restos mortales reposan en aquel Asia Menor..." (Hom. in Jn. 2).

"**El hijo del trueno** (Mc. 3, 17), el predilecto de Cristo, la columna de todas las Iglesias existentes en el mundo, el que posee las llaves del Paraíso, bebió del cáliz de Cristo y fue con su bautismo bautizado, quien reclinó confiadamente su cabeza sobre el pecho del Señor... Junto a este Apóstol están las virtudes celestes, que admiran la belleza de su alma, su sabiduría y su virtud extraordinarias, merced a las cuales ha podido atraerse al mismo Cristo, recibiendo de Él la gracia espiritual. Pues tañendo su alma como si de una cítara adornada con gemas y cuerdas de oro se tratara, consiguió entornar, gracias a la asistencia del Espíritu Santo, un cántico grande y excelso.

"Escuchémoslo, pues, no como el canto de un pobre pecador, o del hijo de Zebedeo, sino como la voz de quien conoce a Dios en su misma íntima existencia, es decir, como la voz del Espíritu Santo que es quien tañe esta cítara.

"Nada nos dirá de humano. Todo cuanto hable versará sobre abismos espirituales, sobre arcanos que, antes de que fueran revelados, ni siquiera por los ángeles eran conocidos. También los ángeles, en efecto, aprendieron junto a nosotros de boca de Juan y por medios humanos, lo que de

tales misterios hemos llegado a conocer también nosotros. Pues eso es lo que significan las siguientes palabras de otro apóstol: "para que fuera conocida, gracias a la Iglesia por los Principados y las Potestades, la infinita sabiduría de Dios" (Hech. 4, 13). Los Principados, los Querubínes y Serafines han aprendido de la Iglesia todo ésto y es evidente que han escuchado con un vivísimo afán de aprender. No es pequeño, por tanto el honor que se nos hace al aprender los ángeles ahora junto a nosotros, cosas que antes ignoraban. Y no es sólo eso, sino que, además, según luego explicaré, aprenden ellos por medio de nosotros...

"Vayamos, pues hacia el cielo, al lugar donde el Evangelista habla a quienes allí arriba habitan. Ningún provecho sacaremos de permanecer en la tierra. Las enseñanzas de Juan, en nada afectado por las cosas terrenales, no procuran su benéfica influencia a quienes no se apartan de una vida que es propia de cerdos... (Hom. in Jn. Intr.).

San Jerónimo, Dr. (m. 420)

El P. Leal, en su libro titulado: **"El Valor Histórico de los Evangelios"**, hablando de San Jerónimo, dice: "En la historia Bíblica del siglo IV descuella **San Jerónimo**, el doctor Máximo, el autor de la Vulgata Latina, tal como hoy la poseemos, el libro oficial de la Iglesia Católica. San Jerónimo habla de los autores de los Evangelios como hoy podemos hablar nosotros. Recogió en sus prefacios e instrucciones todos los datos de la antigüedad sobre los Evangelistas. San Jerónimo concibió la genial idea de unificar las traducciones latinas que corrían entre los cristianos. Reducirlas todas a una que estuviera completamente conforme con los mejores y más antiguos códices griegos. Esta fue misión providencial, en la que le ayudó mecenas y alentador el gran pontífice español San Dámaso.

San Jerónimo no solamente da por cierto que los autores de los Evangelios son los que nosotros admitimos, sino que recoge los datos de todas sus vidas, los datos más importantes que nosotros poseemos. San Jerónimo habla en diversas obras de los Evangelistas, y principalmente en el Prólogo al Comentario de S. Mateo y en el **"De Viris Ilustribus"**, obra hoy traducida al castellano por el Apostolado Mariano".

San Jerónimo en su trabajo de componer la Vulgata, tuvo que viajar por toda la cristiandad recorriendo todas las bibliotecas y centros de espiritualidad, para buscar los códices más antiguos bíblicos, para comparar y cotejar unos con otros y así poder encontrar los textos auténticos y más perfectos. Escuchó y cambió impresiones con todos los mejores biblistas de la época, para así poder sacar un trabajo perfecto, como le había encargado el Papa.

Nunca nadie trabajó tanto como él ni estuvo tan preparado para conocer toda la tradición y por ella el origen verdadero de los santos Evangelios.

Amigo de San Agustín, que le animó mucho en su trabajo, podemos decir que ambos colaboraron en la misma empresa. Véase sino el Epistolario de San Jerónimo y se verá cómo ambos se animan en el mismo empeño de descubrir la verdad.

Por otra parte, el papa español San Dámaso, le exigía y le animaba a no ahorrar trabajo alguno, pagando el coste de sus viajes y escribiendo cartas de presentación, para que en cualquier parte que tuviese que ir, le atendiesen como al mismo Papa.

Con todo, pues, a su favor para conocer la verdad, así escribió el Gran San Jerónimo:

"Mateo, llamado también Leví, convertido de recaudador de contribuciones en apóstol, fue el primero en escribir el Evangelio de Cristo, en Judea y en texto hebreo, para utilidad de los fieles provenientes de la circuncisión. No se sabe con certeza quien lo tradujo posteriormente al griego. Se posee todavía el texto hebreo en la biblioteca de Cesarea, preparada con sumo cuidado por el mártir Pamphilus" (De Viris Ilustribus, 3).

"Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, a ruegos de los hermanos de Roma, escribió un Evangelio breve, conforme a lo que había oído referir a Pedro. Pedro, después de haberlo leído, lo aprobó, y en virtud de su autoridad, ordenó su lectura a las Iglesias, como refiere Clemente en el sexto libro de las Hypotyposes, y Papías, obispo de Hierápolis. (De Viris Ilustribus, 8).

Lucas, médico antioqueno, como lo indican sus escritos, no fue desconocedor de la lengua griega; seguidor del Apóstol Pablo y compañero de toda su peregrinación, escribió el Evangelio, del cual el mismo Pablo dice: "Os enviamos con él al hermano del que hay alabanza por el Evangelio en todas las Iglesias" (2 Cor. 8, 18), y a los Colosenses: "Os saluda el queridísimo médico Lucas" (Col 4, 14), y a Timoteo: "Solamente Lucas está conmigo" (De Viris Ilustribus, 7).

"El Apóstol Juan, al que Jesús amó más, hijo del Zebedeo, hermano del Apóstol Santiago, a quien degolló Herodes después de la Pasión del Señor, escribió el último de todos el Evangelio, rogándoselo los obispos de Asia, contra Cerinto y otros herejes, y levantándose sobre todo contra la doctrina de los ebionitas, que afirman que Cristo no existió antes de María. Por lo cual se vio obligado a explicar su origen divino...

También se da otra razón. Habiendo leído los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, aprobó el texto histórico y afirmó la verdad de sus relatos. Pero viendo que contenían solamente la historia de un año, dejando a un lado el año expuesto, narra los hechos que precedieron al encarcelamien-

to de Juan, como podrá comprobar quien leyere diligentemente los cuatro Evangelios..." (De Viris Ilustribus, 9).

"Juan, a quien la fe de Cristo había encontrado virgen, permaneció virgen y por ello es amado más por el Señor y se recostó sobre el pecho de Jesús... y para resumir y enseñar en pocas palabras de qué privilegio goza Juan, es decir la virginidad de Juan, la Madre Virgen es encomendada por el Señor virgen a su discípulo virgen". (Contr. Jovin. I, 26).

El último en escribir fue Juan el apóstol y evangelista a quien Jesús amó mucho. Recostado en el pecho del Señor, bebió de la corriente purísima de la verdad. El único que mereció oír desde la cruz: "**¡He ahí a tu Madre!**".

Estando en Asia y cuando ya pululaban las semillas de las herejías de Cerinto, Ebión y los demás que niegan la venida en carne de Cristo, y a los que él llama en su carta "anticristos", fue obligado por casi todos los obispos que había entonces en Asia, y por muchas comisiones de las Iglesias, a escribir más profundamente la divinidad del Salvador y llegar, por decirlo así, hasta el Verbo de Dios, con más acierto que temeridad... Y la Historia de la Iglesia cuenta que Juan, al ser apremiado para escribir, respondió que lo haría si todos en común, junto con un ayuno, elevaban sus oraciones a Dios. Terminado esto, prorrumpió, movido por revelación, en aquel proemio bajado del cielo: En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios... (Jn. 1, 1; Prólogo del comentario a San Mateo).

Sobre la Inspiración de las Escrituras

"No penséis que soy de tan ruda inteligencia y de tan crasa rusticidad... que haya pensado alguna vez que una sola de las palabras del Señor deba ser corregida, o que haya en ellas algo que no esté divinamente inspirado. Por el contrario, he querido subsanar la inexactitud de los códices latinos, que se comprueba por la divergencia de todos los ejemplares, restituyéndolos a su original griego, de donde fueron traducidos..." (Epíst. 27).

¿Por qué se llama Pablo vaso de elección? Sin duda, porque era vaso de la ley y armario de las Escrituras Santas. Los fariseos se quedan estupefactos de la doctrina del Señor, se admiran de que Pedro y Juan conozcan la Ley no habiendo aprendido letras. Y es que lo que a otros suelen conceder la ascesis y la meditación diaria de la ley, a ellos se lo inspiraba el Espíritu Santo, y eran, como está escrito, "teodidactas". Doce años había cumplido el Salvador, cuando en el templo, pregunta a los ancianos sobre cuestiones de la ley, más bien les enseña con su modo de preguntar.

Y no vamos a decir que Pedro era rústico y rústico Juan; pues los dos podrían decirnos: **Si en mi modo de hablar soy inculto, no así en la ciencia** (2 Cor. 11, 6). ¿Juan rústico, pescador ignorante? ¿Y de dónde vienen, pregunto yo, aquellas sublimidades: **En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios?** (Jn. 1, 1). "Logos" en griego significa muchas cosas: palabra, razón, causa de todo ser, aquello por lo que subsiste cada cosa singular. Todo esto lo hemos entendido nosotros correctamente. Platón lo ignoró; Demóstenes, el gran orador, no lo supo. **Destruiré** -dice- **la sabiduría de los sabios y rechazará la inteligencia de los inteligentes** (1 Cor. 1, 19). La verdadera sabiduría destruye a la falsa sabiduría... (Epist. 53).

Sobre el original del Evangelio de San Mateo

El P. Fillión, hablando de San Jerónimo, dice: "San Jerónimo, hablando en distintas ocasiones del Evangelio de los Hebreos, afirma que un gran número de sus contemporáneos lo consideraban como el escrito primitivo de San Mateo: "En el Evangelio según los Hebreos... que utilizan hasta hoy los Nazarenos, según los Apóstoles, o como muchos afirman, según Mateo, que se conserva en la biblioteca de Cesarea" (Contr. Pelag. III, 4). "El Evangelio que utilizan los Nazarenos y los Ebionitas... que es llamado por la mayoría el auténtico de Mateo" (Comm. ad Matth. XII, 43). También dice: "El hebreo, (es decir, el Evangelio de Mateo)

se conserva hasta hoy en la biblioteca de Cesarea... Tuve la posibilidad de copiar el de los Nazarenos, que utilizan este volumen en Berea, ciudad de Siria" (De Vir Illustr. C. III). (Fillión "La Autenticidad de los Evangelios, pág. 29).

San Agustín (m. 430)

San Agustín es sin duda el más grande de los Santos Padres, y junto con Santo Tomás de Aquino, la mayor inteligencia del cristianismo.

Autoridad de los Evangelios.- Entre las autoridades divinas incluida en los escritos sagrados, destaca con razón el Evangelio. El muestra cumplido y realizado lo que la ley y los profetas anticiparon como futuro. Los primeros en anunciarlo fueron los Apóstoles, quienes vieron al mismo Jesucristo, nuestro señor y Salvador, aun viviendo aquí. No sólo recordaban lo que oyeron de su boca o los dichos y hechos que Él realizó ante sus ojos, sino también lo que, antes de constituirse en discípulos suyos, había obrado Dios referente a su natividad o infancia o niñez y merecía ser recordado. Pudieron informarse y conocerlo ya de Él mismo, ya de sus padres o a través de otros indicios que no dejaban duda, o de testigos fidedignos. Una vez que les fue impuesto el deber de proclamar el Evangelio, se ocuparon de anunciarlo al género humano. Algunos de ellos, es decir, Mateo y Juan, hasta publicaron en libros aparte lo que les pareció que debían escribir, y escribieron acerca de Él.

Y para que no se piense que tiene alguna importancia, en lo que se refiere a la acogida y predicación del Evangelio, el que lo anuncien, en condición de humildes discípulos, quienes siguieron al Señor cuando se hallaba en vida aquí, o quienes creyeron lo que descubrieron con fe de boca de ellos, la divina Providencia, por medio del Espíritu Santo, hizo que también algunos de los primeros

en seguir a los Apóstoles se les otorgase la autoridad, no sólo de anunciar, sino también de escribir el Evangelio. Estos son Marcos y Lucas... (**Concordancias de los evangelistas**, 1, 1-2).

Los cuatro autores de los Evangelios.- Esos cuatro evangelistas son conocidísimos en todo el orbe de la tierra. Y, quizá, el motivo de que sean cuatro haya que verlo en que sean cuatro las partes del mundo, por todo el cual ellos mismos anunciaron de alguna manera, mediante el simbolismo que encierra su número, que se iba a propagar la Iglesia de Cristo.

Este es el orden en que escribieron, según se acepta tradicionalmente: el primero Mateo, luego Marcos, en tercer lugar Lucas, y por último Juan. En consecuencia, fue uno el orden por el que a conocer y anunciar el Evangelio, y otro por lo que a escribirlo se refiere. En su conocimiento y anuncio fueron los primeros quienes, siguiendo al Señor, presente corporalmente, le oyeron hablar y le vieron obrar, y fueron enviados por Él en persona a evangelizar. En cuanto a ponerlo por escrito -que hay que creer que aconteció por mandato divino-, ocupan los lugares extremos dos de los elegidos por el Señor antes de su pasión: Mateo el primero, Juan el último. Los dos restantes no pertenecían al número de aquéllos; no obstante, habían seguido a Cristo que hablaba en ellos, por lo que han de ser abrazados como hijos. Por eso ocupan los puestos centrales y están protegidos por los otros por uno y otro costado.

Es tradición que de los cuatro sólo Mateo escribió en lengua hebrea; los demás lo hicieron en griego. Y aunque parezca que cada cual mantuvo un cierto orden propio en el relato, no se advierte que cada uno de ellos haya querido escribir como desentendiéndose de lo escrito por su predecesor, o que haya omitido por ignorancia, lo referido por otro. Al contrario, según la inspiración personal recibida, hizo de su trabajo una aportación no superflua.

Se entiende que Mateo asumió el mostrar la estirpe regia en la encarnación del Señor y la conformidad de la ma-

yor parte de lo que hizo y dijo con la vida presente de los hombres. Marcos le siguió como detrás y parece que hace un compendio de él. Lo exclusivamente suyo es muy poco. Sólo con Juan no tiene nada en común. En pocas cosas coincide sólo con Lucas, mientras que con Mateo coincide en muchísimas, ya sea con él sólo, ya también con los otros, y en muchísimas de ellas casi con el mismo tenor verbal.

Por su parte, Lucas parece más ocupado con la estirpe y función sacerdotal del Señor. En efecto, no se remontó siguiendo el árbol genealógico regio, hasta el mismo David; antes bien, siguiendo una línea no regia, llega al hijo de David, Natán, que ni siquiera fue rey. Proceder distinto al de Mateo, que, tomando una línea descendente por el rey Salomón, siguió también, por orden, a los demás reyes, respetando el número de ellos, lleno de simbolismo... (Ibid. 1, 2, 3, 4).

Aunque Mateo concentra la atención en la figura del rey y Lucas en la del sacerdote, uno y otro encarecieron al máximo la humanidad de Cristo. Cristo fue constituido rey y sacerdote en cuanto hombre, Él a quien Dios otorgó la sede de David su padre, a fin de que su reino no tuviese fin y, como hombre Cristo Jesús, fuese mediador entre Dios y los hombres, para interceder por nosotros. Lucas no tuvo asociado a nadie, como Mateo a Marcos, que fue como su compendiador... (Ibid. 1, 3. 6).

Estos tres evangelistas, se detuvieron sobre todo en lo que Cristo hizo en el tiempo en su condición de hombre. Juan, en cambio, centra su mirada especialmente en la misma divinidad del Señor por la que es igual al Padre. De modo particular en su Evangelio se esforzó por encarecerla cuanto creyó suficiente a los hombres. Así se eleva por encima de los otros tres: a estos se les ve vivir de alguna manera con Cristo hombre en la tierra; aquel, en cambio, se ve que ha trascendido la nube que cubre la tierra entera, y que ha alcanzado el cielo límpido. Desde allí, con mirada sumamente penetrante y sostenida, vio la Palabra que existía en el principio, Dios junto a Dios,

que hizo todas las cosas, y la conoció hecha carne para habitar entre nosotros, por haber asumido la carne, no porque se hubiese transformado en carne. Si la asunción de la carne no hubiera mantenido la inmutabilidad de la divinidad, no hubiera dicho: **"Yo y el Padre somos una sola cosa**, pues el Padre y la carne no son una sola cosa.

El mismo Juan fue el único en mencionar dicho testimonio del Señor sobre sí mismo, junto con estos otros: **Quién me ha visto a mi, ha visto también al Padre; Yo estoy en el Padre el Padre está en mí, para que sean una sola cosa como también nosotros somos una sola cosa. Todo lo que hace el Padre, eso lo hace igualmente el Hijo**. Y si hay otros que intimen, a quienes los comprenden rectamente, la divinidad de Cristo en la que es igual al Padre, Juan fue casi el único que los incluyó en su Evangelio. Como si él hubiera bebido de forma más abundante y en cierto modo más íntima el secreto de su divinidad en el pecho del mismo Señor, sobre el que acostumbraba recostarse en los banquetes (Ibid. 1, 4, 7).

Los sinópticos representan la vida activa, Juan la contemplativa.

Dos son las virtualidades que se ofrecen al alma humana: una activa, otra contemplativa. Aquella, el medio por el que se va; ésta, la meta a la que se llega. La primera requiere la fatiga de purificar el corazón para ver a Dios: en la segunda se da el reposo y se ve a Dios. Por eso, aquella radica en los preceptos relativos al modo de vivir esta vida temporal; ésta, en el conocimiento de la vida eterna... De donde se puede comprender, puesta esmerada atención, que los tres evangelístas que siguieron con mayor, como águila se detiene en lo que Cristo habló de más sublime, sin descender a tierra, salvo en raras ocasiones. Además, aunque atestigüe que conoce claramente a la madre de Cristo, ni siquiera a propósito de su nacimiento refiere algo con Mateo y Lucas, ni menciona su bautis-

mo con los otros tres, sino que, encareciendo allí de forma profunda y sublime el testimonio de Juan (Bautista), dejándoles a ellos, se encamina con Él a la boda de Caná de Galilea, donde, aunque el mismo evangelista menciona que estuvo presente la Madre de Jesús, éste, sin embargo dice: **¿Qué nos importa a tí y a mi, mujer?** Con tales palabras no rechaza a aquella de quien había tomado carne, sino que sobre todo indica su divinidad en el momento en que iba a convertir el agua en vino. Divinidad creadora de aquella mujer, no hecha en ella. (Ibid. 4,10,11).

Juan se centra en la divinidad del Señor

Estos tres evangelistas (Mateo, Marcos y Lucas), se detuvieron sobre todo en lo que Cristo hizo en el tiempo en su condición de hombre. Juan, en cambio, centra su mirada especialmente en la misma divinidad del Señor por la que es igual al Padre. De modo particular en su Evangelio, se esforzó por encarecerla cuanto creyó suficiente a los hombres. Así se eleva muy por encima de los otros tres: a éstos se les ve vivir de alguna manera con Cristo hombre en la tierra; aquel, en cambio, se ve que ha trascendido la nube que cubre la tierra entera, y que ha alcanzado el cielo límpido. Desde allí, con mirada sumamente penetrante y sostenida, vio la Palabra que existía en el principio, Dios junto a Dios, que hizo todas las cosas, y la conoció hecha carne para habitar entre nosotros, por haber asumido la carne, no porque se hubiese transformado en carne. Si la asunción de la carne no hubiera mantenido la inmutabilidad de la divinidad, no hubiese dicho: **Yo y el Padre somos una sola cosa**, pues el Padre y la carne no son una sola cosa.

El mismo Juan fue el único en mencionar dicho testimonio del Señor sobre sí mismo, junto con estos otros: **Quien me ha visto a mí, ha visto también al Padre; Yo estoy en el Padre el Padre esta en mi; para que sean una sola cosa, como también nosotros somos una sola cosa. Todo lo que hace el Padre, eso también lo hace igualmen-**

te el Hijo. Y si hay otros que intimen, a quienes los comprenden rectamente, la divinidad de Cristo en, la que es igual al Padre, Juan fue casi el único que los incluyó en su Evangelio. Como si él hubiera bebido de forma más abundante y en cierto modo más íntima el secreto de su divinidad en el pecho del mismo Señor, sobre el que acostumbraba recostarse en los banquetes. (Ibid. I, 4, 7).

El discípulo amado

Juan es, en efecto, el discípulo al que amaba Jesús (3, 24, 69). Hay quienes opinan, y estos son en verdad estudiosos de la Sagrada Escritura, que el apóstol Juan fue más amado por Cristo, porque no tuvo esposa y desde sus primeros años vivió en perfecta castidad (De Monogan. c. VII).

Quien ponga esmerada atención verá que los tres evangelistas que siguieron con mayor detalle los hechos y dichos realizados en el tiempo por el Señor, que sirven sobre todo para orientar las costumbres de la vida presente, se ocuparon de aquella virtualidad activa; y que Juan, en cambio, quien narró muchos menos hechos del Señor, pero dejó escritas sus palabras, particularmente las que insinúan la unidad de la Trinidad y la felicidad de la vida eterna, ocupó su atención y predicación en recomendar la virtualidad contemplativa... (Consensu Ev. I, 5, 8).

También el apóstol Juan, el más eminente de los cuatro evangelistas, después de afirmar de la Palabra de Dios que era el Hijo anterior a todos los siglos de la creación, puesto que todo fue hecho por ella, introdujo a continuación la predicación y testimonio de Juan (Bautista) con estas palabras: **"Hubo un hombre enviado por Dios, de nombre Juan"** (II, 6, 18).

Por lo cual, aunque en aquellos tres (evangelistas) resplandezcan los dones de la vida activa y en el Evangelio de Juan los de la contemplativa para quienes sean capaces de conocer estas cosas, incluso lo de Juan, dado que es parcial, permanecerá así hasta que llegue lo perfecto. A uno

se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu; otro gusta el día para el Señor: otro bebe del pecho del Señor algo más claro; otro, arrebatado hasta el tercer cielo, escucha palabras inefables; pero, mientras están en el cuerpo, todos son peregrinos lejos del Señor, y a todos los fieles de recta esperanza y señalados en el libro de la vida les está reservado lo dicho: **Yo le amaré y me manifestaré a él**. Mientras dure esta peregrinación, cuanto más progrese uno en la comprensión o conocimiento de esta realidad, tanto más ha de guardarse de los vicios diabólicos de la soberbia y la envidia. Advierta a este punto que el Evangelio mismo de Juan, cuanto más eleva a la contemplación de la verdad, tanto más prescribe la dulzura de la caridad. Y así, dado que es verdadero y saludable al máximo el precepto: **Cuanto mayor eres, tanto más has de humillarte en todo**, en el evangelista que encarece a Cristo muy por encima de los demás, Él aparece lavando los pies a los discípulos (4, 10, 20).

Lo propio de Juan

Juan es el último y ya no queda con quien compararle. Lo que refirió individualmente cada uno (de los evangelistas) y callaron los demás, es difícil que plantee algún problema de concordia. Y por eso consta claramente que estos tres, es decir, Mateo, Marcos y Lucas, se ocuparon sobre todo de la humanidad de nuestro Señor Jesucristo, según la cual es sacerdote y rey. Y por eso, Marcos, que en aquel simbolismo de los cuatro animales parece estar significado en el rostro del hombre, o parece más bien acompañante de Mateo, puesto que tiene en común con él muchas cosas sobre la persona del rey; que no suele ir sin séquito -dato que mencioné en el libro primero- o -dato que parece más probable- camina con ambos. Pues aunque concuerde con Mateo en muchas cosas, en algunas concuerda más con Lucas, para mostrar con eso mismo que el hecho de que Cristo es hombre, cuya realidad representa Marcos, pertenece al león y al buey, es decir, a la

persona real, que representa Mateo, y la sacerdotal, representada por Lucas, pues Marcos abarca a ambas.

"De los cuatro Evangelios, o mejor, de los cuatro libros de un mismo Evangelio, el apóstol San Juan, merecidamente comparado con el águila en sentido espiritual, es el que ha remontado su exposición a un grado más alto y más sublime, queriendo con ello elevar también nuestros corazones.

Los otros tres evangelistas hablaron del Señor como de un hombre que pasa por la tierra, y poco dijeron de su divinidad. Pero éste, como sintiendo asco de arrastrarse por la tierra, según lo manifestó en el comienzo de su Evangelio, se elevó no sólo sobre la tierra y sobre los espacios aéreos y celestes, sino sobre los mismos escuadrones angélicos e invisibles potestades, llegando hasta Aquel por quien fueron hechas todas las cosas, diciendo: **En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios. Por Él fueron hechas todas las cosas, y nada se ha hecho sin Él**. Dijo cosas en consonancia con este comienzo, hablando de la divinidad del Señor como ningún otro ha hablado. Devolvía el agua que había bebido, pues no en vano se dice de él en este mismo Evangelio que en la Cena estaba recostado sobre el pecho del Señor. Secretamente bebía en aquel pecho, y lo que secretamente bebió, públicamente lo devolvió con el propósito de que todas las gentes no sólo conociesen la encarnación, pasión y resurrección del Hijo de Dios, sino también supiesen que antes de la encarnación existía el Unigénito del Padre, el Verbo del Padre, coeterno de Aquél que lo engendró e igual a Aquel que lo envió, hecho menor en la misión misma para que el Padre fuese mayor" (Trat. 36 in Juan, n. 1).

"**Muchas otras cosas son las que hizo Jesús que, si se escribiesen una por una, creo que los libros que habrían de escribirse no podría contenerlos el mismo mundo**... Aquí, aun quedando a salvo la veracidad de las cosas... las palabras parecen exceder esa realidad. A este modo de hablar, los maestros de las letras griegas llaman hipérbole, como también los maestros de las latinos... (Trat. 124 in Joannis).

Documentos posteriores al siglo IV

A partir del siglo IV, y posteriores a S. Agustín, los documentos que certifican la genuinidad de los Evangelios son tantos y tan numerosos que consideramos superfluo e innecesario hacer siquiera una síntesis de los mismos.

Dice el P. Leal en su obra **"El Valor Histórico de los Evangelios"** pág. 48: "Los testimonios de la genuinidad de los Evangelios desde el siglo IV hasta nosotros, son innumerables. La tradición desde entonces acá es constante, universal y clara. Una creencia que no ha tenido cambios ni menguantes hasta el siglo XIX o fines del XVIII. Recoger y acumular testimonios históricos y claros de cosa que nadie duda, sería superfluo".

Podríamos decir que a partir de S. Agustín, hasta el siglo XIX, la literatura religiosa no trata de defender la autenticidad de los Evangelios con tratados apologéticos, porque no son necesarios y serían superfluos, ya que todos los católicos están de acuerdo con la tradición de que los verdaderos autores son los Apóstoles San Mateo y San Juan, y los discípulos de los Apóstoles, San Marcos y San Lucas. Pero aunque este tema no sea tratado directamente por no ser necesario, sí lo podremos ver de forma indirecta en todos los libros cuando se hacen citas del Evangelio, al decir: "Como dice San Mateo", o "Como dice el apóstol San Juan", etc. con esta sola expresión ya nos están diciendo que el Evangelio aquel lo escribió San Mateo, o que lo compuso el apóstol San Juan.

Por eso hoy, los que se atreven a negar la tradición y defienden la teoría errónea de que hoy no se sabe quié-

nes son los verdaderos autores de los Evangelios, cuando los citan, nunca dicen: "Como dice San Mateo" o "como dice San Juan". Lo más que podrían decir es: Como dice Mateo, o como dice Juan. Porque si dijeran San Mateo, o San Juan, nos estarían hablando de un determinado Mateo que es Santo, o de un determinado Juan que también es Santo, mientras que si solamente dan el nombre de Mateo o de Juan, están dando solamente el nombre del Evangelio que lleva ese título, "según Mateo" o "según Juan", sin aclarar quién creen que es el autor.

A partir del siglo XVIII o siglo XIX. Dice el P. J. Leal: "Hasta el siglo XVIII nadie había nunca dudado o negado los autores de los cuatro Evangelios. Se empezó por negar la autoridad del cuarto Evangelio, con Eduardo Evanson, que fue el primero que salió en 1792 a la lucha. Le siguieron en Alemania Vogel (1802), Bretschneider (1820), Lützelberger (1840), Baur, el mismo año; Strauss quien, con su Leben Jesu del 1835 y 1864, armó una verdadera revolución en el campo bíblico" (**El Valor Histórico de los Evangelios**, pág. 42, Edit. Apostolado Mariano). Por eso, a partir del siglo XIX y ya en nuestro siglo XX aparecieron estupendos tratados apologéticos defendiendo el valor histórico y la autenticidad de los Evangelios y de sus verdaderos autores, de entre los cuales destacamos tres, publicados por nuestra editorial Apostolado Mariano: Introducción Especial a los Evangelios, de John E. Steinmueller, La Autenticidad de los Evangelios, de L. CL. Fillión, y El Valor Histórico de los Evangelios, del P. Juan Leal.

Para luchar contra los errores racionalistas y liberales que atacaban los fundamentos de nuestra fe, la Igle-

sia fundó la Pontificia Comisión Bíblica que, respaldada por el Pontífice San Pío X, entre los años 1904 y 1912 publicó las famosas **"Respuestas"** que recogemos en el apéndice 1º y que en síntesis nos vienen a asegurar que los Evangelios canónicos que poseemos son los auténticos compuestos por los Apóstoles S. Mateo y S. Juan, y los escritos por los Varones Apostólicos San Marcos discípulo de San Pedro y San Lucas discípulo de San Pablo.

Últimamente, ya en la segunda mitad de nuestro siglo, el concilio Vaticano II, en la Constitución Dogmática "Deí Verbum", nos aclara que los autores de los Evangelios son dos Apóstoles y dos varones apostólicos, de acuerdo con la tradición. Veamos cómo lo dice:

> "Los Apóstoles, con su predicación, sus ejemplos, sus instituciones, transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las obras y palabras de Cristo y lo que el Espíritu Santo les enseñó; además, **los mismos Apóstoles y otros de su generación pusieron por escrito el mensaje de Salvación** inspirados por el Espíritu Santo" (Cf. Conc. Trident., I, c.; Conc. Vat. I, ses. 3, const. dogm. de fe católica **Dei Filius** c. 2: Denz.1787 (3006)).
>
> "La Iglesia siempre ha sostenido y sostiene que los cuatro Evangelios tienen origen apostólico. Pues lo que los Apóstoles predicaron por mandato de Cristo, luego, bajo la inspiración del Espíritu Santo, **ellos mismos y los varones apostólicos, nos lo transmitieron por escrito**, fundamento de la fe, es decir, el Evangelio en cuatro redacciones, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan" (Dei Verbum, 7 y 18).

Como se ve, estos textos son de singular importancia como lo prueba que hayan sido repetidos por estos tres concilios: el de Trento, el Vaticano I, y el Vaticano II.

Hemos subrayado las palabras clave, para que se vea que más claro no lo pudieron decir. En el primer párrafo vemos cómo los mismos Apóstoles, y otros de su generación escribieron los Evangelios. Y en el segundo se empieza diciendo que ellos mismos (los Apóstoles) y los varones apostólicos, nos lo transmitieron por escrito. Y aunque no se dicen los nombres, como se habla en plural, es fácil adivinar que se trata de dos Apóstoles y dos varones apostólicos, los que son autores de los Evangelios. ¿Nos hace falta algo más? Está bien claro que la Iglesia en sus documentos y comunicaciones oficiales siempre ha estado de acuerdo con la tradición que sostiene que los evangelistas son los apóstoles San Mateo y San Juan, y los discípulos de los apóstoles, San Marcos y San Lucas.

Y que no digan los biblistas modernistas que la tradición que defendemos terminó en el siglo XIX con la teoría de **las fuentes**, con las que han querido demostrar que el primer Evangelio es el de San Marcos, y que el Evangelio según Mateo fue compuesto por un autor desconocido de finales del siglo I, porque la tradición no ha terminado ni va a terminar por más que se empeñen los modernistas. Pues San Pío X, que tanto luchó por defender la tradición era de nuestro siglo XX, así como también el concilio Vaticano II que acabamos de citar.

También se han escrito en nuestro siglo muchos libros por muy buenos autores que defienden la tradición, así como todas las Biblias y principalmente los Evangelios publicados en este siglo, que antes llevaban el imprimátur del obispo y ahora llevan la aprobación de la Conferencia Episcopal, hasta estos últimos años todas decían en sus respectivas introducciones que los autores humanos de los Evangelios eran los que siem-

pre dijo la tradición: San Mateo apóstol, San Marcos, discípulo de San Pedro, San Lucas discípulo de San Pablo y el apóstol San Juan. ¿Por qué, pues, los biblistas modernistas se niegan a aceptarlo? ¿En qué se fundamentan para decir que el primer Evangelio es el de San Marcos y que los: Apóstoles San Mateo y San Juan no escribieron ningún Evangelio?.

No es fácil contestar a estas preguntas. Yo he leído y repasado muchos de sus libros y solamente he visto que no hay explicaciones: lo dan por sabido y no se explican. Pero creo que sus teorías y sus explicaciones no son diferentes de las que daban los racionalistas famosos del siglo pasado. Creo que estos no se han inventado nada; se han limitado a aceptar lo que ya dijeron los ateos racionalistas. En la introducción al Evangelio de San Juan, leo en una de sus Biblias, que el apóstol San Juan no es **el discípulo amado** ni puede ser el autor del cuarto Evangelio. La única razón que ponen es que "es imposible que un rústico pescador de Galilea pudiera escribir cosas tan sublimes y maravillosas como las que hay en ese Evangelio". ¿¡Racismo!? No, no quiero calificar ni decir los adjetivos que me merecen estas líneas. Diré solamente: ¡Incomprensible!

De los tres Evangelios sinópticos, dicen que el primero es el de San Marcos. ¿Por qué lo saben? -Porque Mateo y Lucas copian de Marcos. Y ¿cómo saben que que Mateo y Lucas copian de Marcos y no es Marcos el que copia de Mateo? -Porque muchos de los episodios que relata Marcos, los repiten Mateo y Lucas, lo que dan a entender que los han copiado de Marcos. ¿Es serio este argumento?

Es verdad que los tres primeros Evangelios, casi la mitad de lo que relatan los repiten los tres evangelistas, o almenos dos de ellos. Por ejemplo, Mateo y Marcos

tienen en común entre 170-180 versículos; pero si el Evangelio de Mateo consta de 1.070 versículos y el de Marcos solamente de 677, resulta que Mateo tiene 393 versículos más que Marcos, luego mal pudo copiar Mateo de Marcos, si resulta que el Evangelio de Mateo es mucho más extenso que el de Marcos.

El que copia de otro, puede reducir los relatos, callando o abreviando cosas que no le parezcan necesarias; pero si no sabe él también la misma historia, nunca le podrá añadir nada ni aumentar la; porque si él no lo sabe, ¿de dónde lo saca?

Pues resulta que tanto Mateo como Lucas recogen muchos hechos, episodios y relatos que no están en el Evangelio de Marcos. ¿De dónde, pues, los sacaron si lo copiaron de él?

Por eso se inventaron la fuente "Q" ; una nueva fuente, de donde Mateo y Lucas copiaron todo aquello que no se halla en Marcos.

Pero resulta que la fuente "Q": según sus inventores, constaba solamente de sermones, y lo que Mateo y Lucas añaden que no está en Marcos, no son solamente sermones, sino también muchos hechos y milagros, con lo que resulta que este argumento no les vale y tendrán que buscarse otras fuentes.

Los Santos Padres no hablan de que Mateo pudiera copiar de Marcos, porque Mateo escribió primero, y tampoco hablan de que Marcos copiara de Mateo, porque el Evangelio de Marcos es la predicación de Pedro. No obstante, muchos creen que tanto Mateo como Marcos, ambos pudieron copiarse algo el uno del otro.

Marcos pudo copiar alguna cosilla de Mateo, puesto que este Evangelio ya estaba escrito y pudo haber llegado, a manos de Marcos, y de igual modo, el traductor

de Mateo, pudo aprovechar algo el de Marcos, porque, probablemente cuando se tradujo al griego ya estaba escrito el Evangelio de Marcos y pudo aprovecharlo para traducir algunas cosas como Marcos, o para estructurarlo al modo de como lo tenia Marcos. Precisamente los que dicen que el Evangelio de Marcos es anterior al de Mateo, se apoyan en esto para defender su teoría, en que es casi igual la estructuración y en que se nota claramente que algunas citas del Evangelio de Mateo se ve que están copiadas de Marcos, como, por ejemplo, algunas citas bíblicas del Antiguo Testamento.

Dice L. CL. Fillión: "En el primer Evangelio, las citas del Antiguo Testamento, son de dos tipos: hay las que S. Mateo hace en su propio nombre, para demostrar el carácter mesiánico de Jesús y las que recoge como simple narrador, porque se encontraban en el discurso de Cristo o de otros personajes. Ahora bien, las primeras se nota que están traducidas del texto hebreo del A.T., pero las otras están de manera regular, según la versión de los "setenta", tal como las tiene Marcos en su Evangelio... Es verosímil que en el escrito primitivo del Apóstol todas las citas estuvieran según el texto hebreo; pero el traductor, actuando con gran independencia y pareciéndole que esta era la mejor traducción, se amoldó a la traducción de Marcos".

No obstante, que el texto griego sea sustancialmente el mismo que el texto hebreo o arameo, se demuestra en que ningún escritor de la antigüedad, conocedores de ambos escritos, halló jamás entre ellos la más mínima diferencia. Además, hasta es posible que el mismo S. Mateo hiciera la traducción, u otro apóstol, según la opinión de algunos. De todas formas está muy claro que la

traducción griega se hizo muy pronto, en vida de los Apóstoles y antes del año setenta, ya que de lo contrario, al hablar de la destrucción de Jerusalén hubiera dicho algo sobre el cumplimiento de la profecía, de la que solamente habla en futuro... Todo esto, junto conque en todas las citas más antiguas de los Evangelios se nombre en primer lugar y así conste en todos los catálogos de los Evangelios canónicos, son una prueba clarísima de que el Evangelio de Mateo es el primero. Que el traductor, fuese quien fuese, tradujera algunas citas copiando a Marcos, o que lo estructurará de acuerdo con él, está claro que esto no da derecho a decir, que el autor del Evangelio no es S. Mateo, ni que dejase de ser el primero.

La inspiración bíblica

La mayor parte de los exégetas y biblistas expertos de hoy, defiende el sistema de **"las fuentes"**. Se asegura que los Evangelios Sinópticos fueron escritos a partir de la fuente "Q" y del Evangelio de S. Marcos que dicen que fue el primero de los cuatro Evangelios canónicos. Quienes afirman esto, niegan que los apóstoles S. Mateo y S. Juan, escribieran, redactaran o compusieran ninguno de los Evangelios. También niegan que el Evangelio de S. Marcos, haya sido escrito tomándolo exclusivamente de la predicación de S. Pedro, como afirma la tradición. Siguen las teorías racionalistas y niegan la Sagrada Tradición.

Ya hemos dicho que los herejes racionalistas han hecho todo lo que han podido para desacreditar los Evangelios por su empeño de negar la divinidad de Jesucristo. Quienes le siguen el juego a los racionalistas no están con la Iglesia Católica, la cual defiende que los Evangelios fueron escritos por los Apóstoles y los Varones Apostólicos (Dei Verbum, 7 y 18).

Los Evangelistas no necesitaron otras fuentes que su memoria y la ayuda del Espíritu Santo, prometido por Jesucristo que les había dicho:

"El Espíritu Santo, que el Padre os enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas... El os guiará hacia la verdad completa" (Jn. 14, 26; 16, 13).

También les dijo: **"Cuando os lleven para entregaros, no os preocupéis por lo que habréis de decir, pues en aquel momento se os inspirará lo que debeis de decir, porque no seréis vosotros los que hablareis, sino el Espíritu Santo"** (Mc. 13, 11; Lc. 12, 11-12).

Pues si Cristo les promete la ayuda del Espíritu Santo cuando tengan que defenderse, ¿cuánto más les ayudará cuando hayan de escribir el Evangelio?

Por eso, según la tradición más antigua, que recoge S. Agustín en su obra: **"De Consensu Evangelistarum"**, los Evangelios, habiendo sido escritos por los que **"desde el principio fueron testigos oculares"** (Lc. 1, 2) y por dos de sus discípulos inmediatos, su única fuente fue su memoria y la inspiración del Espíritu Santo. "Cada Evangelista -dice San Agustín- dependía de su memoria y de sus intenciones específicas a la hora de escribir sus relatos... La memoria de los Evangelistas, por su parte, no actúa de forma autónoma como ocurre con los demás

hombres... En los Evangelistas, Dios interviene de una manera particular. En ningún caso cae dentro de la potestad del hombre el contenido ni el momento de sus recuerdos. Pero lo que en los otros se considera fortuito, los Evangelistas lo atribuyen al oculto poder de Dios, que actúa en ella de un modo concreto con vistas al orden de la narración (3, 13, 48). El que al Evangelista le viniese algo a la mente, no dependía de su voluntad, sino que era un don de Dios (2, 21, 51). El don se traduce en un gobernar y regir las mentes de los autores sagrados en el acto de recordar lo que iban a escribir... (2, 21, 52; 3, 13, 48)". Como se ve, S. Agustín no habla de fuentes, sino únicamente de recordar lo que Dios quiere que recuerden de **"lo que han visto y oído"**. Incluso los que no son apóstoles, como Marcos y Lucas, **recuerdan** lo que han oído a los Apóstoles y a otros testigos oculares y fidedignos, como a la Virgen María, en lo tocante a la encarnación, nacimiento e infancia de Jesús.

La verdad de los Evangelios tiene también otros fundamentos menos transcendentes, pero no menos sólidos. Los autores evangélicos fueron testigos directos o indirectos de los hechos que narran y, además, fueron aprobados primero por los mismos Apóstoles, y luego por la Iglesia (4, 8, 9). Es decir, la gran autoridad conseguida en la Iglesia es garantía de verdad. Pero antes la verdad del Evangelio ha obtenido la cima de la autoridad para la palabra de Dios (2, 12, 28). No cabe, pues, derogar fe al Evangelista (3, 7, 29). Todo esto lo explica S. Agustín largamente en su obra **"De Consensu Evangelistarum"**.

Las "Fuentes"

La teoría de "las fuentes", fue inventada por los racionalistas que negaban que los Evangelios fueran obra de los Apóstoles (Mateo y Juan), y por los discípulos inmediatos de los Apóstoles (Marcos y Lucas), sino que, para desprestigiar la verdad evangélica, se inventaron el rollo de que los Evangelios habían sido escritos tardíamente por autores desconocidos de principios del siglo II.

Si los Evangelios fueron escritos por personas que no conocieron a Jesucristo, ni siquiera a los Apóstoles, ¿de dónde tomaron su información? Necesitaron inventarse la teoría de "las fuentes".

Sobre esta teoría de las fuentes utilizadas ha habido muchas opiniones, pero la más comúnmente aceptada es la **Teoría biducumental**, (e. d. **Marcos y los Logia de Mateo**). Esta hipótesis es bifacética: primera forma: 1) Proto-Marcos y los Logia de Mateo ("Q"), y segunda forma: 2) el Marcos Canónico y los Logia de Mateo o ("Q").

Dice John E. Steinmueller en su Introducción Especial a los Evangelios: 1) Proto-Marcos y los Logia de Mateo ("Q"), lo aceptan: A. Reville (1862), E. Renán (1867), H. J. Holtzmann (1892), W. Wrede (1907), A. Loisy (1893), J. Weiss (1902), E. Wendling (1905), H. Stanton (1909), etc., afirman de consumo que nuestros Evangelios Sinópticos proceden de dos fuentes principales: el **Proto-Marcos** (**Ur-Markus**, e. d. un compendio de la Vida de Jesús, escrito en griego) y los **Logia** de Mateo o ("Q") (e. d., una colección de discursos de Nuestro Señor transcritos por el Apóstol Mateo en hebreo o en arameo). De ambas -fuente de hechos o Proto-Marcos y fuente de

los discursos o **Logia**-, procede el actual Evangelio de S. Marcos; y de ambas, con la utilización de otros documentos de menos cuantía, los Evangelios de Mateo y de Lucas.

2) Marcos canónico y los **Logia** de Mateo ("Q"). Muchos de los modernos exegetas se inclinan a esta opinión, con mayor o menor sosiego. Difieren de la hipótesis anterior en que sustituyen el Proto-Marcos por el Marcos canónico, conservando los **Logia** de Mateo casi en la misma forma (e. d., aquella supuesta colección de discursos que S. Mateo nos legó escritos en arameo o en hebreo y que se diferencian sustancialmente del Evangelio canónico griego de S. Mateo).

"De ambas tomó S. Lucas el fondo esencial de su obra y de ambas nació el Evangelio actual de S. Mateo. Chr. H. Weisse (1858) propuso esta teoría; y la adaptaron después de él, E. Renán (1877), Jülicher (1913), P. Wernle (1900), A. von Harnack (1907), O. Holtzmann (1901), J. Wellhausen (1905), C. W. Allen (1907), W. Holdsworth (1913), H. J. Holtzmann, y en cierta medida también algunos comentaristas católicos...

Aunque la **teoría bidocumental** es la más aceptada, "hay muchas objeciones contra ella, -dice Steinmueller:

1) La más antigua tradición nos da a entender que S. Mateo escribió un Evangelio y no una simple colección de discursos o de sentencias del Señor. Cuando los Padres de la Iglesia primitiva citan el Evangelio griego de S. Mateo están plenamente convencidos de su identidad con el Mateo en lengua aramea; ese convencimiento no se armoniza con la "teoría bidocumental".

2) Según los mismos Padres, el orden cronológico o canónico de los Evangelios Sinópticos es Mateo, Mar-

cos, Lucas; ahora bien, la "teoría del doble documento" es contraria a esta vieja tradición. Todos esos críticos modernos se echan a la espalda la tradición y discurren por carriles puramente ideológicos.

3) Apelan dichos autores a argumentos de evidencia interna. Puesto que el contenido del Evangelio de S. Marcos parece distribuirse entre varios capítulos de S. Mateo y de S. Lucas, concluyen que de aquel derivan estos dos últimos. **Respuesta**. En S. Marcos se pueden separar materiales propios que no se hallan en S. Mateo; faltan, por otra parte, en su Evangelio, muchos pasajes que se incluyen en el de S. Mateo (e. gr., el Sermón de la Montaña, Mt. 5-7). Hay también en S. Marcos episodios que no registra Lucas; así, no se explica por qué S. Lucas (dado que el segundo Evangelio fuera su fuente documental) omitió parte tan importante de Marcos (como un 14 %) aun tratándose de asuntos tan apropiados a su tesis, como, por ejemplo, la jornada de Tiro y Sidón (Lc. 7, 24-30). Tanto Mateo como Lucas refieren, por su parte, acontecimientos peculiares, que en vano buscaríamos en S. Marcos. ¿De dónde los pudieron tomar? No de los **Logia**, que solamente contenía, según los racionalistas, los dichos del Señor y no los hechos.

Porfían los criticistas en que es indiscutible haber imitado Lucas y Mateo las líneas generales de estructuración y ordenamiento de los elementos narrativos. **Respuesta**. La semejanza del bosquejo indicaría de por si que hubo un modelo común, pero no cuál es ese modelo ni tampoco que sea único.

Las analogías fundamentales (ex. gr., cronología, recursos mnemotécnicos) se explican perfectamente por su dependencia de una misma tradición oral. A mayor

abundamiento, no debe insistirse demasiado en esas semejanzas, pues S. Marcos no siempre se acomoda al esbozo y disposición del Primero y del Tercero Evangelio; por ejemplo, en lo referente a la vocación de los primeros discípulos y a la predicación de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm (mc. 1, 16-20, 21 s.), al ministerio de Jesús en Galilea y a la curación del leproso (Mc. 1, 39-45). Estos ni otros casos ni Lucas ni Mateo los ordenan como el Segundo Evangelio. Las respuestas de la Comisión Bíblica Pontificia del 26-6-1912 afirman la identidad sustancial del Evangelio griego de Mateo con el original arameo y la carencia de fundamento tradicional e histórico de la "teoría biducumental".

Es un absurdo creer que Mateo copió de Marcos porque coinciden en muchas cosas que uno y otro relatan casi con las mismas palabras. Pues si toda la tradición nos asegura que Mateo escribió primero, ¿por qué no se acepta que en tal caso Marcos pudo copiar de Mateo? Por otra parte, si ambos relatan la misma historia, ¿por qué no tenían que coincidir? La coincidencia lo único que hace es garantizarnos que nos dicen la verdad. Cuando en un tribunal los testigos no coinciden en los hechos que relatan, hay fundadas sospechas de que alguno de ellos miente; pero si todos coinciden en sus relatos, ordinariamente se piensa que dicen la verdad.

Falsa interpretación

¿En qué se basan los herejes racionalistas para negar que el apóstol S. Mateo sea el autor del Primer Evangelio? -Se fundan en una falsa interpretación a las palabras de Papías, quien citado por Eusebio, escribió: "Mateo ordenó las **Logia** del Señor en lengua hebrea..." (HE. III, 39, 16).

La palabra **"Logia"**, literalmente interpretada, significa, palabras, sentencias, dichos o sermones, pero no hechos o acciones. No obstante, aunque las **Logia**, signifique "las palabras", en la antigüedad era usada también con referencia a los libros de la Sagrada Escritura, como también nosotros ahora a los libros bíblicos los llamamos "La Palabra de Dios".

Así lo entendieron todos los Santos Padres que siempre interpretaron este texto como el Evangelio completo, con dichos y con hechos.

Por eso dice un autor: "Durante mucho tiempo, nadie pensó en darle importancia especial a este empleo de la palabra **Logia** de Papias, pero han sobrevenido los críticos racionalistas y han creído poder sacar de ella un argumento contra la autenticidad de las narraciones de San Mateo. Según ellos, no se refiere este sustantivo a nuestro primer Evangelio en su forma actual, sino a una simple colección de dichos y discursos pronunciados por Nuestro Señor. A esto habría quedado reducida la obra personal de S. Mateo, que habría sido completada más tarde por un redactor desconocido.

Pero fácil es demostrar que esta argumentación peca por su base. La prueba de que, en el pensamiento de

Papías, los logia de San Mateo no contenían exclusivamente dichos, sino que también narraban hechos, es que en sus "Explicaciones de los dichos del Salvador", antes mencionados , este mismo autor había incluido relatos de milagros y otros incidentes, como lo demuestran los fragmentos citados por Eusebio. Además, inmediatamente antes de hablar de San Mateo, -menciona Papias el Evangelio de San Marcos utilizando las mismas palabras, **"las logia"**, y afirma que encerraba "palabras y acciones" de Cristo, y le designa igualmente formando un conjunto de **logia**, de donde se sigue con toda evidencia que esta palabra significaba para él hechos lo mismo que palabras. Por lo demás, San Ireneo, Clemente de Alejandría y Orígenes dan igualmente el nombre de "logia del Señor" a los cuatro Evangelios, que eran entonces tales como los poseemos hoy, es, a saber, un conjunto de hechos y de discursos. Y después, aun suponiendo que San Mateo fuese realmente autor de dicha colección ¿cómo se explica que hubiese desaparecido obra tan importante sin dejar el menor vestigio y sin que ninguno de los escritores eclesiásticos, aquellos ávidos investigadores de los primeros monumentos cristianos, no tuviesen conocimiento de ella?. Digamos, pues, para concluir que la interpretación racionalista de la nota de Papías es pura invención y que, por lo demás, el uso que este santo obispo hizo de la palabra **"logia"**, es perfectamente legítimo; primeramente porque este término se emplea, en el mismo sentido en el Nuevo Testamento (Rm. 3, 2; Heb. 5, 12), y además por la diligencia particular con que Papías se había entregado a la búsqueda de dichos del divino maestro, según, refiere Eusebio (L. CL. Fillión: Vida de N. S. Jesucristo, pág. 356-357).

Lo mismo viene a decir el P. Manuel de Tuya en su introducción a "La Biblia Comentada" publicada por la BAC, pág. 4: "Ya sería inexplicable que toda la antigüedad cristiana desconociese este Evangelio de Mateo hasta el punto de no haber quedado memoria de él, y que, además, hubiese sido suplantado por el actual sin protestas en personas tan vinculadas a la tradición como un San Ireneo. Por otra parte, todos los padres primeros que tuvieron en sus manos la obra de Papías (V. gr., San Ireneo, Eusebio), lo mismo que los que no la tuvieron (V. gr., Clemente A. Orígenes, Tertuliano, Prólogo Monarquiano), todos afirman que Mateo es autor de todo el Evangelio, no sólo de los "discursos".

Además, la palabra **logión**, aunque significa de suyo dicho o palabra, se usa en los LXX, en el N. T. (Act. 7, 38; Rm. 3, 2), en Fillión y Josefo en un sentido más amplio: por la divina revelación, y para designar los libros de la Sagrada Escritura. En el mismo San Ireneo, la palabra **logión** significa todo el Evangelio.

Más aún, en el mismo Papías, como ya hemos dicho, esta expresión significa toda la vida de Cristo. Precisamente unas líneas antes en que Eusebio cita estos datos de Mateo, da otros de Marcos, y dice que éste escribió lo que recordaba de las **palabras o hechos** del Señor. Y añade luego que daba su enseñanza según las necesidades, pero sin cuidarse de establecer una unión, "entre las sentencias **(logión)** del Señor". Por lo que se ve que, para Papías, los "dichos y hechos" de Cristo son equivalente a la predicación que Marcos hacía de ellos, y que Papías expresa luego con la palabra **(logión)**, que Eusebio traduce por Evanqelio.

Los Evangelistas sabían mucho más de lo que escribieron

Dice el P. Fillión en su **"Vida de Nuestro Señor Jesucristo"**, parte I, pág. 85: "M. Burkitt, en su **The Gospels History and its Transmisión**, páginas 20-21, ha calculado que, para pronunciar "con la gravedad y solemnidad debidas" todas las palabras del Salvador que se citan en los Evangelios, no llegan a seis las horas que se necesitan. Calculando también uno por uno, en cuanto es posible, los días de la vida pública cuya historia cuentan los Evangelistas, no ha hallado más de cuarenta. Luego, si la vida pública de Jesús duró tres años y algunos meses, como opinan la gran mayoría de los biblistas católicos. Tres años son 1.095 días, y si le sumamos. dos meses más, tenemos 1.155 días que aproximadamente duró la vida pública de Nuestro Señor. Luego, si lo que nos narran los Evangelistas, todo pudo ocurrir en cuarenta días, nos quedan 1.115 días de los que no nos dicen nada. Por eso los Santos Padres, y principalmente S. Agustín insisten tanto en que los Evangelios están muy abreviados. Sobre la infancia de Jesucristo, solamente tenemos dos breves capítulos de Mateo y otros dos de Lucas. Y de toda su juventud hasta la edad de los treinta años, que se supone empezó su vida pública, no tenemos absolutamente nada. Y después, de los 1.155 días que aproximadamente duró su vida pública, parece que no tenemos más que lo realizado en cuarenta días. ¿Cuánto es, pues, lo que los Apóstoles y Evangelistas sabían y no lo escribieron?

Con mucha razón, pues, pudo decir el evangelista S. Juan aquella frase hiperbólica, que, aunque sea una exageración, bien nos da a entender la multitud de cosas que recordaba y que dejaba sin relatar cuando escribió: **"Otras muchas cosas hizo también Jesús, las cuales, si se escribieran una por una, creo que no cabrían en el mundo los libros..."** (Jn. 21, 25).

Los evangelistas, al menos Mateo y Juan, que fueron testigos presenciales y convivieron con Jesús toda su vida pública, pudieron haber escrito unas diez o veinte veces más de lo que escribieron, y si no lo hicieron, no fue porque no tuvieran cosas importantísimas que recordaban sobre Jesús y que pudieran haber escrito, y, sino, lo que el Espíritu Santo que los conducía en su escritura, les hizo comprender que con lo que escribieron era suficiente. Ellos no escribieron, ni más ni menos que lo que el mismo Dios quiso.

Con esto solamente quiero decir, que no hace falta inventarse los rollos de las fuentes "Q" y de los Proto-Evangelios, porque cada evangelista tenía almacenado en su memoria material suficiente para componer muchos libros; pero Dios, que es el verdadero autor de los Evangelios, sabia que no necesitábamos mas que lo que tenemos, porque **"al que más se le da, más se le exigirá"** (Lc 12, 48). Ya es muchísimo lo que Dios nos va a exigir a los que hemos conocido el Evangelio si no amoldamos nuestras vidas de acuerdo con él, y, tal vez por eso, El no ha querido que supiéramos más, para no tener que exigirnos más.

El valor de la genuinidad

Dice el P. Leal: "El Valor de la genuinidad y su importancia en la crítica de los Evangelios lo han comprendido muy bien los adversarios del dogma cristiano.

Se puede decir que los esfuerzos todos de la Crítica independiente durante el siglo XIX han tenido como blanco la destrucción de la fe cristiana en los autores de los Evangelios.

El blanco último era destruir su valor de fuente histórica, pero para llegar aquí era preciso probar que no eran obras del siglo I, o por lo menos de testigos presenciales o muy próximos a los hechos. Había que demostrar que eran obras de autores desconocidos, lejanos a los sucesos que narran, que no reflejan ya la fe de la primitiva Iglesia de Jerusalén, sino la fe de las Iglesias del siglo II, exparcidas por el vasto imperio romano.

San Mateo, S. Marcos, S. Lucas y San Juan son nombres conque se cubrieron los verdaderos autores desconocidos de los Evangelios, o nombres que pusieron los obispos de las Iglesias del siglo II para autorizar entre los fieles dichos escritos (**El Valor Histórico de los Evangelios**, pp. 41-42).

Y un poco más adelante, continúa: "Hasta el siglo XVIII nadie había nunca dudado o negado los autores de los Cuatro Evangelios. Se empezó por negar la autenticidad del Cuarto Evangelio, con Eduardo Evanson, que fue el primero que salió en 1792 a la lucha. Le siguieron en Alemania Vogel (1802), Bretschneider (1820), Lützelberger (1840), Baur el mismo año; Strauss quien, con su Leben Jesu del 1835 y 1864, armó una verdadera revolución en el campo bíblico" (Ibid).

Y ¿cuál fue el motivo que llevó a estos herejes a negar la tradición patrística y a, inventarse esas absurdas teorías de que los Evangelios habían sido escritos por autores desconocidos del siglo II? -El odio a Jesucristo y su empeño por querer demostrar que no era verdadero Dios, sino un hombre falsario y truculento que había engañado a sus discípulos. Por eso su empeño por desacreditar el Evangelio, y para ello empezaron desacreditando a sus autores.

De ahí nació el rollo de "las fuentes", pues, al querer demostrar que los evangelios se habían escrito por autores desconocidos mucho tiempo después de la muerte de los Apóstoles, verdaderos testigos de los hechos, tuvieron, que inventarse que habían nacido como fruto de fantásticas leyendas, cuyo origen se desconocía.

Y ¿por qué se inventaron que el primer Evangelio es el de S. Marcos y no el de S. Mateo como afirma toda la tradición?

-Según algunos autores parece ser que, como el Evangelio de S. Marcos siempre lo habían tenido por el menos importante y menos valorado, ellos quisieron ponerlo por el primero y origen o fuente principal para Mateo y Lucas, creyendo de esta manera desacreditar también a los otros.

En efecto, el segundo Evangelio ha sido el menos valorado y menos comentado en la antigüedad cristiana. Víctor de Antioquía, comentando a S. Marcos en el siglo VI, se queja de no haber podido hallar, a pesar de todos sus esfuerzos, un comentario anterior al suyo. Mientras que de S. Mateo y S. Juan, y también de S. Lucas ha hallado muchos, de S. Marcos no había encontrado ninguno.

La razón de este menor interés, se deja adivinar fácilmente: el primer y el tercer Evangelio ofrecían a los predicadores cristianos casi todo lo que se contiene en S. Marcos, y además, hallaban en ellos importantes discursos y relatos. Por ello, Bruno de Asti (m. 1125), nos dirá que en S. Marcos pueden hallarse muy pocas cosas que no hayan sido explicadas en S. Mateo.

San Marcos no tiene propios sino pocos más de cincuenta versículos, mientras Mateo tiene 330 y Lucas 541.

Por eso el segundo Evangelio ha sido un tanto olvidado en el pasado, por ser el más corto y porque se explica con menor precisión. Quizá por ello creyeron los racionalistas que al poner el Evangelio de Marcos como fuente y origen de Mateo y Lucas, desprestigiaban a estos dos.

Y ¿qué argumentos o qué razones se exponen para en contra de toda la tradición querer demostrar que el Evangelio de S. Marcos es el primero que se escribió y que no fue el de S. Mateo? -No hay razones, porque los argumentos que se exponen son ridículos y carentes de todo valor.

Dice un autor: "Las razones que se dieron y se hacen valer en favor de que el primer Evangelio es el de Marcos son las mejoras de estilo y de gramática que se advierten por parte de Mateo y Lucas en los episodios paralelos y la suavización u omisión de pasajes malsonantes, juntamente con el carácter más vivo y pintoresco de la narración de Marcos..."

Es decir, que la prueba más cierta y segura de que el Evangelio de Marcos es anterior al de Mateo, es porque S. Mateo escribió mejor, con mejor estilo y mejor gramática que Marcos, y por la suavización u omisión de

palabras malsonantes de parte de Lucas y Mateo... ¿Es esto serio? ¿Es esto convincente? ¿Es este acaso un argumento válido?

Nadie puede afirmar que una historia está copiada de otra, si resulta que la copia es más larga, más completa y detallada que el original, como sucede con los Evangelios de Mateo y Lucas, que son más largos, más completos y más detallados que el de San Marcos. Pues si fuera verdad que Mateo y Lucas copiaron de Marcos, ¿cómo es que ellos refieren los episodios con mayor precisión, con más detalles y mayor perfección que el original de donde se dice que han sido tomados?

Según la tradición está claro que San Mateo escribió el Evangelio antes que San Marcos, pero lo escribió en arameo, y la traducción griega que hoy tenemos pudo hacerse después de Marcos, y es posible que el traductor tomara algo de Marcos. Pero los mismos Santos Padres que nos dicen que S. Mateo escribió el Evangelio en arameo, el Evangelio que ellos conocieron y comentaron fue el Evangelio griego, el que con rotundidad afirman que es de San Mateo. Luego esto quiere decir que el Evangelio arameo y el griego de S. Mateo, sustancialmente son el mismo.

Hoy día creo que más del cincuenta por ciento de los sacerdotes y de los católicos cultos creen aun que el primer Evangelio escrito es el de S. Mateo. Pero, sin embargo, casi todos los biblistas modernos y los sacerdotes jóvenes más progresistas dicen que el primer Evangelio es el de S. Marcos. Yo, por mi parte, he estudiado mucho y he preguntado a varios biblistas para enterarme cuáles son los argumentos en los que se apoyan para creer que Marcos fué anterior a Mateo, y nadie me lo ha explicado.

Lo único que me han dicho es que hoy toda la crítica bíblica está a favor de que el primero es el de Marcos:

Yo, por mi parte, como no veo argumentos, y como por otra parte creo imposible que todos los Santos Padres se hayan equivocado, o que no estuvieran seguros de saberlo cuando lo afirmaron de forma tan explícita y rotunda, porque los santos no mienten ni afirman lo que no saben, y porque el Espíritu Santo les asistía, he venido a pensar que lo que está pasando ahora aquí con este asunto va a ser una cosa parecida a lo de aquel cuento que se titulaba: **"El Traje Nuevo del Emperador"** que solamente podían ver los más listos y que a los tontos les era imposible verlo. Como dicho traje no existía, el emperador iba desnudo en su caballo por las calles de su ciudad mostrando su traje nuevo a todos los listos, que pudieran verlo.

Y aunque el traje nadie lo veía todos alababan su hermosura para no ser tenidos por tontos, hasta que pasó por donde había un niño, que al ver al emperador desnudo en su caballo, se echó a reir y descubrió el truco de aquel traje que no existía.

Probablemente ahora con el primer Evangelio pasa lo mismo. La mayoría de los que afirman que el primer Evangelio es el de Marcos, no lo dicen porque les hayan convencido con razones ni argumentos que no existen, sino porque así lo aseguran los que son tenidos por personas de mayor cultura y por los especialistas de la materia. Probablemente a ninguno les hayan convencido con razones; pero como así lo dicen los que son tenidos por más inteligentes, ellos se suman a su parecer sin caer en la cuenta de que los más listos han sido los Santos Padres y los Doctores de la Iglesia que a lo largo de los

siglos sostuvieron lo contrario. Además, sepan los que opinan lo contrario, que los que empezaron a decir que el primer Evangelio es el de Marcos, no fueron los católicos sino los herejes racionalistas y protestantes...

Luego, los que digan que el primer Evangelio es el de Marcos, le están dando la razón a los herejes y están negando la doctrina de los Santos Padres autores de la Tradición y de toda la doctrina de la Iglesia.

* * *

Ya sé que hay muchos que dicen que los Santos Padres se equivocaron por culpa de Papías que, según el parecer de Eusebio (HE. era poco inteligente). El fue el que dijo que el primer Evangelio era el de S. Mateo y por culpa de él, todos los Santos Padres se equivocaron. ¿Habéis oído alguna vez cosa más absurda y ridícula que ésta? ¡San Papías como era tonto y no sabía lo que decía, afirmó en sus libros que San Mateo fue el primero que escribió el Evangelio, y todos los Santos Padres del siglo II, que habían oído oralmente y por escrito a cientos de Padres Apostólicos quién era el autor del primer Evangelio, no creyeron a ninguno, y solamente dieron crédito al despistado Papías!.

Porque hay que tener en cuenta que aquellos; Santos Padres que nos dejaron en sus escritos el testimonio de que el primer Evangelio lo escribió S. Mateo, no oyeron solamente a Papías, pues es seguro que cada uno de ellos tuvo cientos de testigos, ya orales o ya por escrito, que habiendo oído a muchos de los Padres Apostólicos, sabían muy bien quiénes eran los autores verdaderos de cada uno de los cuatro Evangelios.

La Tradición Apostólica, no pasó de uno a uno, por un solo camino; sino de miles a miles, y a la vez por todos los caminos de la Iglesia de entonces, extendida por toda Europa, por casi toda Asia y por todo el norte de Africa. No pudo haber error, porque fueron muchos los testigos esparcidos por todo el mundo entonces conocido.

* * *

Consideremos que el Evangelio de San Mateo fue escrito en Palestina para los judíos convertidos al cristianismo, y allí es natural que le hicieran varias copias en arameo para repartir entre las distintas comunidades cristianas que habría en todo el territorio judío. Pero seguramente que muy pronto, al irse enterando los cristianos griegos de las regiones vecinas, se interesarían por el libro, y quizá en varios puntos a la vez, trataron de traducirlo al griego, como escribió Papías: "Mateo escribió el Evangelio en hebreo, y cada uno lo tradujo como mejor podía" (HE. 3, 39, 16).

Luego las traducciones griegas pudieron seguir distintos caminos: Unas vinieron a Roma y pasando por Francia llegaron hasta España. Otras se internaron por Asia y por el este de Europa. Algunas llegaron a Egipto y se distribuyeron por las comunidades cristianas del norte de Africa. Y de esta manera, donde quiera que llegaba el Evangelio, llegaba también el nombre del Evangelista que lo había escrito. Y, pues, si el Evangelio, como los Apóstoles, salió de Palestina en todas las direcciones, de igual manera los nombres de los Evangelistas, y nadie pudo ocultarlo.

No se diga, pues, que Papías pudo engañar sin querer a todos los Santos Padres, porque aunque hubiera sido

el hombre más listo del mundo y hubiera querido engañarlos, humanamente le hubiera sido imposible.

¿Cuál es el primer Evangelio escrito?

He aquí el dilema: unos dicen que el primer Evangelio que se compuso fue el de S. Marcos, y otros decimos que fue el de S. Mateo. Unos alegan unas razones y los otros alegamos otras. Veamos ahora quiénes somos los que defendemos la prioridad de S. Mateo, y quienes defienden la prioridad de S. Marcos.

A favor de que el primer Evangelio escrito es el de San Mateo está toda la tradición: todos los Santos Padres, todos los Doctores de la Iglesia y todos los Santos canonizados que han escrito sobre este tema hasta el día de hoy.

Que yo sepa, no hay un solo santo canonizado, ya antiguo o ya moderno, no que haya negado, pero que ni siquiera haya puesto en duda jamás que el primer Evangelio escrito es el de S. Mateo.

Ya sabemos que no todos los Santos Padres, ni todos los santos medievales o modernos ni contemporáneos han escrito sobre este tema; pero lo que digo es que de entre los muchísimos que si han escrito no ha habido siquiera uno sólo que haya dicho que el primer Evangelio es el de S. Marcos. Luego todos los Santos de la Iglesia están a favor de que el primer evangelio es el de San Mateo.

¿Quienes son, pues, los que están a favor de que el primer Evangelio escrito es el de S. Marcos?

- Están en primer lugar los herejes racionalistas y protestantes, que fueron los primeros en afirmarlo. Detrás de ellos, les han seguido también muchos católicos, algunos muy famosos y muy buenos escritores y con cargos importantes en la Iglesia, muchos de ellos estupendos sacerdotes y obispos ejemplares que, de buena fe, defienden esta teoría, que, por muchos motivos, nosotros consideramos equivocada.

Nosotros no creemos que el primer Evangelio haya podido ser el de S. Marcos, por los motivos siguientes:

Primero: Creemos imposible que los Santos Padres y todos los demás santos, antiguos y modernos se hayan equivocado. Esto va contra la Doctrina de la Iglesia, que sostiene ser imposible que se equivoque toda la tradición.

Segundo: No podemos pensar que los santos hayan mentido, y si ellos lo dijeron tan clara y rotundamente como lo dijeron., sin estar seguros de lo que afirmaban, hubieran mentido, lo que consideramos imposible.

Tercero: La Santa Iglesia en todos sus documentos oficiales también ha defendido siempre esta verdad, hasta el Concilio Vaticano II, donde se nos dice que los Evangelios fueron escritos por los Apóstoles y los varones apostólicos (Dei Verbum, 7 y 18).

Quiero que se entienda que yo no niego absolutamente que Mateo haya copiado algo de Marcos, o que Marcos copiara algo de Mateo. Solamente me ratifico en que, de acuerdo con todos los Santos Padres, S. Mateo escribió el Evangelio antes que S. Marcos, y que, por tanto, en esta primera edición, Mateo no pudo copiar de Mar-

cos, por que escribió antes. Pero no niego que pudo suceder que el traductor del Evangelio griego de S. Mateo, al traducirlo tuviera presente el Evangelio de S. Marcos y copiara de él algunas cosas de menor importancia, como la traducción de algunas citas bíblicas del Antiguo Testamento, que tal vez S. Mateo las tenía según la biblia hebrea, y al traducirlas al griego, pudieron copiarlas de la traducción de S. Marcos. Pero, como digo, aunque el traductor copiara de Marcos, sin alejarse del original, no le da derecho, a decir que la fuente de Mateo es el Evangelio de Marcos.

Hay muchos que aseguran que el traductor del Evangelio de S. Mateo, tuvo presente y copió algo del Evangelio de Marcos, y yo esto no lo niego, como no lo niega nadie, siempre que se tenga en cuenta que el autor del primer Evangelio es S. Mateo, que escribió en arameo, y que fué traducido al griego, y que este Evangelio griego que hoy tenemos es sustancialmente el mismo compuesto por S. Mateo.

¿Es el apóstol Juan el "Discípulo Amado"?

Según la tradición de veinte siglos de cristianismo, todos los Santos Padres lo corroboran, y aun hoy así lo creemos al menos el noventa y nueve por ciento de todos los católicos instruidos de hoy. Empezaron a negarlo los racionalistas protestantes del siglo XVIII, y tanto

se ha escrito e insistido en ello que hoy ya dudan de ello casi un tercio de los biblistas católicos.

Es evidente que esta verdad pertenece a la tradición; pues no hay uno sólo de los Santos Padres y escritores eclesiásticos antiguos que lo niegue o lo ponga en duda, sino que todos ellos de una u otra manera lo han afirmado, y siendo una verdad arraigada en la tradición, no puede negarse, porque ésta es infalible como lo es la misma Sagrada Escritura. Pues como dice el Magisterio de la Iglesia: "La divina revelación ha llegado hasta nosotros por dos conductos igualmente ciertos e infalibles: la **Sagrada Escritura** y la **Tradición apostólica** controlada por el Magisterio infalible de la Iglesia (Trento, DZ 783, Vaticano I, DZ 1787; Vaticano II Dei Verbum, 9 y 10).

Y ¿cómo podemos saber si una doctrina determinada pertenece o no a la Tradición?

a) Por el Magisterio ordinario de la Iglesia extendida por todo el mundo (Pío IX, DZ 1683).

b) Por el consentimiento unánime de los Santos Padres, testigos de la tradición (Concilio de Letrán, 270; Concilio de Nicea II, DZ 303).

Pues con relación al asunto que nos ocupa, es decir, si el apóstol San Juan es al mismo tiempo el autor del cuarto Evangelio y el llamado: "el Discípulo Amado", no hay duda que es un tema que ha sido siempre defendido tanto por la unanimidad de los Santos Padres como por el Magisterio de la Iglesia.

Con relación a los Santos Padres podemos ver claro en sus obras que siempre que hablan de la autoría del cuarto Evangelio se lo atribuyen al apóstol San Juan, lo mismo que cuando hablan del Discípulo Amado, siempre se refieren al apóstol San Juan. Y con relación al

Magisterio de la Iglesia siempre ha otorgado la misma atribución.

Estas dos verdades fueron siempre unánimemente aceptadas por toda la Iglesia, y nunca se dudó de ellas hasta que los racionalistas protestantes del siglo XVIII las empezaron a negar. Un siglo más tarde ya empezaron a negarlas también algunos católicos, aunque el Magisterio de la Iglesia siempre las defendió, como San Pío X que por medio de varios documentos de la Comisión Bíblica condenó rotundamente estos errores, prohibiendo propagarlos bajo pecado mortal, como podrá ver el lector si lee el apéndice I de este libro.

También la imagenería representa la tradición del Discípulo Amado en la escena del Calvario cuando Jesús le entrega a su Madre por Madre, pues hay pocas iglesias donde no estén las tres imágenes juntas de Jesús María y San Juan representando aquel momento.

Lo confirma el mismo Evangelio

Jesucristo a sus apóstoles, al menos en tres ocasiones diferentes les llamó amigos: (Lc. 12, 4; Jn. 15, 14 y 15, 15). Y fuera de los apóstoles solamente a Lázaro le llamó "nuestro amigo". Estos eran los más amigos de Jesús; pero los más íntimos eran Pedro, Santiago y Juan (Lc. 8, 51; Mt. 17, 1, y 26, 37). Entre estos tres tiene que estar el "Discípulo Amado". Pero el autor del cuarto Evangelio no puede, ser el apóstol Santiago, martirizado por Herodes Agripa (Hech. 12, 2), cuando aun no habían pasado cinco años desde la Ascensión de Nuestro Señor; ni podemos pensar tampoco que fuera Pedro, martirizado en Roma el año 67 y contrapuesto en el Evangelio al "Discípulo al

que amaba Jesús" (Jn. 13, 23-24 y 21, 20). Por exclusión es Juan el "Discípulo Amado".

Los Evangelios sinópticos nombran al apóstol San Juan almenos veinte veces; sin embargo en el cuarto Evangelio no se le nombra ninguna explícitamente por su nombre, aunque almenos una docena de veces se le nombra como "el discípulo" (1, 37-40; 13, 23; 20, 18; 18, 15 y 16; 19, 27; 20, 2, 3, 4 y 8; 21, 23 y 24), y al menos en cuatro ocasiones se le nombra como "el Discípulo al que amaba Jesús" (13, 23; 19, 26; 21, 7 y 20). En ningún caso se dice su nombre ni se facilita la menor información sobre su familia. Esta omisión no es un caso de azar. Si alguna razón vale para explicarla, tratándose de un discípulo tan destacado, es la de la paternidad literaria del propio Juan; aunque deje de nombrarse explícitamente, sus discípulos a quienes les entregó el Evangelio no lo necesitan porque saben muy bien que es de su maestro, el testigo veraz y digno de todo crédito (Jn. 21, 24).

En ninguno de los cuatro Evangelios se nos dice quién los escribió; por eso, cuando a principios del siglo II fue necesario para distinguirlos de los apócrifos y de lo aceptado por Marción, aparecieron en cada Evangelio los prólogos antimarcionitas que aseguraban quién era el autor de cada Evangelio y añadían algo de historia del autor. En el prólogo antimarcionita del Evangelio de San Juan decía: "El Evangelio de Juan se reveló y fué dado a las Iglesias por Juan mientras aun vivía, como un tal Papías de Hierápolis, discípulo querido de Juan, recordaba en sus cinco últimos libros".

No obstante en estos últimos tiempos, en contra de la Sagrada Escritura y de la tradición, han surgido muchos autores, incluso dentro de la Iglesia católica, que se atre-

ven a poner en duda la autoría del apóstol San Juan. Están de acuerdo en que el cuarto Evangelio lo escribió el llamado "Discípulo Amado", porque así se deduce del propio Evangelio; pero dicen que éste no puede ser el apóstol Juan.

Argumentos

1º, En ninguna parte del Evangelio se dice que el "Discípulo Amado" sea Juan el apóstol, el hijo del Zebedeo.

2º, Es imposible atribuir a un galileo, a un hombre sin instrucción como Juan, la composición de una obra de tan elevada teología.

3º, En Asia se habla de un Juan -el Presbítero- como distinto del apóstol Juan. Ahora bien, las cartas 2 y 3, que parecen del mismo autor que el Evangelio y la primera carta, llevan como remitente "el Presbítero".

Trataré de responder lo más claramente posible a estas objeciones una por una.

Primera objeción: ¿Que el Evangelio no dice que el "Discípulo amado" sea el apóstol Juan? -Claro que no lo dice; si lo dijera ya estaba el problema resuelto. Pero aunque no lo diga explícitamente, se sobreentiende muy claro por dos razones: 1ª, porque estuvo en la última Cena, y 2ª, por su amistad con Pedro.

Y empezando por lo primero diremos que según los sinópticos, en la Sagrada Cena se sentó Jesús acompañado solamente de los doce apóstoles, y entre ellos estaba el "Discípulo Amado".

San Mateo dice: **"Llegada la tarde se puso a la mesa con los doce"** (Mt. 26, 20). San Marcos dice: **"Llegada la tarde fue con los Doce, y estando puestos a la mesa y**

comiendo, Jesús dijo: "En verdad os digo que uno de vosotros me entregará..." (Mc.14, 17-18). Así mismo San Lucas dice: **"Cuando llegó la hora se puso a la mesa con sus apóstoles, y les dijo: "Mucho he deseado comer esta pascua con vosotros antes de padecer"** (Lc. 22, 14-15). Como vemos a Jesús solamente le acompañaban los doce apóstoles. Veamos ahora el relato de Juan: **"Dicho esto, Jesús se turbó en su espíritu y declaró abiertamente: En verdad en verdad os digo: Uno de vosotros me entregará. Los discípulos se miraban unos a otros sin saber por quién lo decía. Uno de los discípulos, aquel a quien Jesús amaba, estaba puesto a la mesa dando con la cabeza en el pecho de Jesús. Simón Pedro le hizo una señal con la cabeza, diciéndole: Pregunta quién es del que habla. Y él, reclinándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: Señor ¿quién es?..."** (Jn. 13, 21-25). Aquí vemos al Discípulo Amado que es uno de los doce apóstoles, el más amado de Jesús, y amigo íntimo de Pedro, que le encarga interrogue al Maestro para descubrir al traidor. Habiendo celebrado Jesús la Sagrada Cena en la intimidad con solamente los Doce, necesariamente el Discípulo Amado es uno de los Doce.

Hay algunos autores que en su afán de negar que el apóstol Juan sea el Discípulo Amado y deseando introducir entre los Doce en la Sagrada Cena a un nuevo discípulo, han dicho que éste no era del grupo de los Apóstoles, pero que era de Jerusalén, y que esa noche la Cena la celebraron en su casa, por cuyo motivo estaba sentado en la mesa en el lugar preferente junto al Maestro.

Que la Sagrada Cena la celebraron en casa de un conocido, y probablemente alguno de sus discípulos ricos

como Nicodemo, José de Arimatea, u otro que no conocemos, es muy probable, porque según San Mateo, 26, 18, Jesús les dijo: **“Id a la ciudad, a cierto hombre, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca, en tu casa celebraré la Pascua con mis discípulos”**.

Por ésto sabemos que los discípulos debían conocerle, pero también sabemos por Marcos 14, 13, y por Lucas 22, 10, que no sabían dónde vivía, pues deberían seguir a un hombre que llevaba un cántaro de agua. Lo cual en cierta manera nos indica que aunque se tratara de alguno de sus discípulos, no era de los más íntimos.

Por otra parte, si leemos con detención los textos evangélicos, incluido el Sermón de la Cena, nos daremos cuenta que allí solamente estaban sentados los Apóstoles. Y además, no era lógico que el anfitrión se sentara a la mesa en el segundo puesto junto al Maestro, pues su deber de anfitrión era la de servir la mesa y la de atender que no les faltase nada y que todo lo tuvieran a punto.

Además, si como nos dice el Cuarto Evangelio, el Discípulo Amado era el más querido de Jesús, y no era del grupo de los Doce, ¿cómo se explica que aquella noche cuando Jesús los ordena sacerdotes, ordenara solamente a los Apóstoles y no ordena también al que era su más íntimo amigo? Si al irse Judas resulta que se une otro a los Apóstoles hubiera dejado resuelto el problema de los Doce, y no hubiera tenido Pedro la necesidad de elegir a Matías como apóstol para completar el número de los Doce.

2º, **Su amistad con Pedro**. Esta es la otra pista que tenemos que seguir para saber cual de los apóstoles es el “Discípulo Amado: la íntima amistad con Pedro.

Veamos: En la Sagrada Cena, Pedro con toda confianza le hace señas para que averigüe quién es el traidor (Jn 13, 24).

Cuando prendieron al Señor solamente le seguían Pedro y el otro discípulo (Jn. 18, 15).

Cuando María Magdalena fue a avisar a los discípulos que habían robado el cuerpo del Señor, salieron corriendo hacia el sepulcro Pedro y el otro discípulo (Jn. 20, 6-8).

Cuando están pescando en Tiberiades y se produce la pesca milagrosa, "el discípulo al que Jesús amaba, dijo a Pedro: ¡Es el Señor! (Jn. 21, 7).

Cuando después de comer Jesús llevó aparte a Pedro, para preguntarle si le amaba, y para encargarle cuidara el rebaño de los fieles, Pedro miró atrás y vio que les seguía el mismo discípulo (Jn. 21, 20).

¿Quién será, pues este discípulo que en todas partes le vemos al lado de Pedro? El Evangelio de San Juan no nos lo dice; pero nos lo dice San Lucas en los Hechos de los Apóstoles. Veamos:

Pedro y Juan subían al templo a la hora de la oración (Hech. 3, 1)

Subieron al cenáculo, donde permanecían Pedro y Juan... (Ibid. 1, 13).

Este al ver a Pedro y a Juan que iban a entrar... (Ibid. 3, 3).

Mientras él estaba agarrado a Pedro y a Juan (Ibid. 3, 11).

Viendo entonces la fortaleza de Pedro y Juan (Ibid. 4, 13).

Pedro y Juan les respondieron... (Ibid. 4, 19).

Los apóstoles les enviaron a Pedro y a Juan (Ibid. 8, 14).

Pedro y Juan que eran considerados como columnas (Gal. 2, 9).

Como se ve, en los últimos capítulos del Evangelio de Juan, y en los primeros de los Hechos de los Apóstoles, Pedro y Juan siempre andan juntos. Incluso antes, cuando Jesucristo mandó a dos discípulos a preparar para la Sagrada Cena, mandó juntos a Pedro y a Juan, no por casualidad, sino porque ellos se ofrecieron a buscar el lugar (Lc. 22, 7-8). Luego si en el Evangelio de Juan vemos que el Discípulo amado es amigo de Pedro, y en los hechos de los Apóstoles vemos que su amigo es Juan, no cabe duda de que el Discípulo Amado es el apóstol Juan.

Veamos ahora la segunda objeción que dice que es imposible atribuir a un galileo, a un hombre sin instrucción como Juan, la composición de una obra de tan elevada teología.

Dice un autor: "Esta opinión es tan gratuita y frágil como la opinión de que Jesús, también galileo, fue un ignorante en teología y Escritura. Si Juan fue el discípulo predilecto de Jesús, pudo muy bien aprender de Jesús los principios fundamentales de la inteligencia cristiana de la Escritura que después desarrollaría en su vida. Por lo demás, si se identifica al apóstol Juan con aquel discípulo que, juntamente con Andrés, escuchó al Bautista, podemos pensar en una formación en la escuela del Bautista. En cualquier caso, la acusación de "iletrados" hecha a Juan y a Pedro es la misma que se hizo a Jesús (Mt. 13, 54; Mc. 6, 2), cuya profundidad de doctrina no parece que pueda ponerse en duda":

Por otra parte, por lo que sabemos del apóstol San Juan, estamos en condiciones de pensar que nadie tuvo tantas razones como él para ser un místico excepcional.

Sabemos muy bien, por los Evangelios, por los Hechos, de los Apóstoles y por todo lo que la tradición nos cuenta de ellos, que todos ellos cambiaron completamente sus vidas el día que recibieron el Espíritu Santo. Solamente hay que ver a Pedro y a todos ellos como huyeron cobardemente la noche que prendieron a Jesús, y como andaban escondidos desde aquel día por miedo a los judíos (Jn. 20, 19). Sin embargo, desde el día de Pentecostés, vemos a Pedro y a todos ellos cómo cambiaron y con qué valor predicaban a Jesús llenos de sabiduría.

Pero el que más debió cambiar, sin duda fue Juan, al recibir de Jesús a María por madre. El trato con María, la "llena de gracia" y "Mediadora de todas las gracias", debió de enfervorizar y transformar a Juan en un serafín de pureza y de amor de Dios. Si a San José se le considera "el mayor de todos los santos" por haber sido escogido para esposo de María, ¿cómo no va a ser un gran santo San Juan por haber sido elegido por Cristo para recibir en su casa como Madre a María?. Por eso Orígenes escribía: "Atrevámonos a proclamar que la flor de las Escrituras son los Evangelios; pero la flor de los Evangelios es el Evangelio de Juan. Pero nadie podrá saborear su sentido si antes no ha reposado sobre el corazón de Jesús, o si no ha recibido de Jesús a María por madre..." (Coment S. Juan, 1, 23).

San Agustín dice que Juan "ha hablado de la divinidad como ninguno otro ha hablado; devolvía el agua que había bebido, pues no en vano se dice de él que en la

Cena estaba recostado en el pecho del Señor. Secretamente bebía en aquel pecho, y lo que secretamente bebió, públicamente lo devolvió con el propósito de que todas las gentes no sólo conociesen la encarnación, pasión y resurrección del Hijo de Dios, sino también supiesen que antes de la encarnación ya existía el Unigénito del Padre, el Verbo del Padre, coeterno de Aquel que lo engendró e igual a Aquel que lo envió..." (Trat. 36 in Juan, n. 1).

Este gran doctor de la Iglesia, San Agustín, en muchas partes de sus obras reconoce que la gran teología de San Juan es muy superior a la de los otros Evangelistas; pero lo considera natural, cree que Juan tuvo muchas razones para ser superior a los demás y poder remontarse mucho más alto que se remontaron los demás.

Conclusión

Dice Wilfrid J. Harrington: "EL cuarto Evangelio no nombra a su autor; por lo menos no lo hace directamente. En el apéndice, el **"discípulo a quien amaba Jesús"** (Jn. 21, 20-23) se introduce como una autoridad digna de confianza para el contenido del Evangelio y, ciertamente como su autor (Jn. 21, 24). ¿Quién es éste **"discípulo amado"**? En la última Cena se apoya en el pecho de Jesús (Jn. 13, 23). A los pies de la Cruz, la Madre de Jesús la confiaron a su cuidado (Jn. 19, 26). El domingo de Pascua fue con Pedro al Sepulcro y creyó en la resurrección (Jn. 20, 3). En el lago de Tiberiades reconoció, el primero, al Señor antes que los otros discípulos y oyó de Jesús una profecía misteriosa (Jn. 21, 7. 20-23)...

“El “**Discípulo Amado**” es ciertamente un apóstol ya que, según los sinópticos, únicamente los apóstoles estuvieron presentes en la última Cena. Como **discípulo amado**, seguramente pertenecía al circulo intimo de Pedro, Santiago y Juan. No podía ser Pedro, pues se le nombra con el **discípulo amado** (Jn. 13, 23-24; 21, 20-23). No puede tratarse de Santiago, pues fue martirizado el 44 (Hech. 12, 2), mientras que el **discípulo amado** alcanzó una edad avanzada, ya que esta sería la manera obvia de entender (Jn. 21, 20-23). Nos queda tan solo Juan. Es muy significativo que ni a Santiago ni a Juan se le nombre directamente en este Evangelio (excepto en el apéndice, Jn. 21, 2). Todo nos hace pensar que el **discípulo amado** es San Juan, el Zebedeo; por lo cual, Jn. 21, 24 indicaría que este Evangelio lo escribió un apóstol”. (Iniciación a la Biblia, pág. 384).

El autor del Cuarto Evangelio

El Apóstol San Juan es el autor del Cuarto Evangelio. Nunca ha vacilado la tradición católica en adjudicar a Juan, el Apóstol, la paternidad literaria del Cuarto Evangelio. Los primeros en oponerse a esta unánime afirmación fueron los teólogos anglicanos E. Evanson (1792), K. B. Bretschneider (1820), D. F. Strauss (1835-1840), y la Escuela de Tubinga bajo la influencia de F. C. Baur (1844).

Según la escuela, de Tubinga el autor del Evangelio es un escritor desconocido que lo redactó hacia el año 170, con el fin de reconciliar a las facciones o partidos de paulinistas y petristas.

La tradición católica que se lo atribuye a Juan es constante desde la era apostólica:

1) **Papías** (70-165):

"EL Evangelio de Juan fue dado a conocer y manifestado a las Iglesias por el propio Juan, estando aun en vida, según refiere Papías, llamado el jerosolimitano, discípulo querido de Juan, en sus postreros cinco libros" (Codex Vat. Alex.).

2) **Policarpo** (m. 155):

"Juan, que vivía con los de Efeso, quienes por ser gentiles ignoraban la Ley, principió su Evangelio por la causa de nuestra redención; la que se descubre en haber querido Dios que su Hijo se encarnase por nuestra salvación" (Véase apéndice final).

3) **Teófilo de Antioquía** (m. 181):

"Todos los Evangelistas, fueron movido por el Espíritu Santo, y entre ellos Juan, que dice: "En el principio fué el Verbo y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios" (Ad Autolycum II, 22).

4) **S. Ireneo** (135-202):

"Juan, discípulo del Señor, sobre cuyo pecho reclinó su cabeza, escribió también durante su estancia en Asia un Evangelio" (Adv. Haer. 3, 1, 1).

5) **S. Polícrotas** (189-199):

"Y además está Juan, el que se recostó sobre el pecho del Señor, y que fue sacerdote portador del petalón, mártir y maestro: este también reposa en Efeso (Eusebio HE. 3, 31, 4-5) .

6) **S. Hipólito** (s. II):

"El Cuarto Evangelio es de Juan, uno de los discípulos... ¿Qué tiene, pues, de extraño que Juan tan frecuentemente afirme en sus epístolas diciendo: **"Lo que vimos con nuestros ojos, y oímos, con nuestro oídos, y nuestras manos parparon, esto os escribimos"** Con lo cual se profesa a la vez no sólo testigo de vista y oído sino escritor de todas las maravillas del Señor" (Fragmento de Muratoris, atribuido a S. Hipólito).

7) **S. Clemente Alejandrino** (m. 214):

"En cuanto a Juan, el último (en escribir), viendo que en los Evangelios de los otros se encuentra todo lo corporal, estimulado por sus discípulos e inspirado por el soplo del divino Espíritu, compuso un Evangelio espiritual" (Eusebio, HE. 6, 14).

8) **Tertuliano** (155-220)

"Los apóstoles Juan y Mateo nos instruyen en la fe, y los varones apostólicos, Marcos y Lucas renuevan sus enseñanzas... A los Evangelios de Juan y Mateo me refiero" (Ad. Marc. 4, 2).

9) **Orígenes** (m. 254)

"Atrevámonos a decir que la flor de las Escrituras son los Evangelios; pero la flor de los Evangelios es el Evangelio de Juan; y nadie podrá saborear su sentido si antes no ha reposado sobre el Corazón de Jesús, o si no ha recibido de Jesús a María por Madre ..."(Com. In. Jn. 1, 23).

10) **Prólogo Monarquiano** (s. II):

"Juan el Evangelista, uno de los discípulos de Dios, y a quien por ser virgen, Dios escogió... Una doble prueba de esa virginidad nos ofrece el Evangelio: el amor de predilección con que le distinguió Dios y la encomien-

da que Dios, al subir a la Cruz, le hizo de su Madre, a fin de que un virgen guardase a otra Virgen" (De historia canonis U. T., 365) .

11) **Teodoreto de Ciro** (193-258) :

Teodoreto en su Haereticarum Fabularum Compendium, enseña que el apóstol S. Juan compuso el Evangelio mientras estuvo en Efeso (M. de Tuya, Biblia Comentada).

12) **S. Dionisio de Alejandría** (m. 265):

El Apóstol, el hijo del Zebedeo y hermano de Santiago, de quien es él Evangelio titulado de Juan... El es el Discípulo Amado por el Señor, el que se reclinó sobre su pecho, el testigo ocular y oyente directo del Señor" (Eusebio HE. VII, 25).

13) **S. Victorino de Pettau** (m. 303)

"Habiéndose extendido por el orbe Valentino, Cerinto, Ebión y los restantes de la escuela de Satanás, todos los de las provincias limítrofes acudieron a Juan y lo empujaron a escribir su testimonio (Evangelio)" (Fillión La Autént. Evang. pp. 78).

14) **S. Eusebio de Cesarea** (m. 340):

"Y de entre todos los escritos, debe, ante todo, tenerse por auténtico su Evangelio, que es conocido en todas las Iglesias que existen bajo el cielo" (HE. 3, 24, 1). En ninguna página de su Historia se nos dice que haya habido nunca la menor vacilación acerca de la paternidad literaria del Cuarto Evangelio.

15) **S. Hilario de Poitiers** (310-394)

"Juan fué digno de recibir la revelación de los misterios celestiales, por su intimidad con el Señor..." (La Trinidad, Vl, 20).

16) **S. Gregorio Nacianceno** (328-389):

En su poema titulado **"De veris libris Scriturae inspiratae"** hace una gran alabanza del Apóstol y Evangelista S. Juan, autor del Cuarto Evangelio, como: "Juan el universal y gran heraldo, que recorre los cielos..." (BAC 262 pág. 370).

17) **S. Ambrosio** (m. 397)

"A los Evangelistas ¿qué sabiduría les faltó? Poseyendo los unos y los otros diversos géneros, tienen, sin embargo, cada uno su género propio. Hay verdaderamente sabiduría natural en el Evangelio del Apóstol S. Juan. Pues nadie, me atrevo a decir, ha visto con una sabiduría más sublime la majestad de Dios, ni nos la ha revelado con palabras más apropiadas. El subió por encima de las nubes, de las potencias celestes, de los mismos ángeles, para descubrir al Verbo en el principio y verle cabe Dios" (BAC 257, pp. 43-47).

18) **S. Epifanio** (m. 402):

"En el Cuarto Evangelio, finalmente Juan, como colocando encima el remate de una corona; fue el intérprete de la condición y naturaleza más sublime de Cristo y de la sempiterna, divinidad" (Adv. haer. 2, 69, 23).

19) **San Juan Crisóstomo** (m. 407):

"En cuanto a Juan, él calló la causa por la que escribió su Evangelio; Pero hay una tradición antigua de los Padres que ha llegado hasta nosotros, por la que sabemos que no se puso escribir por azar. La razón fue esta; como los otros tres Evangelistas habían puesto su principal empeño en poner de relieve la economía de la encarnación y parecía se habían pasado en silencio la doctrina acerca de la divinidad de Cristo, para llenar esta laguna le movió Dios más adelante a componer su Evangelio" (Hom. in S. Mateo, 1).

20) **S. Jerónimo** (m. 420)

"El Apóstol Juan, al que Jesús amó más, hijo del Zebedeo y hermano del Apóstol Santiago, a quien degolló Herodes, escribió el Evangelio el último de todos, por los ruegos de los obispos de Asia, contra Cerinto y otros herejes, y sobre todo contra la doctrina de los ebionitas, que afirman que Cristo no existió antes de María. Por lo cual se vio obligado a explicar su origen divino" (De Viris Illustribus, 9).

21) **S. Agustín** (m. 430)

"El Apóstol Juan, el más eminente de los cuatro Evangelistas, después de afirmar por la Palabra de Dios que era el Hijo Jesús anterior a todos los siglos de la creación, puesto que todo fue hecho por El, introdujo a continuación la predicación y testimonio de Juan Bautista..."

"Juan es, en efecto, el discípulo al que amaba Jesús (3, 24, 69). Hay quienes opinan, y estos son en verdad estudiosos de la Sagrada Escritura, que el apóstol Juan fue más amado por Cristo porque no tuvo esposa y desde sus primeros años vivió en perfecta castidad" (De Monogan c. VIII).

Según la tradición, el apóstol S. Juan compuso o redactó su Evangelio en los últimos años de su vida, y como se sabe que el murió en el 104, se calcula que debió escribirlo sobre el año 100, o quizá aun más tarde, por lo que los primeros testimonios fueron escritos muy poco después de haberse compuesto su Evangelio.

Hoy se dice que el Evangelio de Juan se nota que fue compuesto de varias veces y escrito por varias manos. Eso es muy posible, pues al ser el Apóstol tan mayor, bien pudo dictarlo de varias veces, y si tenía tantos discípulos interesados en que redactara el Evangelio bien

pudieron ser varios los taquígrafos y amanuenses que lo escribieron. Pues si Orígenes cuando dictaba tenía a mano más de siete taquígrafos, que se relevaban cada cierto tiempo ya fijado, un número no menor de copistas y también algunas jóvenes prácticas en caligrafía, como dice Eusebio (HE. VI, 23, 2), ¿por qué nos vamos a extrañar de que el Apóstol Juan tuviera también varios taquígrafos y experimentados copistas a la hora de escribir el Evangelio?

Ciertamente pudieron intervenir varias manos en la escritura de su evangelio, pero solamente el apóstol Juan fue el autor inspirado que lo redactó como Dios quiso que se escribiera.

Apéndice I

La doctrina de la Iglesia sobre la autenticidad e historicidad de los Evangelios

Respuesta 8ª de la Pontificia Comisión Bíblica sobre el autor, tiempo y autenticidad del Evangelio según S. Mateo. Ratificado por S. Pío X el 19 de junio de 1911.

La crítica racionalista, por razones más filosóficas que históricas, negaba que el actual Evangelio de San Mateo hubiera sido escrito por este Apóstol del Señor. Rechazada *a priori* la posibilidad de toda intervención sobre-

natural y sentado el evolucionismo como principio universal de interpretación de la historia, no podía admitirse que en vida de San Mateo se hubiese escrito el Evangelio que corre con su nombre. Scheleiermacher, basándose en una breve noticia de San Papías que recoge Eusebio, lanzó la hipótesis de que San Mateo escribió un breve compendio de discursos del Señor, que un redactor posterior habría ampliado notablemente introduciendo hechos y convirtiéndolo en el actual Evangelio. Esta hipótesis se difundió ampliamente y era sostenida antes del presente decreto por algunos católicos.

La Comisión Bíblica la rechaza expresamente (Resp. IV) y obliga a sostener:

1. Que S. Mateo es el autor del actual Evangelio (Resp. I).

2. Que escribió antes que los otros Evangelistas (Resp. II).

3. Que escribió antes de la venida de S. Pablo a Roma (Resp. III).

4. Que el texto griego actual debe considerarse sustancialmente idéntico al original, escrito en arameo (Resp. V).

5. Que su finalidad apologética no disminuye su valor histórico (Resp. VI).

6. Y que deben considerarse auténticos incluso aquellos pasajes que los racionalistas rechazan, por las razones arriba indicadas (Resp. VII).

A las siguientes dudas propuestas, la Pontificia Comisión Bíblica decretó responder así:

I. Si atendido el consentimiento universal y constante desde los primeros siglos de la Iglesia, que claramente demuestran los expresos testimonios de los Padres, los títulos

de los códices de los Evangelios, las versiones aun antiquísimas de los libros sagrados y los catálogos transmitidos por los Santos Padres, por los escritores eclesiásticos, por los Sumos Pontífices y los concilios, y, finalmente el uso litúrgico de la Iglesia oriental y occidental, puede y debe afirmarse con certeza que Mateo, apóstol de Cristo, es verdaderamente el autor del Evangelio divulgado con su nombre.

Resp. Afirmativamente (DZ 2148).

II. Si se ha de tener por bastante fundada en el testimonio de la tradición la opinión que sostiene que Mateo precedió en escribir a los demás evangelistas; y escribió el primer Evangelio en la lengua nativa usada a la sazón por los judíos palestinenses, a quienes la obra iba dirigida.

Resp. Afirmativamente a una y a otra parte (DZ 2149).

III. Si la redacción de este texto original puede colocarse más allá del tiempo de la destrucción de Jerusalén, de manera que los vaticinios que de ella allí se leen se hayan escrito después del suceso; el testimonio de Ireneo (Adv. haer., 1, 3 c. 1 n. 2) que suele alegarse, de interpretación incierta y controvertida, se ha de juzgar de tanto peso que obligue a rechazar la opinión de aquellos que más en conformidad con la tradición, juzgan que dicha redacción se terminó aun antes de la venida de Pablo a Roma.

Resp. Negativamente a las dos partes (DZ 2150).

IV. Si puede sostenerse siquiera como probable la opinión de algunos modernos, según la cual Mateo no habría escrito propia y estrictamente el Evangelio tal cual se nos ha transmitido, sino solamente una colección de algunos dichos o sermones de Cristo, de los cuales hubiera usado como de fuente otro autor anónimo, a quien tienen por redactor del mismo Evangelio.

Resp. Negativamente (DZ 2151).

V. Si por el mero hecho de que los Padres y todos los escritores eclesiásticos, y aun la misma Iglesia, ya desde el principio han empleado únicamente como canónico el texto griego del Evangelio conocido con el nombre de Mateo, sin exceptuar a los que expresamente afirmaron

que el apóstol Mateo había escrito en su idioma patrio, puede probarse con certeza que el mismo Evangelio griego es idéntico en lo sustancial al escrito por el mismo apóstol en su lengua patria.

Resp. Afirmativamente (DZ 2152).

VI. Si de que el autor del primer Evangelio pretenda el fin principalmente dogmático y apologético de probar a los judíos que Jesús es el Mesías anunciado por los profetas y oriundos de la familia de David, y porque además, en la disposición de los hechos y dichos que narra, no sigue siempre el orden cronológico, es licito deducir de aquí que aquellos no se han de admitir como verdaderos; o se puede afirmar también que las narraciones de los hechos y sermones de Cristo que en el mismo Evangelio se leen, han sufrido alguna alteración y adaptación, por influencias de las profecías del Antiguo Testamento y de un estado más desarrollado de la Iglesia y que, por tanto, no están de acuerdo con la verdad histórica.

Resp. Negativamente a entrambas partes (DZ 2153).

VII. Si en especial se han de juzgar destituidas de sólido fundamento las opiniones de aquellos que dudan de la autenticidad histórica de los dos primeros capítulo, en que se narran la genealogía y la infancia de Cristo, como también de algunas frases de gran importancia dogmática, como las relativas al primado de Pedro (Mt. 16, 17-19), a la forma de bautizar con la universal misión de predicar encomendada a los apóstoles (Mt. .28, 19-20), y a la profesión de fe de los apóstoles sobre la divinidad de Cristo (Mt. 14, 33), y otras semejantes, que en Mateo peculiarmente se encuentran enunciadas.

Resp. Afirmativamente (DZ 2154).

Y el 19 de junio de 1911, en la audiencia benignamente concedida a los dos infrascritos secretarios consultores, nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X ratificó las anteriores respuestas y mandó publicarlas.

Roma, 19 de junio de 1911.- FULCRANO VIGOUROUX, P. S. S.; LORENZO JANSSENS, O. S. B., secretarios consultores.

Respuesta 9ª de la Pontificia Comisión Bíblica sobre el autor, tiempo y autenticidad de los Evangelios de S. Marcos y S. Lucas, 26 de junio de 1912.

Por las misma razones que dejamos expuestas al hablar del Evangelio de S. Mateo, la crítica racionalista rechaza la antigüedad y la autenticidad de los actuales Evangelios de San Marcos y San Lucas.

La Comisión Bíblica defiende en este decreto, por razones externas y argumentos internos, la autenticidad de ambos Evangelios (Resp. I).

Sostiene con toda la tradición que San Marcos escribió el segundo y San Lucas el tercero, por este orden (Resp. V), ambos antes de las ruinas de Jerusalén (Resp. VI), y San Lucas antes de ser liberado San Pablo de su primera cautividad romana (Resp. VII).

Sus fuentes fueron, aparte de otros testigos, la predicación de San Pedro y San Pablo respectivamente (Resp. VIII). Por ello y a pesar de sus discrepancias, merece fe histórica (Resp. IX).

Por otra parte, la Comisión considera insuficientes las dudas que por leves razones de crítica externa suelen oponerse a la autenticidad del final de San Marcos, del pasaje del sudor sanguíneo en el capítulo 22 de San Lucas, y de la atribución del Magníficat a la Santísima Virgen (Resp. II, III y IV).

A las siguientes dudas propuestas, la Pontificia Comisión Bíblica decretó responder así:

I. -Si la atestación clara de la tradición, ya desde los principios de la Iglesia maravillosamente concorde y apoyada en múltiples argumentos, es a saber, en el expreso testimonio de los Santos Padres y de los, escritores eclesiásticos,

en las citas y alusiones ,que en sus obras se encuentran, en el uso de los antiguos herejes, en las versiones de los libros del Nuevo Testamento, en casi todos los códices manuscritos antiquísimos y en razones internas tomadas del mismo texto de los libros sagrados, nos fuerza a afirmar con certidumbre que Marcos discípulo e intérprete de Pedro y Lucas, oyente y compañero de Pablo, son en verdad autores de los Evangelios que respectivamente se les atribuye.

Resp. Afirmativamente (DZ 2155).

II. Si las razones con que algunos críticos pretenden demostrar que los doce últimos versículos del Evangelio e Marcos (Mc. 16, 9-20) no fueron escritos por el mismo Marcos sino adicionados de mano ajena son tales que den derecho a afirmar que no se han de admitir como inspirados y canónicos, o demuestran almenos que Marcos no es autor de dichos versículos.

Resp. Negativamente a entrambas partes (DZ 2156).

III. Si es asimismo lícito dudar de la inspiración y canonicidad de las narraciones de Lucas acerca de la infancia de Cristo (Lc. 1 y 2) o de la aparición del ángel confortándole del sudor de sangre (Lc. 22, 43 s.), o se puede almenos demostrar con razones sólidas —según opinaron algunos antiguos herejes con la aprobación de ciertos críticos modernos— que dichas narraciones no pertenecen al genuino Evangelio de Lucas.

Resp. Negativamente a entrambas partes (DZ 2157).

IV. Si los documentos rarísimos y enteramente singulares en que se atribuye el cántico Magnificat, no a la bien aventurada Virgen María, sino a Isabel, pueden en modo alguno prevalecer contra el concorde testimonio de casi todos los códices, así del texto griego original como de las versiones, y contra la interpretación que plenamente exigen no menos el contexto que la intención de la misma Virgen y la tradición constante de la Iglesia.

Resp. Negativamente (DZ 2158).

V. Si es lícito, en cuanto al orden cronológico de los Evangelios, apartarse de aquella sentencia que, fundada

en el antiquísimo y constante testimonio de la tradición, atestigua que después de Mateo, que escribió su Evangelio el primero de todos en su lengua nativa, escribió el segundo Marcos y el tercero Lucas; o se ha de juzgar que va contra este sentir la opinión que afirma que el segundo y el tercer Evangelio fueron compuestos antes que la versión griega del primer Evangelio.

Resp. Negativamente a las dos partes (DZ 2159).

VI. Si es lícito diferir el tiempo, de la composición de los Evangelios de Marcos y de Lucas hasta la destrucción de Ia ciudad de Jerusalén; o, a causa de hallarse más de terminada en Lucas la profecía del Señor acerca de la destrucción de esta ciudad, se puede sostener que su Evangelio al menos se escribió comenzado ya el asedio.

Resp. Negativamente a ambas partes (DZ 2160).

VII. Si debe afirmarse que el Evangelio de Lucas precedió al libro de los Hechos dé los Apóstoles, y que, habiéndose terminado este libro, testigo Lucas (Act. 1 ss.), al fin de la prisión romana del Apóstol (Act. 28, 30 ss.), no se compuso su Evangelio después de esta fecha.

Resp. Afirmativamente (DZ 2161).

VIII. Si, en vista así de los testimonios de la tradición como de los argumentos internos, en cuanto a las fuentes que emplearon los dos evangelistas al escribir sus Evangelios, se puede dudar de la sentencia que sostiene que Marcos escribió según la predicación de Pedro, y Lucas según la de Pablo; y al mismo tiempo afirma que ambos evangelistas tuvieron a su disposición otras fuentes fidedignas, tanto como orales como escritas.

Resp. Negativamente (DZ 2162).

IX. Si los dichos y hechos que, según la predicación de Pedro esmerada y gráficamente narra Marcos sincerísimamente expone Lucas, informado exactamente de todo desde su origen por testigos enteramente fidedignos, que fueron desde el principio testigos oculares y ministros de la palabra (Lc. 1, 2 ss.), reclaman con derecho aquella plena fe histórica que les prestó siempre la

Iglesia o por el contrario, esos mismos hechos y sucesos se han de juzgar al menos en parte destituidos de verdad histórica, ya porque los autores no fueron testigos de vista, ya por hallarse no raras veces en ambos evangelistas falta de orden y discrepancia en la sucesión de los hechos, ya porque habiendo llegado y escrito más tarde, debieron de traer concepciones ajenas a la mente de Cristo y de los apóstoles o hechos ya más o menos falseados por la imaginación del pueblo, finalmente, por haberse dejado llevar, cada cual según su propósito de diversos prejuicios dogmáticos.

Resp. Afirmativamente a la primera parte y negativamente a la segunda (DZ 2163).

Respuesta 10 de la Pontificia Comisión Bíblica, sobre la cuestión sinóptica, o sea sobres la mutuas relaciones de los tres primeros Evangelios, 26 de Junio de 1912

Existe un problema crítico de especial importancia que afecta a los tres primeros Evangelios, y que se designa con el nombre de cuestión sinóptica. Se trata de explicar las extrañas coincidencias de fondo y de forma entre los tres evangelistas, frente a las desconcertantes discrepancias que entre los mismos se advierten. Las hipótesis propuestas por los estudiosos son innumerables. La Comisión Bíblica interviene señalando las condiciones mínimas que se deben salvar en la libre investigación (Resp. l) y rechazando, por no atenerse a estos principios, la hipótesis llamada de las dos fuentes, que intenta explicarlo todo a base de un primer evangelio de San Mateo que sólo contuviera discursos y un primitivo San Marcos anterior al actual San Mateo.

Igualmente, a las siguientes dudas propuestas, la Pontificia Comisión Bíblica decretó responder así:

I. Si, guardando lo que ha de guardarse según lo anteriormente resuelto, especialmente acerca de la autenticidad e integridad de los tres Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas; de la identidad substancial del Evangelio griego de Mateo con su primitivo original, y del orden cronológico conque aquellos se escribieron, para explicar sus mutuas semejanzas o desemejanzas entre tantas y tan diversas y opuestas sentencias de los autores, es lícito a los expositores disputar y apelar a la hipótesis de la tradición oral o escrita o también a la dependencia de un Evangelio respecto al precedente o a los precedentes.

Resp. Afirmativamente (DZ 2164).

II. Si se ha de juzgar que guardan los precedentes decretos aquellos que, sin fundarse en testimonio alguno de la tradición ni en argumentos históricos, fácilmente abrazan la hipótesis vulgarmente llamada de las dos fuentes, que pretende explicar la composición del Evangelio griego de Mateo y del Evangelio de Lucas principalmente por la dependencia de entrambos del Evangelio de Marcos y de la colección llamada de los sermones del Señor; y si pueden, por tanto, defenderla libremente.

Resp. Negativamente a las dos partes (DZ 2165).

Y el 26 de junio de 1912, en la audiencia benignamente concedida a los dos reverendísimos secretarios consultores la Santidad de nuestro Señor Pío Papa X ratificó las anteriores respuestas y mandó publicarlas.

Roma, 26 de junio de 1912. -Fulcrano Vigouroux, Gr. S. Sulp.; Lorenzo Janssens O. S. B., secretarios consultores.

Respuesta 4ª. de la Pontificia Comisión Bíblica sobre el autor y la verdad histórica del Cuarto Evangelio, 29 de mayo de 1907

Las dos primeras **respuestas** mantienen la autenticidad del Cuarto Evangelio como obra del apóstol San

Juan, enumerando los argumentos externos y las razones internas que la abonan. Para estas fechas eran ya muchos los que lo negaban en el campo racionalista y entre las filas de los católicos modernistas.

La tercera **respuesta** va directamente contra la tesis de A. Loisy, que en su obra **"Le quatrieme Evangile"** (París 1903), siguiendo las huellas de J. Reville, sostenía que el Cuarto Evangelio era una obra alegórica o simbólica, desprovista en gran parte de valor histórico, cuyo autor había puesto en boca de Cristo como discursos sus propias meditaciones teológicas. Dos meses más tarde, el decreto **Lamentábile** condenaría en sus proposiciones 16-18 estas mismas afirmaciones de los modernistas.

A las siguientes dudas propuestas, la Pontificia Comisión Bíblica decretó responder así:

I. Si la tradición constante, universal y solemne de la Iglesia, vigente ya desde el siglo II, según se saca sobre todo: a) de los testimonios y alusiones de los Santos Padres escritores eclesiásticos y hasta de los mismos herejes, que, habiendo debido derivarse por precisión de los discípulos de los Apóstoles o de sus primeros sucesores, se enlazan necesariamente con el origen del mismo libro; b) del nombre universalmente recibido siempre del autor del cuarto Evangelio en el canon de los catálogos de los libros sagrados; c) de los antiquísimos manuscritos, códices y versiones a varias lenguas de los mismos sagrados libros; d) del público uso litúrgico vigente ya en todo el orbe desde los orígenes de la Iglesia; prescindiendo del argumento teológico, se demuestra con tan sólido argumento histórico que el Apóstol San Juan, y no otro, ha de ser tenido por autor del cuarto Evangelio, que las razones aducidas por los críticos en nada desvirtúan esta tradición.

Resp. Afirmativamente (DZ 2110).

II. Si, además, las razones internas sacadas del texto del cuarto Evangelio, considerado separadamente, del testimonio del escritor y del manifiesto parentesco del mismo Evangelio con la primera Epístola del, apóstol Juan, se han de juzgar confirmativas de la tradición que atribuye sin duda ninguna al mismo apóstol el cuarto Evangelio; y si las dificultades tomadas de la comparación del mismo Evangelio con los otros tres, teniendo en cuenta la diversidad de tiempo, de fin y de oyentes, por los cuales o contra los cuales escribió el autor, pueden resolverse razonablemente, como lo han, hecho los Santos Padres y los expositores católicos.

Resp. Afirmativamente a las dos partes (DZ 2111).

III. Si, a pesar de la práctica, constantísimamente vigente, desde el principio en toda la Iglesia, de argüir con el cuarto Evangelio como documento propiamente histórico, considerada, no obstante, la índole peculiar del mismo Evangelio y la manifiesta intención de su autor de ilustrar y de probar la divinidad de Cristo por los mismos hechos, y sermones, del Señor, se puede decir que los hechos narrados en el cuarto Evangelio fueron inventados en todo o en parte para que fuesen alegorías o símbolos doctrinales, y que los sermones del Señor no son verdadera, y propiamente sermones del mismo Señor, sino composiciones teológicas del escritor, aunque puestas en boca del Señor.

Resp. Negativamente (DZ 2112.

Y el día 29 de mayo del año 1907, en la audiencia benignamente concedida a los dos reverendísimos consultores secretarios, Su Santidad ratificó las anteriores respuestas y las mandó publicar. -FULCRANO VIGOUROUX, P. S. S.: LORENZO JANSSENS, O. S. B., consultores secretarios.

Decreto "Lamentábili", de la S.C.S.R.U.I, sobre los principales errores del modernismo, 3 de julio de 1907.

Es el primer documento que recoge y condena los principales errores del movimiento modernista. De las setenta y cinco proposiciones que comprende, solo las diecinueve primeras afectan directamente a la doctrina de la Iglesia sobre la Sagrada Escritura. La enseñanza del Magisterio debe buscarse en las contradictorias de las proposiciones condenadas.

Así, pues, en las ocho primeras se repite la doctrina tradicional y consagrada en los concilios Tridentino y Vaticano sobre la potestad de la Iglesia para interpretar auténticamente las Escrituras y para regular disciplinariamente la publicación de comentarios a las mismas. Las once siguientes reafirman, contra la negación de los modernistas, el concepto católico de inspiración y la inerrancia absoluta de la Biblia.

La repetición de estas enseñanzas en el decreto **Lamentabili** no añade nada a la certeza teológica que poseían en los documentos anteriores; pero califica de doctrina católica la incompatibilidad de las proposiciones condenadas con el dogma definido o con la enseñanza propuesta anteriormente por el magisterio ordinario. El documento empieza así:

> "Con éxito verdaderamente lamentable, nuestra sociedad, enemiga de todo freno, de tal modo sigue no pocas veces las novedades en la investigación de las supremas razones de las cosas, que, dejando la que pudiéramos llamar herencia del linaje humano, incurre en gravísimos errores. Los cuales serán muchísimo más perniciosos si se trata de las enseñanzas sagradas, de la interpretación de

la Sagrada Escritura y de los principales misterios de la fe. Sobretodo es deplorable encontrar hasta entre católicos no pocos escritores que, traspasando los límites marcados por los Santos Padres y por la Iglesia misma, se dedican y a titulo de razón histórica, a buscar un pretendido progreso del dogma, que no es en realidad más que su deformación.

Pero a fin de que semejantes errores, que esparcen, todos los días entre los fieles, no arraiguen en el espíritu y no alteren la pureza de la fe, ha parecido bien a Su Santidad Pío X, Papa por divina Providencia, hacer notar y reprobar los principales de entre ellos por este tribunal de la S.R.I."

A continuación vienen las setenta y cinco proposiciones condenadas, pero aquí solamente vamos a recoger la 16, 17 y 18 que se refieren al Evangelio de San Juan, por considerar que son las más importantes para nuestro propósito de defender el origen del Cuarto Evangelio.

Estas son las citadas proposiciones condenadas:

16. "Las narraciones de San Juan no son propiamente historia, sino una contemplación mística del Evangelio, y los discursos contenidos en su Evangelio son meditaciones teológicas acerca del misterio de la salvación, destituidas de verdad histórica" (DZ 2016).

17. "El Cuarto Evangelio exageró los milagros, no tan sólo con el fin de que apareciesen más extraordinarios, sino también con el de que resultasen más a propósito para declarar la obra y la obra del Verbo encarnado" (DZ 2017).

18. "Juan se apropia, es verdad, la calidad de testigo de Cristo; pero realmente no es sino un testigo eximio de la vida cristiana, o de la vida de Cristo en la Iglesia, al finalizar el primer siglo" (DZ 2018).

Motu Propio "Praestantia Scripturae Sacrae" sobre el valor de los decretos de la Pontificia Comisión Bíblica, 18-XI-1907

El presente documento subraya el valor que debe darse a las decisiones pontificias en materia bíblica. En este decreto, relativo al valor de las respuestas de la Pontificia Comisión Bíblica, se asimila este organismo a las demás Congregaciones romanas que velan por la pureza de la fe, y se acusa de temerarios y desobedientes, con culpa grave, a los detractores y contradictores de sus enseñanzas. En la segunda que trata de la obediencia debida al decreto **Lamentabili** y a la encíclica **Pascendi**, en la que se condena el modernismo —fulmina excomunión contra los detractores y declara incursos en excomunión **latae sententiae Romano Pontifici simpliciter reservata** a los que sostengan alguna de las proposiciones allí condenadas.

Después de encomiar las excelencias de la, Sagrada Escritura y recomendar su estudio, León XIII, nuestro predecesor de inmortal memoria, en sus letras encíclicas **Providentísimus Deus,** de 18 de noviembre de 1893, fijó las leyes por las que había de regirse el estudio de la Sagrada Biblia y defendió los libros divinos contra los errores y calumnias de los racionalistas y, así mismo, contra las opiniones del nuevo método que se conoce con el nombre de **alta crítica**, las cuales no son otra cosa, como escribía sabiamente el Pontífice, sino inventos del racionalismo violentamente deducidos de la filología y ciencias similares.

Y para prevenir el peligro cada día mayor que amenazaba con la propagación de opiniones ligeras y desviadas, con sus letras apostólicas **Vigilantiae studiique memores**, de 30 de octubre de 1902, nuestro mismo predecesor creó

el Pontificio Consejo o Comisión de Asuntos Bíblicos... para proponer, estudiar y discutir cualquier sentencia con libertad omnímoda, y que nunca, según las dichas letras apostólicas, se pronunciaran los padres purpurados por una sentencia sin que antes se hubiera conocido y examinado los argumentos por una y otra parte, ni se hubiera omitido nada que pudiera poner en claro el verdadero y real estado de las cuestiones bíblicas propuestas; y esto hecho, las sentencias debían ser sometidas a la aprobación del Sumo Pontífice y sólo después divulgadas.

Tras largos dictámenes y cuidadosas consultas, el Pontificio Consejo de Asuntos Bíblicos ha publicado felizmente algunos decretos utilísimos para promover los verdaderos estudios bíblicos y para dirigirlos con norma segura. Pero venimos observando que no faltan quienes, demasiado propensos a opiniones y a métodos viciados de peligrosas novedades y llevados de un afán excesivo de falsa libertad, que no es sino libertinaje intemperante y que se muestra insidiosísimo contra las doctrinas sagradas y fecunda en grandes males contra la pureza de la fe, no han aceptado o no aceptan con la reverencia debida dichos decretos de la Comisión, a pesar de ir aprobados por el Pontífice.

Por lo cual estimamos que se debe declarar y mandar, como al presente declaramos y expresamente mandamos, que todos estén obligados en conciencia a someterse a las sentencias del Pontificio Consejo de Asuntos Bíblicos hasta ahora publicados o que en adelante se publiquen, igual que a los decretos, pertenecientes a la doctrina y aprobados por el Pontífice, de las demás Sagradas Congregaciones; y que no pueden evitar la nota de obediencia denegada y de temeridad, ni, por tanto, excusarse de culpa grave, quienes impugnen de palabra o por escrito dichas sentencias; y esto, aparte del escándalo en que incurran y de las demás cosas en que pueden faltar ante Dios al afirmar como sucederá a menudo, cosas temerarias y falsas en estas materias...

Fuera de esto, para reprimir las audacias, cada día mayores, de muchos modernistas, que se esfuerzan con sofismas y artificios de todo género para enervar la fuerza y eficacia no sólo del decreto **Lamentabili sane exitu**, sino también de nuestras letras encíclicas **Pascendi Dominici gregis,** reiteramos y confirmamos con nuestra autoridad apostólica tanto el citado decreto de la Sagrada Congregación Suprema, cuanto las mencionadas letras apostólicas nuestras, añadiendo la pena de excomunión contra los contradictores. Y así mismo declaramos y decretamos que si alguno, lo que Dios no permita, llegare con su audacia hasta el extremo de defender alguna de las proposiciones, opiniones y doctrinas reprobadas en los documentos antedichos, incurrirá por el mismo hecho en la censura del capítulo **Docentes** de la constitución **Apostólicae Sedis**, que es la primera entre las excomuniones **latae sententiae** simplemente reservadas al Romano Pontífice. Esta excomunión debe entenderse, salvo las penas en que puedan incurrir los que faltaren contra dichos documentos como propagadores y propugnadores de herejía, si sus proposiciones, opiniones o doctrinas fueren heréticas, como más de una vez sucede a los adversarios de los mencionados documentos, sobre todo, si propagan los errores de los modernistas, que son el conjunto de todas las herejías...

Queremos y mandamos con nuestra autoridad que estas cosas queden ratificadas y firmes, sin que conste nada en contrario.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 18 de noviembre de 1907, año quinto de nuestro pontificado.

PÍO PAPA X.

Apéndice II

ESTUDIOS ECLESIASTICOS
REVISTA TRIMESTRAL

AÑO 14 - N.º 53 ENERO 1935 T. 14 FASC. I

UN FRAGMENTO ATRIBUIDO A S. POLICARPO SOBRE LOS PRINCIPIOS DE LOS EVANGELIOS

Es algo extraño que en los libros de Teología fundamental o en las Introducciones al Nuevo Testamento, al tratarse de la autenticidad de los Evangelios, no suele aducirse un fragmentito atribuído por San Víctor de Capua a San Policarpo. La razón de este silencio no puede ser otra que el tener por apócrifo este fragmento: ya que no cabe suponer que sea tan universalmente desconocido. Y, sin embargo, este fragmento, publicado por Feuardent en su edición de San Ireneo de 1596 y reproducido por Massuet, Halloix, Ussher, Cotelier, Migne, ha hallado acogida en las clásicas ediciones de los Padres Apostólicos de Light-foot, Gebhardt-Harnack-Zahn y Funk-Diekamp. Y si es verdad que la mayoría de los críticos ponen en duda o niega su origen policarpiano, tampoco faltan críticos respetables, como Grocio, Huet, Gallandi y recientemente Zahn, que admiten su autenticidad sustancial. La excepcional importancia de este fragmento, que, de ser auténtico, sería el testimonio más antiguo y fehaciente de la autenticidad de los cuatro Evangelios, justificará plenamente el trabajo que pongamos en averiguar y comprobar su autenticidad.

He aquí el fragmento en cuestión, que es el tercero de los cinco publicados por Feuardent:

> **"Lo mismo hay que decir del comienzo del Evangelio según San Marcos. Razonablemente los evangelistas usan diversos comienzos, aunque su intención de evangelizar es única y la misma. Mateo, como escribe a los Hebreos, narró**

la línea genealógica de Cristo para demostrar que Cristo descendía de aquella estirpe, de la que todos los profetas habían dicho que nacería. Juan, en cambio, enviado a los Efesios, que ignoraban la ley, como si procedieran de los gentiles, tomó el comienzo del Evangelio de la causa de nuestra redención; tal como parece por el hecho de que Dios quiso que su Hijo se encarnara para nuestra salvación. Por otra parte, Lucas comienza a partir del sacerdocio de Zacarías, para aclarar a los gentiles la divinidad de Cristo con el milagro del nacimiento de su Hijo, y con la misión (función) de tan gran predicador. Por esto también Marcos declara las antiguas profecías relativas a la venida de Cristo, para que su predicación se mostrase no nueva, sino antiguamente anunciada. Por esto, los evangelistas procuraron utilizar un prólogo, que cada evangelista pensaba era el que convenía a los oyentes. Por tanto, nada opuesto (contrario) se encuentra, cuando, aunque con prólogos (comienzos) distintos, se llega a la misma patria". (Este es el texto de FUNK-DIEKAMP, Patres Apostólici, ed. 3, V., 2, p. 98-399).

Para proceder con orden, examinaremos primeramente los motivos que se han alegado para poner en duda o negar el origen policarpiano del fragmento: luego estudiaremos atentamente la forma y, el contenido del fragmento para ver si descubrimos en él algunos indicios de su autenticidad.

I.

Los motivos que inducen a dudar de la autenticidad los recogió Funk en su edición de los Padres Apostólicos (ed. 2, vol. 2, p. LV-LVI. Tubinga, 1901) y los reprodujo Sustancialmente Diekamp (ed. 3, vol. p. LXXX-LXXXII. Tubinga 1913). Esta reproducción, como más precisa, tomaremos como base de nuestro examen.

1. Escribe Diekamp: "Hay razones no pequeñas para dudar si las preguntas han salido de Policarpo. Pues es cierto que Ireneo, escribiendo a Florino, habla de muchas cartas de Policarpo; pero

en “Adv. haeresis III, 3 ,4 afirma que él solamente tuvo en sus manos la carta a los Filipenses. Ciertamente no es verosímil, que la carta que fue desconocida para él mismo y para Eusebio, llegó al conocimiento de Víctor de Capúa” (p. LXXXII).

Concede Diekamp que San policarpo además de su carta a los Filipenses, que conservamos, escribió otras muchas cartas. He aquí las palabras de San Ireneo, reproducidas por Eusebio: “Pero también puede probarse claramente esto, por las cartas que envió a las Iglesias vecinas, confirmándolas en la fe, y a algunos hermanos, aconsejándolos y exhortándolos.” Pero añade Diecamp que San Ireneo “muestra no haber tenido en sus manos sino la carta a los Filipenses”. Leamos lo que dice el mismo San Ireneo en el pasaje citado por Diekamp: “Existe también bien la carta de Policarpo a los Filipenses, cuidadosamente escrita, de la que pueden aprender no sólo la naturaleza de su fe, sino también la predicación de la verdad, los que buscan y cuidan su salvación”.

Francamente, no vemos en estas palabras el menor indicio de que San Ireneo, sólo porque cita una carta de San Policarpo, dé muestras de no poseer ninguna otra. La razón de citar singularmente la epístola a los Filipenses pudo muy bien ser su mayor aptitud o eficacia para confirmar lo que está tratando. Pero, aun dando de barato que por entonces no tenía a mano San Ireneo otra carta que la escrita a los Filipenses, no se sigue de ahí que no poseyera ninguna otra, ni menos que no conociera las demás. En el pasaje antes copiado de su carta a Florino se muestra San Ireneo muy bien enterado de todas las otras cartas de San Policarpo, de sus destinatarios y de su contenido. Por esto afirmar, como lo hace Diekamp, que nuestro fragmento era desconocido de Eusebio y de San Ireneo, nos parece una conclusión que de ninguna manera está contenida en las premisas. Omitiendo otras consideraciones obvias, sólo añadiremos que, como luego indicaremos, la autenticidad sustancial del fragmento puede establecerse independientemente de las cartas de San Policarpo.

2. Prosigue Diekamp: “Además los fragmentos son tales —y así son expuestos por Víctor— que hay que pensar que han sido tomados no de una carta, sino de un libro amplio” (ib). Hay en estas palabras un embrollo que es preciso aclarar. El vetusto

manuscrito de donde se tomaron los cinco fragmentos policarpianos ha desaparecido: por esto no queda otro recurso que atenernos a los datos que sobre él nos ha transmitido Feuardent, único que pudo utilizarlo. He aquí sus palabras: "He aquí cinco fragmentos interesantes, encontrados por mí, en una Cadena escrita a mano con caracteres muy antiguos sobre los cuatro evangelistas. Me pareció importante insertarlos en este lugar, tal como mil cien años antes son alabados por Víctor, obispo de Capúa. Allí se lee esto: "Víctor, obispo de Capua de la Respuesta de los capítulos de San Policarpo, obispo de Esmirna, discípulo de San Juan Evangelista". (Annot. ad 3, 3, 4). A continuación encabeza los cinco fragmentos de las Respuestas del divino Policarpo. Y, transcritos los fragmentos, concluye: "Víctor de Capúa, a partir del códice griego de las Respuestas de los capítulos del Beato Policarpo, hizo en latín Una recensión de estos fragmentos, y son citados en la Cadena antes citada".

Feuardent distingue tres obras o escritos: el original de San Policarpo, la traducción, acomodación o compilación de Víctor, y la **Catena**. Y en esto tiene razón. En lo que no la tiene es en dar al escrito de San Policarpo el título de **Responsiones** (o **Responsiones capitulorum** o **Responsionum capitula**), que pertenecía a la obra de Víctor. Esta atribución resulta evidente del **Expositum Iohannis Romanae Eclesiae** Diaconi in Genesim, que descubrió Pitra y del cual entresacó y publicó numerosos fragmentos. En el primero se dice: "Víctor, episcopus Capuae, in libro suo Responsionum..." (*Spicilegium Solesinense,* I, 266). Pitra, para atribuir este fragmento y el siguiente a San Policarpo se tomó la libertad de suprimir suo delante de libro y completó el título en esta forma: *Responsionum capitula sancti Polycarpi, smyrnensis episcopi.* Así, suprimiendo y supliendo, creyó poder aumentar el número de los fragmentos policarpianos. La equivocación de Feuardent y la osadía de Pitra la puso de relieve y calificó duramente Zahn (*Patrum Apostolicorum opera,* fasc. II, p. XLVII-XLVII) a quien a seguido Funk y su continuador Diekamp. Tenemos pues, que el *liber responsionum*, o como se llamase, no es de San Policarpo, sino de Víctor de Capua. Y, esto supuesto no entendemos que quieren decir Funk y Diekamp, al

afirmar tan categóricamente que Víctor tomó los fragmentos, "non ex epistula, sed e libro amplo". Este "Liber amplus", con el cual parece indicarse el "Liber responsionum", no es el libro de donde Víctor tomó los fragmentos sino el libro que él mismo compuso y en donde los insertó. De qué escrito o escritos de San Policarpo se entresacaron los fragmentos, es lo que no dicen ni Víctor ni el anónimo autor de la Catena. Carece, pues, de base el reparo que hacen Funk y Dekamp.

3. El tercer reparo es de carácter general: "El libro en el que se citan los fragmentos es testigo menos fiel. Pues las Cadenas con frecuencia se equivocan de los nombres" (Ibid.). Si esta razón valiera, habríamos de renunciar a todos los fragmentos de los escritos antiguos conservados en las Cadenas; ya que sobre todas ellas por igual, por la sola razón de ser Cadenas, recaería la sospecha de infidelidad. "Lo que prueba demasiado, no prueba nada".

Fuera de esto, hay en nuestro caso circunstancias que reducen notablemente, por lo menos, la posibilidad de error. Porque, conforme a lo establecido anteriormente, la Catena anónima cita un autor relativamente reciente con todas sus señales: "Víctor Episcopus Capuae ex Responsione...": cita, por otra parte, enteramente análoga a las muchas recogidas por Juan Diácono en su *Expositum* y publicadas por Pitra (op. cit. I, p. 266-267). De parte, pues, de la Catena, no aparece en este caso concreto probabilidad de error. Tampoco se descubre por parte de Víctor: dado que sus *Responsiones* (que no son una Catena, y no recae, por tanto, sobre ellas la sospecha de Diekamp) citan con demasiadas señales a San Policarpo, para que en la cita sea verosímil un trueque o confusión de nombres: "Sancti Polycarpi Smyrnensis Episcopi, Discipuli Iohannis Evangelistae". Por lo demás, en las citas de Víctor reproducidas por Juan Diácono muestra el Capuano una vasta erudición de la antigua literatura patrística, dentro de la cual cae perfectamente la cita de San Policarpo. Recuérdese que Víctor de Capua fué el que dio forma latina al *Diatessaron* de Taciano.

4. Concluye Díekamp: "La escritura de la que aquí se trata, no nos lleva a Policarpo, sino más bien a Víctor, que maneja el

libro de Policarpo" (Ib) . Esto quiere decir que la cita de San Policarpo en la Catena no es directa, sino inmediata, por medio de Víctor. Pero, en este caso, lo mediato de la cita, lejos de debilitar su fuerza, más bien la acredita. Pues si el anónimo autor de la Catena acaso no estaba en condiciones para citar directamente a San Policarpo, lo estaba para citar a Víctor, lo mismo que Juan Diácono. Pero Víctor, como acabamos de ver, estaba en condiciones excelentes para conocer y citar directamente a San Policarpo, como cita en el Exposition a Orígenes, a San Basilio, a Diodoro de Tarso y Severiano de Gábala.

Descartados los reparos formulados contra la autenticidad de los fragmentos en cuestión, queda en pie la posibilidad y aun la posibilidad de su origen Policarpiano, acreditada por la autoridad no despreciable de Víctor de Capua. Pero esto, si más no hubiese, no bastaría para utilizar con entera seguridad el fragmento tercero como testimonio fidedigno, el más antiguo y fehaciente, de la autenticidad de los cuatro Evangelios. Por esto se impone un examen detenido y minucioso de su contenido, que nos permita descubrir en él indicios más seguros de su procedencia Policarpiana.

II.

1. **Forma literaria y origen griego del fragmento.—** La forma literaria del fragmento es reveladora. Prescindiendo de su relativa elegancia latina, cual se podía esperar de un escritor culto del siglo VI, cual era Víctor de Capua, es notable y constante el empeño, por no decir prurito, de mantener el *cursus*. No falla una sola vez en las cláusulas finales; y aun en medio del período no faltan combinaciones de cuño tan clásico como el *numeroso* dicordo *ad Ephesum constitutus* y el brioso docmio *sumpsit exordium*. Y los mismo en los otros cuatro fragmentos publicados por Feuardent y en los cuarenta entresacados por Pitra del *Expositum*. de Juan Diácono. Esta identidad de estilo confirma que el autor de la Catena no se equivocó al atribuir a Víctor el fragmento tercero.

Pero lo más curioso y significativo es que el enérgico tratamiento, por no decir masaje, a que Víctor sometió la frase para

obtener esas cláusulas rítmicas, no logró hacer desaparecer de ellas los vestigios del original griego tanto más patentes, cuanto mas latinizada está la forma literaria. Expresiones como *Matthaeus ut Hebracis scribens, qui legem tamquam ex gentibus ignorabant, antiqua prophetici mysterii*, entre otras delatan su procedencia helénica.

El solo examen de la forma literaria nos ha demostrado ya dos cosas, que preparan muy de cerca el camino para admitir su autenticidad: que el fragmento tercero está redactado por Víctor de Capua y que es versión de un original griego.

2. **El orden de los Evangelistas**.- Más significativo, es el orden con que en el fragmento se nombran los Evangelistas: Mateo, Juan, Lucas, Marcos. Sabido es que en los códices y demás documentos antiguos no existe uniformidad en la enumeración de los Evangelistas. El orden predominante es el actual, dispuesto desde el punto de vista cronológico: Mateo, Marcos, Lucas, Juan. Se halla en la casi totalidad de los códices griegos y en la mayoría de los escritores eclesiásticos a partir ya del Canon Muratoriano, San Ireneo y Orígenes. Pero al lado de este orden cronológico existía otro antiguamente, basado en la dignidad de los Evangelistas: primero los Apóstoles, San Mateo y San Juan, luego los discípulos de los Apóstoles, San Lucas y San Marcos. Dentro de este orden jerárquico existían algunas variedades, entre las cuales la predominante es la que acabamos de indicar: Mateo, Juan, Lucas, Marcos. Sus principales representantes son los códices griegos D-W-X y la mayoría de los códices de la *vetus latina*: esto es, los representantes del llamado *texto occidental*, a excepción de las primitivas versiones africana (*k*) y siríacas (sys syc). Entre los Padres sólo lo hemos hallado en San Dionisio Alejandrino. Mas como el texto occidental es en realidad el estado del texto anterior a las recensiones cesariense, alejandrina, antioquena, podría muy bien llamarse texto pre-recensional: es el texto I-H-K de von Soden, el que, según este crítico, sigue San Dionisio de Alejandría. Pues bien, este orden característico del texto occidental pre-recensional (no antioqueno o africano) es el del fragmento policarpiano tercero con lo cual nos lleva al siglo II, en que dominaba el tipo

I-H-K, y cierto a un tiempo anterior al Canon Muratoriano y a San Ireneo, que sigue ya el orden cronológico. Nos lleva pues, probablemente a la primera mitad del siglo II, en que escribía San Policarpo.

3. **Ausencia de elementos simbólicos.**—Otro indicio, no menos significativo de antigüedad, que nos lleva igualmente a la primera mitad del siglo II, es la ausencia de elementos simbólicos en el fragmento que estudiamos. Nos referimos a la interpretación simbólica de los cuatro Querubínes de Ezequiel y del Apocalipsis, como tipos o representantes de los cuatro Evangelistas, Inició, a lo que parece, San Ireneo, esta aplicación simbólica que se extendió rápidamente por Oriente y Occidente. San Ambrosio, el primero entre los latinos que dio a esta representación simbólica la forma después comúnmente recibida, nota que "La mayoría piensa que el mismo Señor Nuestro, en los cuatro libros del Evangelio, está significado (simbolizado) en cuatro figuras de animales, pues el mismo Señor es hombre, león, ternero, águila. Iniciada por San Ireneo esta corriente simbólica, y generalizada después, era natural que el autor del fragmento, si fuera posterior a San Ireneo utilizara el simbolismo de los cuatro Querubínes para explicar o ilustrar el problema planteado por los diferentes comienzos de los cuatro Evangelios que él se proponía explicar. Donde es de notar que precisamente en los diferentes principios de los Evangelios buscó San Ireneo los rasgos que los asemejaban a cada uno de los cuatro Querubínes. Y San Agustín notaba que para determinar cuál de los Querubínes correspondía a cada uno de los Evangelios "de principiis librorum quamdam coniecturam capere voluerunt". El autor del fragmento trata de explicar la dificultad originada por la manera tan diferente con que comienzan los Evangelios: para cuya ilustración venía de perlas el simbolismo de los cuatro Querubínes. Y sin embargo no lo utiliza. La razón más obvia de este fenómeno es sencillamente que al escribirse el fragmento, todavía no se había excogitado semejante simbolismo, que luego tan rápida y extensamente se propagó. Con lo cual, de nuevo, nos hallamos en la primera mitad del siglo II, en la época en que floreció San Policarpo.

4. **Afinidad del fragmento con el Canon Muratoriano**.- Acabamos de ver que el autor del fragmento se proponía justificar la diversidad de principios en los Evangelios. Dice: "Y por eso, aunque los comienzos de cada uno de los Evangelios sean diversos, para la fe de los creyentes, nada distinto enseñan, ya que en todos los Evangelios todo es descrito con un único y santo espíritu. La misma discrepancia trata de justificar el Canon de Muratori. Después de enumerar los Evangelistas, concluye: "Et ideo, licet varía singulis Evangeliorum libris principia docean tur, nihil tamen differt credentium fidei, cum uno ac principale spiritu declarata sint omnibus omnia..."

Se trata, pues, de un problema primitivo o antiguo, que luego más tarde no interesaba o preocupaba. San Ireneo, sin duda, y otros muchos después de él, ponen de relieve los diferentes comienzos de los evangelistas; mas no es con el propósito de conciliarlos, sino para hallar en ellos una base para aplicar a los Evangelios el simbolismo de los Querubínes, y concluir el número cuaternario de los Evangelios inspirados. Otro muy diferente es el punto de vista de nuestro fragmento y del Canon Muratoriano. Si bien con una diferencia esencial. Es verosímil que el Canon de Muratori se proponga responder a la objeción de Cayo contra el origen juanístico del Cuarto Evangelio. Por esto su observación acerca de los principios de los Evangelios está muy en su lugar inmediatamente después de mencionar el Evangelio de San Juan. Nada de esta intención polémica se vislumbra en nuestro fragmento. El Cuarto Evangelio, puesto en segundo lugar, sin especial relieve, no es el que se quiere poner de acuerdo con los demás Evangelios. Parece, pues, el fragmento anterior a la controversia suscitada por Cayo.

Pero hay más. En el Canon Muratoriano se muestran elementos arcaicos, anteriores a la época de su composición. Sea, o no, versión de un original griego, nos parece fundada la conjetura del P. Lagrange, que ve en él la mano de Papías, que, según su costumbre, cita el dicho de algún *presbítero*. Este dicho o tradición primitiva llamó la atención del redactor del Canon Muratoriano, y se valió de ello para responder a las objeciones de Cayo.

Pero hay más. En el Canon Muratoriano se muestran elementos arcaicos, anteriores a la época de su composición. Sea, o no, versión de un original griego, nos parece fundada la conjetura del P. Lagrange, que ve en él la mano de Papías, que, según su costumbre, cita el dicho de algún *presbítero*. Este dicho o tradición primitiva llamó la atención del redactor del Canon Muratoriano, y se valió de ello para responder a las objeciones de Cayo. Y si así es, como no es improbable, tendríamos que el problema de la disparidad de los comienzos evangélicos se remonta a la generación post-apostólica. Lo cual nos lleva más directamente a San Policarpo, y justifica plenamente la atribución que Víctor de Capua hace del fragmento al santo Obispo de Esmirna.

5. **Aficiones escriturísticas de San Policarpo.—** El problema tratado en el fragmento que estudiamos es eminentemente escriturístico, y debe proceder de un hombre consagrado al estudio de la Sagrada Escritura. Ahora bien, la carta de San Policarpo a los Filipenses, única que ha llegado hasta nosotros, revela en su autor una afición y pericia notable en el manejo de la Escritura. Toda la carta no es sino un tejido o empedrado de expresiones bíblicas. Bihlmeyer señala en ella hasta 120 citas o alusiones a los libros del Antiguo y Nuevo Testamento: casi tantas como en las siete epístolas juntas de San Ignacio de Antioquía. Y creemos que ha quedado corto. Hay además en ella una expresión reveladora. Dice el Santo a los Filipenses: "Creo que vosotros estéis bien instruidos en las Sagradas Letras" (12, 1) Esta observación delata las aficiones del autor. A esta pericia bíblica de San Policarpo parece aludir San Ireneo, cuando en su carta a Florino, recuerda: "Todo lo que Policarpo había recibido de aquellos que en persona habían visto al Verbo de la Vida, lo predicaba de modo que todo estaba en consonancia con las Escrituras". Con estos antecedentes, se concibe perfectamente que San Policarpo se interesase por resolver el problema bíblico que se trata en el fragmento atribuido a él por San Víctor de Capúa.

III.

Estas propiedades características que hemos descubierto en el fragmento, tanto en su forma literaria como en su contenido: su base griega, el orden de los Evangelistas, la total ausencia de simbolismo, su afinidad con el Canon Muratoriano, la índole escritorística del problema discutido: nos llevan a la primera mitad del siglo II y casi nos señalan con el dedo la Persona de San Policarpo. Si, por otra parte, Víctor de Capua (pues él y no otro es indudablemente el traductor o redactor latino del fragmento) atribuye su contenido a San Policarpo; y los reparos opuestos a esta atribución son insubsistentes: la conclusión no parece dudosa: el fragmento es, en su contenido a lo menos y sustancialmente, obra de San Policarpo. Por lo menos nos parece injustificado el olvido en que se deja este importantísimo testimonio de la autenticidad de los Evangelios, como si se tratase de un fragmento manifiestamente apócrifo.

Pero ¿de dónde tomó Víctor este fragmento? Esto es lo que nos queda por averiguar. Procuraremos basarnos en hechos históricos.

"Las cartas de Ignacio que os fueron enviadas por él, y otras cartas que tuvimos en nuestro poder, os las hemos transmitido, según ordenasteis" (13,2). sobre las cuales palabras anota Funk: "Policarpo, pues, reunió las cartas de Ignacio". Y nosotros añadimos: y los Filipenses tuvieron interés en obtener y conservar esta colección. Otro hecho: de las tres recensiones, que se conservan,, de las cartas de San Ignacio, la más breve es una versión siríaca abreviada; una especie de epítome o extracto, que alguien hizo para su uso. Pues, lo que hizo con las cartas de San Ignacio debió de hacerse con las de San Policarpo. Y de una de estas colecciones o extractos, que hubiera llegado a sus manos, pudo muy bien Víctor entresacar los cinco fragmentos policarpianos que incluyó en su *Responsiones.* Creemos que semejante conjetura, basada en un hecho similar, nada tiene de imaginaria o inverosímil. Y a este propósito notaremos que, si el título *Responsiones* (o *Responsionum capitula*) es el de la obra de Víctor, y no de una obra de San Policarpo, corresponde con

todo muy bien a la índole de los fragmentos. De hecho, la carta de San Policarpo a los Filipenses es una verdadera *respuesta* a la demanda que aquellos le habían hecho.

Apenas será necesario advertir que, independientemente de esas colecciones o extractos, bien pudieron llegar a manos de Víctor algunas de las cartas sueltas, que, según el testimonio de San Ireneo había escrito San Policarpo a algunas Iglesias o a algunos particulares.

Zahn propone otra hipótesis o conjetura acerca del origen policarpiano de los fragmentos. Después de recordar cómo eran recogidos los dichos de los *presbíteros* o *seniores,* añade: "No es por tanto del todo imposible que aquellas notables respuestas a problemas bíblicos, que Víctor de Capua ha conservado y atribuído a Policarpo, realmente procedan del viejo Esmirneo, y acaso fueron redactadas por algún discípulo de Policarpo conforme a sus recuerdos, como lo fueron por Ireneo los dichos o sentencias muy semejantes de los Ancianos de Asia". Y concluye muy sensatamente, refiriéndose a nuestro fragmento: "El que allí se mencionen individualmente todos cuatro Evangelios, nada nuevo nos diría. Al año siguiente de la muerte de Policarpo se presentó Montano con un mensaje, que presupone el reconocimiento eclesiástico del más reciente de nuestros Evangelios" Esta hipótesis de Zhan la había ya propuesto Gallandi: "Por lo demás... podría pensar ciertamente que aquellos fragmentos han sido sacados de las Respuestas que Policarpo estaba acostumbrado a dar al ser preguntado por los suyos presentes o ausentes, y que más tarde han sido seleccionados y citados por algunos de los oyentes, o de aquellos a quienes iban dirigidas sus cartas. Ciertamente aquel magnífico obispo hablaba muchas veces sentándose, y así predicaba al pueblo, como nos dice San Ireneo" (MG 5, 1024) ,

Pero, aun admitida esta hipótesis, queda en pie la autenticidad sustancial del fragmento y el valor del testimonio a favor de los cuatro Evangelios. Que no se trata de tal o cual expresión particular, en la cual pudo el redactor de la memoria modificar o matizar a su modo el pensamiento de San Policarpo, sino de su pensamiento fundamental que es la explicación de la disparidad en los principios de los cuatro Evangelios.

Oral o escrita en su origen, pudo por muchos caminos llegar a Víctor la respuesta de San Policarpo, y por él hasta nosotros, sustancialmente incorrupto, su testimonio inapreciable sobre la existencia y reconocimiento incontrovertible de los cuatro Evangelios. Que no trata el gran Obispo de Esmirna de justificar la autenticidad de los Evangelios, sino, ésta supuesta y reconocida, de conciliar la disparidad de sus comienzos. Y al hacer esto, refrenda con su testimonio los nombres de sus autores y los principios de los cuatro Evangelios.

JOSÉ M. BOVER.
Aalbeek (Holanda).

ÍNDICE

Escritores del siglo III.

Escritores del siglo IV.